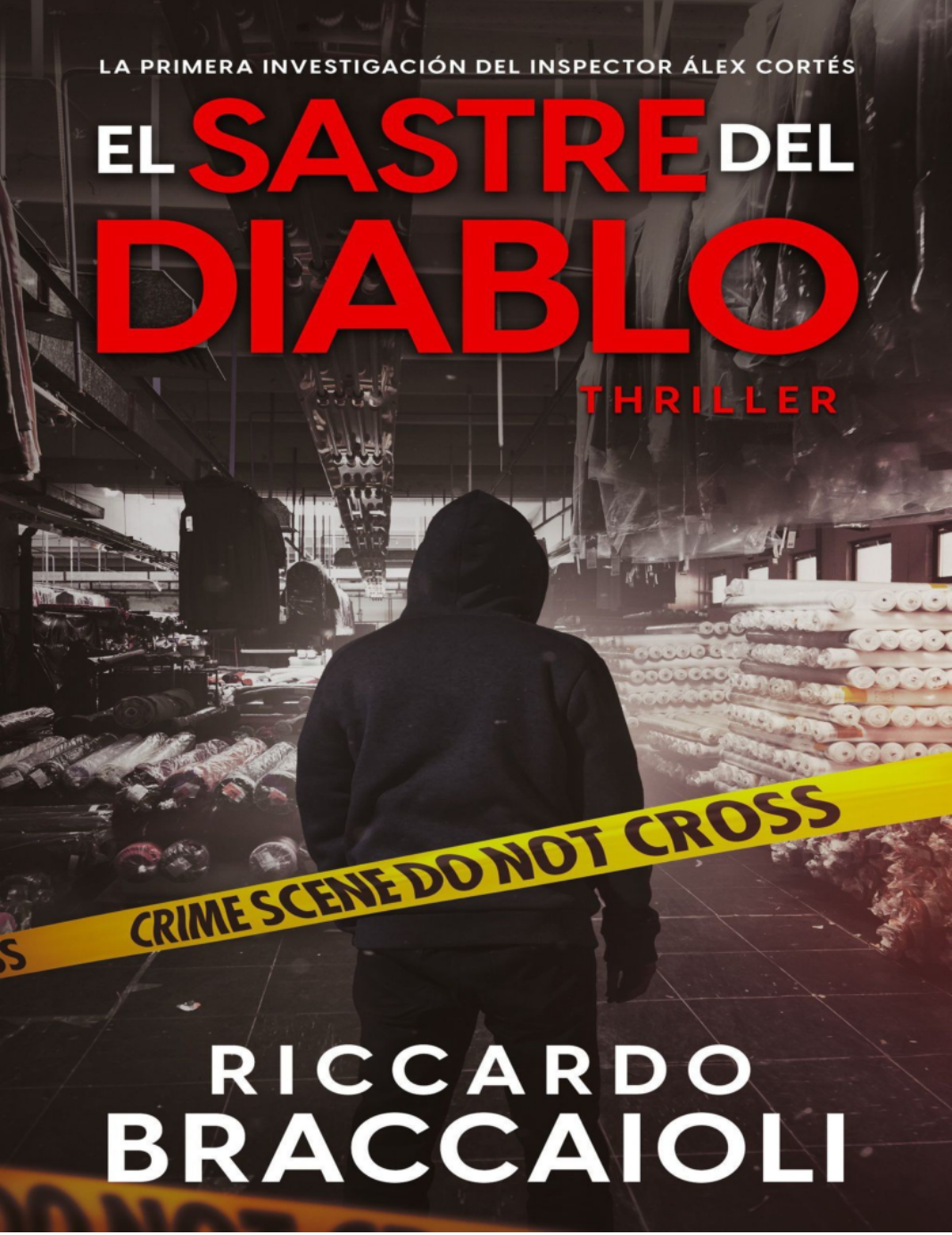
LA PRIMERA INVESTIGACIÓN DEL INSPECTOR ÁLEX CORTÉS

EL SASTRE DEL DIABLO

THRILLER



RICCARDO BRACCAIOLI

Riccardo Braccaioli

El Sastre del Diablo

La primera investigación del inspector Álex Cortés

First published by ESCRITOR TOKENIZADO 2023

Copyright © 2023 by Riccardo Braccaioli

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, stored or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, scanning, or otherwise without written permission from the publisher. It is illegal to copy this book, post it to a website, or distribute it by any other means without permission.

This novel is entirely a work of fiction. The names, characters and incidents portrayed in it are the work of the author's imagination. Any resemblance to actual persons, living or dead, events or localities is entirely coincidental.

Depósito legal: 2308175075730

First edition

Proofreading by Marta Pérez Braña
Editing by Eva Alton

This book was professionally typeset on Reedsy
Find out more at reedsy.com

ESCRITOR TOKENIZADO

…a Eva

Heminway escribió una vez: “…El mundo es un buen lugar por el que merece la pena luchar.” Sólo estoy de acuerdo con la segunda parte.

MORGAN FREEMAN - William Somerset, Seven

“Escribir sobre la muerte, para hablar de la vida.”

Riccardo Braccaioli

PERSONAJES PRINCIPALES

Álex Cortés: Agente del Cuerpo de los Mossos d'Esquadra
Karla Ramírez: Agente del Cuerpo de los Mossos d'Esquadra
Alfonso Rexach: Subinspector del Cuerpo de los Mossos d'Esquadra
Mario: Agente de la científica del Cuerpo de los Mossos d'Esquadra
Alan Martínez: Agente de la policía científica, grupo telefonía forense
Luciano Ortega: Sargento del Cuerpo de los Mossos d'Esquadra

Esta novela es un trabajo de ficción. Cualquier parecido con la realidad y con nombres de personas es una pura coincidencia.

¡ATENCIÓN!

Al final de este libro encontrarás las **Notas del Autor** y te explico qué es **ESCRITOR TOKENIZADO**.

CAPÍTULO 01

Álex Cortés no estaba preparado para lo que estaba a punto de ver. Necesitó respirar varias veces antes de seguir avanzando por el despacho. Su carrera como agente de la policía científica lo había llevado hasta esa habitación, pero de pronto sentía que la situación le iba grande.

Hacía relativamente poco que había llegado a la comisaría central de Barcelona como nuevo agente del grupo de investigación criminal. Para él, originario de Tarragona, aterrizar en la capital fue un gran logro. Se había sentido importante, pero solo hasta ese momento.

El estado del cadáver que tenía delante le estaba haciendo replantearse muchas cosas.

¿Qué clase de persona cometía semejantes atrocidades?

¿Por qué torturar así a un hombre?

Hasta entonces había pensado que eso solo sucedía en las películas.

Al parecer, la maldad era un virus más difundido de lo que Álex había pensado.

Se encontraba en una oficina poco iluminada. Tenía sofás rojos de terciopelo y espesas cortinas que atenuaban la luz. La vieja moqueta verde tenía algunas manchas. En el aire flotaba un aroma siniestro; una energía insana más propia de un cementerio.

En el pequeño escritorio había pocos documentos, ni siquiera un ordenador. Los flashes de las cámaras iluminaban el ambiente, que olía a muerte y a nidos de ácaros.

En las paredes colgaban cuadros baratos con imágenes explícitas: una decoración más propia de algún prostíbulo de Castelldefels o de la Junquera que del barrio del Poble Sec.

Junto a Álex se encontraba otra agente, la oficial Karla Ramírez, de la misma promoción de la academia. Ella se detuvo también, mientras los dos intentaban asimilar lo que estaban viendo.

Un flash los alcanzó de pleno.

El compañero de la científica se dio cuenta de su presencia y bajó la réflex, dejando ver su cara.

—¿Qué narices hacéis aquí? —les espetó el hombre, autoritario—.

¿Pensáis que por ser de investigativa podéis hacer lo que queráis? ¡Fuera de aquí! Si queréis entrar, id a vestiros con los elementos de protección.

Los dos agentes sacudieron la cabeza, dándose cuenta de que habían entrado en la estancia sin bata, gorro, cubrezapatos, o mascarilla.

Retrocedieron y se vistieron con trajes blancos. A Álex le costó que todos sus rizos negros cupieran debajo del gorro. Cubrió con la bata su atuendo, que lo hacía parecer una estrella de rock más que un policía. Una vez listos, los dos agentes volvieron a entrar.

La víctima estaba en el centro de la estancia, mirando a la puerta y sentado en una silla. Tenía las manos atadas por detrás del asiento, impidiéndole moverse. La cabeza yacía sobre la barbilla. La sangre, que ya había dejado de gotear de la boca, había ensuciado su traje, caro pero mal conjuntado. Era negro, a rayas, combinado con una corbata oscura y camisa color vainilla.

Karla y Álex se acercaron al muerto. Seguía con los ojos abiertos, como si quisiera decir algo a su verdugo. Petrificado en el momento de su muerte.

Álex levantó la mirada: el despacho no disponía de cámaras, y el pasillo tampoco.

—¿Qué te parece? —le preguntó a Karla.

Ella se arrodilló, colocándose a la altura del rostro del cadáver.

—Desde luego, querían que este hombre sufriera —contestó observando el rostro.

—En la academia no te enseñan cosas así…

—Supongo que nuestros compañeros del FBI tienen casos como este a diario —replicó ella.

Álex se alejó del cadáver y se acercó al compañero que estaba realizando las fotos. Le alargó la mano con timidez y el hombre bajó la cámara de fotos, le miró a los ojos y se la estrechó.

—Mario, de científica.

—Álex, investigativa, grupo homicidios.

—¿Nuevo?

—No, llevo unos meses en la comisaría.

—Eso ya se ve, pero me refiero con cadáveres así —dijo mientras señalaba con la cabeza al muerto.

Álex enarcó las cejas en un gesto irónico.

—Ya veo —contestó Mario.

—¿Qué habéis descubierto?

—De momento poco. Nada de huellas aparentes, ni pisadas: el asesino ha sido pulcro. Os pasaremos el informe más tarde.

Álex asintió.

—¿El teléfono móvil?

—Estaba en un cajón del escritorio, lo llevaremos a informática forense —contestó Mario.

—¿Quién encontró el cadáver?

—El conserje del edificio.

—¿Y dónde está ahora?

—En el hospital. Tuvieron que auxiliarle los del SAMUR porque al ver todo esto tuvo una crisis de ansiedad. Sigue en estado de shock.

—¿No puede haber sido él?

—No creo, aunque tampoco lo podemos descartar a priori. Pero eso es cosa vuestra. Suerte con esto, sabueso —concluyó Mario justo cuando alguien aparecía en la estancia.

—¿Qué? ¿Estamos de cháchara? —les espetó el recién llegado—. ¡Estáis aquí para trabajar, no para hablar! Venga, al curro.

En cuanto apareció el sargento Ortega, el ambiente en la escena del crimen se enrareció.

El sargento era el punto flaco del primer destino de Álex.

Lo vio entrar por el rabillo del ojo, sin dignarse a mirarle. Luciano Ortega era un hombre hecho a sí mismo, de la vieja escuela. Llegó de la benemérita cuando el cuerpo de los Mossos d'Esquadra absorbió varios agentes de otros cuerpos de policía.

Su reputación le precedía. En los vestuarios de la comisaría se vociferaba que había pasado por una época de alcoholismo que supuestamente había superado. Se decía que estuvo a punto de ser expulsado del cuerpo.

Vestía una camisa color gris claro con un botón abierto. Por debajo asomaba una camiseta originariamente blanca, que se había vuelto ya del mismo color que la camisa. La corbata, con un estampado floral, solo podía provenir de alguna tienda de ropa de segunda mano de *Els Encants*. La gabardina mostraba manchas y rozaduras y, en días de lluvia, le añadía un sombrero borsalino negro. De su boca siempre colgaba un pequeño caliqueño, que en la escena del crimen había tenido la delicadeza de apagar.

El sargento se detuvo en el umbral de la habitación.

—¿Usted también? ¡Póngase de blanco! —gritó Mario.

—Tranquilo, hombre, ¿no ves que me he quedado en la puerta?

—Da igual, puede contaminar la escena.

—Sigue con tus fotos, rata de laboratorio.

Mario apretó los dientes y, con mucho esfuerzo, siguió con la inspección ocular.

Ortega no era conocido por sus modales y todos esperaban, casi más que él mismo, que se jubilara y se fuera. Su poco compromiso con el cuerpo y su manera de trabajar le habían impedido avanzar en la jerarquía.

Álex observó la escena, a distancia, con expresión de desprecio.

—*Mare meva* —dijo el sargento sin vocalizar del todo, sujetando entre los labios el pequeño puro—. Le han cerrado la boca, ¿eh?

El comentario no le gustó a Álex: le pareció una falta de respeto hacia la víctima.

Pero el sargento, en cierto modo, tenía razón: el asesino le había cosido la boca a su víctima, literalmente. Una cuerda le pasaba del labio superior al inferior, como puntos de sutura. A ese empresario le habían cosido el hocico.

De los orificios, alargados por la fuerza de la mandíbula y de su desesperación por pedir auxilio, había salido sangre a borbotones.

Álex miró a su jefe con desdén.

—Tenemos que gestionar esto —dijo Ortega—. Abajo está la prensa y no pueden saber que es la segunda víctima que encontramos así.

CAPÍTULO 02

Cuando Álex y Karla llegaron a la escena del segundo crimen, los periodistas todavía no habían llegado. Pero las noticias en Barcelona volaban y, cuando había un muerto de por medio, se convertían en pólvora.

Ortega podía ser muchas cosas, pero tenía razón. Si trascendían detalles de lo que habían hallado en esa habitación, a las pocas horas, primero en las webs de noticias y al día siguiente en los periódicos, tendrían la noticia de que había un asesino en serie por las calles de Barcelona.

Y eso tenían que evitarlo a toda costa.

Karla seguía mirando con distancia la situación, pero su expresión era un volcán a punto de explotar.

—Esperamos el informe hoy mismo —dijo en voz alta el sargento, para que lo oyera el de la científica—. Oye, tú…

—¡Se llama Mario! —soltó Karla sin mirarle.

Ortega miró a su subordinada como si acabara de darse cuenta de su presencia.

—Lo sé —contestó—. ¿Crees que no lo sé, mocosa?

—¿Entonces por qué no le llama por su nombre? —replicó ella, sosteniéndole la mirada.

—Está bien, Karla —dijo Álex, interponiéndose físicamente entre los dos, con las manos en alto—. Estamos aquí por un asesinato y nada más. Mario nos lo enviará lo antes posible, ¿verdad?

Este afirmó con la cabeza sin decir nada.

—¿Qué nos quería decir de la prensa? —continuó Álex.

La expresión de Luciano Ortega mostraba el desprecio que sentía hacia Karla y Álex.

—Su señoría ha dictaminado el secreto de sumario. Por lo tanto… —dijo y concluyó acercándose el índice a la boca—. Ni se os ocurra decir nada.

Álex se giró hacia donde estaba Karla.

—Bien, yo creo que hemos acabado aquí —le dijo.

—Tenemos que ir a la comisaría, el subinspector Rexach quiere vernos. Quiere que analicemos los dos casos juntos —dijo Ortega. Después se dio media vuelta y desapareció por el pasillo.

—¿Te has vuelto loca? No hace ni seis meses que estamos aquí y nuestro jefe nos odia. Tu actitud desde luego no ayuda —dijo Álex a Karla.

—Ese engreído cree que nos puede tratar como títeres y es el primero que se pasa las normas por el forro.

—Shhh —dijo Álex, mirando hacia la puerta y dando a entender que Ortega aún podía oírlos.

—¿Y tú? Eres peor que él. Bajas la cabeza y te dejas insultar —dijo ella.

—¿Insultar? No, se llama mando.

Karla soltó una risa cínica.

—¿Mando? O… ¿mando a distancia?

Álex tragó saliva y declinó contestar.

Fue hacia Mario y le preguntó en cuánto tiempo tendría el informe. Este le contestó que las fotos se las podía mandar inmediatamente, pero que para el resto necesitaría casi todo el día.

Al despedirse de Mario, Álex sintió por primera vez una cierta afinidad con alguien del otro departamento de la comisaría, la científica. Mario tenía algo más, aunque aún no sabía qué era.

Al volver hacia la puerta pasó al lado del cadáver, que seguía allí, sentado como un espectador silencioso de su propia muerte y de los juegos de poder del cuerpo.

El cordel que juntaba sus labios no era la única anomalía de aquel cadáver ya endurecido: su frente mostraba una profanación, que podía haber sido un mensaje. La piel de la frente había sido incisa con un objeto punzante, como un bolígrafo en una hoja en blanco:

AP98

¿Qué podía significar aquello?

¿Un mensaje cifrado?

¿Una firma?

Álex lo miró por última vez, arrugando las cejas. Si era una firma, ¿quién era AP98? ¿Un seudónimo, o unas iniciales?

Aunque aún no lo entendieran, aquello era una pista, y sin duda los acercaría al asesino.

Karla y Álex pasaron entre los periodistas sin decir palabra. Entraron en el coche y fueron hacia la comisaría. A Karla le gustaba conducir y prefería hacerlo ella.

Álex miraba los rótulos de las tiendas a través de las ventanillas, mojadas por la insistente lluvia invernal.

La cuerda y la incisión ocupaban los pensamientos de Álex. Ese asesinato era muy parecido al anterior.

¿Se encontraban frente a una serie de asesinatos? Y, si así era, ¿cuántos más vendrían?

Se dirigieron a la cita con el subinspector, en la que analizarían los detalles y similitudes entre las dos muertes. Esperaban que aquella reunión arrojase algo de luz sobre ese caso, el primero tan complejo para Álex Cortés.

CAPÍTULO 03

Barcelona llevaba varios días azotada por una lluvia insistente; una purificación para una ciudad que necesitaba reducir la polución.

Después de meses de sequía, las flores grabadas en las grises aceras de la ciudad condal se limpiaban de la mugre acumulada.

La humedad de esos días, junto al frío del invierno, comenzaba a infiltrarse en los huesos y en las mentes de sus habitantes.

Álex Cortés no prestaba atención a la lluvia. Era un hombre de buena planta, ágil y con un cuerpo trabajado en el gimnasio. Los días de descanso los aprovechaba para salir a correr largos trayectos, sin importarle el tiempo que hiciese.

Esa mañana llevaba una camiseta blanca debajo de la cazadora de piel. Era una de sus preferidas, de un grupo de rock, con una gran lengua roja estampada. Los rizos negros caían a plomo sobre la chaqueta. Sus ojos eran verdes, atractivos y magnéticos.

Miraba por la ventana con el ceño fruncido. Se giró para mirar la estancia, destinada a los briefings del cuerpo de policía. Un espacio diáfano, suficiente para una treintena de personas sentadas. Al fondo había una pizarra larga, y el silencio solo lo rompía el paso de las páginas de su compañera.

Karla estaba en una silla con respaldo y mesita. Parecía concentrada, sumergida en los casos que tenían entre manos.

En ocasiones la dejaba de ver como su compañera y la miraba como la bella mujer que era: en esos momentos solía sentir una punzada en el costado, que le recordaba lo que pudo ser y no fue.

La puerta se abrió sin previo aviso, y por ella entraron el subinspector Alfonso Rexach, el sargento Luciano Ortega y otro individuo al que Álex no conocía.

El primero llevaba el uniforme impoluto: camisa blanca, americana y corbata. De su expresión ya se podía intuir que lo que les esperaba no iba a ser una reunión placentera.

El segundo, con su habitual vestimenta dejada, arrastraba los pies

y hablaba con ese maldito caliqueño apagado y sujeto entre los labios por una mugre pegajosa.

El tercero, de pelo liso y largo, mostraba una barba dejada e iba vestido con una sudadera oscura con capucha, tejanos negros y un anorak para combatir el frío del exterior. Este entró último, siguiendo los pasos del cortejo.

—¡Maldita sea, Ortega! ¡No se puede filtrar información a los medios! ¡Tus agentes son como un colador! —gritó el subinspector mientras entraba.

—Yo diría que no han sido ellos, pero no pongo la mano en el fuego —respondió Ortega, y seguidamente se sentó en la primera silla de la fila, la más alejada de Karla y Álex.

—¿Entonces me puedes explicar cómo ha llegado la noticia a los medios? —replicó una vez dentro, dando la espalda a la pizarra.

Álex miraba la escena desde el lado contrario de la habitación, callado junto a la ventana. Karla levantó la vista pero, viendo el estado de ánimo del jefe, regresó al dossier de la primera víctima. El tercer individuo se quedó junto a la puerta cerrada.

—Yo no lo sé, Alfonso, pregúntales a ellos si han hablado con los periodistas —dijo Ortega encogiéndose de hombros—. Esta gente paga bien. ¡Yo qué sé!

Antes de que el jefe se dirigiese a ellos, los dos agentes ya habían cambiado de expresión.

—¿Nosotros? —gritó Karla levantándose de golpe.

—No, espere un momento, jefe, ¿no irá a creerse ese montón de mentiras? —exclamó Álex—. Nosotros no hemos dicho nada a nadie, subinspector. Cumplimos con las normas. A lo mejor ha sido él quien ha hablado por dinero.

—Callaos, vosotros dos —dijo el subinspector Rexach.

—Los novatos son muy propensos a aceptar sobresueldos —se excusó Ortega—. La ciudad es muy cara, quieren ascender, venden información, no respetan a los veteranos, jefe. Míralos cómo se defienden.

Álex sintió que sus mejillas se tornaban de un rojo encendido.

—¿Ortega, tiene usted pruebas de lo que dice?

—¡Señor subinspector, no le haga caso! Todos sabemos que Ortega es un experto en escurrir el bulto. ¡Jubílelo de una vez y haga un favor a la comisaría! —gritó indignada Karla a punto de reventar.

—Ramírez. Siéntese y cállese de una vez —gritó Rexach, retumbando en toda la habitación.

La miró tan fijamente que la mujer solo pudo obedecer.

—Ramírez, justo quería hablar contigo —prosiguió el subinspector —. Eres la última de aquí dentro que debería de hablar, sobre todo

después de tu cagada la semana pasada en la escena del crimen de la Calle Dorsel.

Ella miró el suelo.

—¿Cómo pudiste ser tan torpe de entrar en la escena sin las protecciones? ¿Te das cuenta de que contaminaste la zona? ¡Maldita sea!

Álex la miró y sintió que el subinspector tenía razón.

—Pero, déjeme explicar… —replicó Karla.

—¡Pero nada! —la interrumpió su superior.

—Permítame decir que fue una situación poco común y me considero responsable —dijo Álex captando la atención de la sala, incluso de Karla, que se extrañó de su intervención—. Si le explico lo que pasó le sonará a excusa, así que prefiero no hacerlo. Si tiene que tomar una acción disciplinar, tómela conmigo, no con ella —concluyó y se colocó firme, mirando al techo, esperando el sablazo que estaba a punto de llegarle.

Rexach se rascó la cabeza y miró a Ortega. Este lo señaló con las dos manos con expresión de fanfarronería. Su cara decía: «Ya te lo dije, ahí tienes la prueba».

El jefe se tomó unos segundos más.

—Me voy a pensar qué hacer con vosotros dos, os estáis construyendo una reputación que jamás había visto en dos agentes nuevos. De momento tenemos un tema de primera importancia sobre la mesa —dijo, y se interrumpió señalando al hombre misterioso de la puerta—. Os presento al compañero de la secreta. Nos ayudará a entender a las víctimas.

El aludido dio un paso al frente.

—Buenos días —dijo a los agentes—. He estudiado los dos asesinatos. Aunque no soy de homicidios, soy un compañero de investigativa, pero de un grupo especializado en crimen organizado. Y, antes de empezar, me gustaría deciros que la prensa tiene razón. —Guardó silencio unos segundos—. Los hechos se corresponden con el modo de actuar de un asesino en serie. Y si no lo atrapáis, seguirá matando.

CAPÍTULO 04

—¿Por qué está tan seguro de que no son simplemente dos casos aislados? —preguntó Álex.

—Porque desde los informes de científica ya se puede ver, pero yo os lo puedo confirmar al ver que ambas víctimas estaban implicadas en ciertos “negocios” … —dijo el agente, formando unas comillas con los dedos para recalcar la última palabra—… bastante turbios.

—¿Negocios turbios? —preguntó Karla—. ¿A qué se refiere?

—Mirad, tengo la desgracia de ver a muchos criminales en esta ciudad. Bandas juveniles de múltiples naciones, mafiosos italianos, narcos y un largo etc. Pero esta gente es la peor, estas dos víctimas son de esos que aparentan ser empresarios de éxito y viven en el lujo gracias a negocios inexistentes. Esta gente estaba metida en los peores asuntos de la ciudad.

El hombre acababa de ganarse la atención y la confianza de los agentes. Hablaba con una voz baja, tenue, casi gutural y más apropiada para un programa radiofónico nocturno que una reunión en una comisaría. Era preciso en sus movimientos y calculaba las palabras que decía, consciente del peso de la ley que representaba.

—¡Qué va! Estos eran granujillas de tres al cuarto. Me parece que le estás dando demasiada importancia —dijo el sargento Ortega.

El agente de la secreta se giró hacia él con parsimonia, valorando lo que había dicho, e ignoró su comentario. Después se volvió otra vez hacia los dos agentes.

—Arnau Castelló. La primera víctima. Era un hombre de negocios especializado en asuntos financieros. Le llamaban *el banquero de la droga*.

—No le entiendo —dijo Álex.

—Este señor prestaba dinero a todo el mundo, con intereses usureros. Comerciantes, autónomos, gente normal con el agua al cuello. Transformaba el agua en una cuerda. Pero hizo su fortuna con los pequeños y medianos camellos que compran un kilo de coca por doscientos euros y lo multiplican por cien. Un hombre metido en asuntos turbios que se escondía tras un aspecto de caballero.

—¿Y cómo sabes todo esto?

—Mi grupo lo estaba siguiendo desde hacía meses. Una noche vimos a un hombre encapuchado salir del edificio donde tenía su despacho. Pensamos que era un camello, pero nos llevamos una sorpresa al ver llegar la ambulancia por la mañana.

—¿Quién encontró el cadáver? —preguntó Karla.

—El conserje del edificio.

—Vaya, os ha hecho un favor. Quitado el diente, quitado el dolor —dijo Ortega.

—¡No! No has entendido nada. Teníamos que cogerle, sacarle toda la mierda que hacía y llevarlo delante de la justicia.

—Pero se os han adelantado —lo interrumpió Álex.

El hombre asintió con la cabeza, mirando por un momento el suelo.

—Primero pensamos que era un ajuste de cuentas. Pero desde esta mañana sabemos que no es así.

—¿Y Pau Durán? —dijo Karla.

El hombre asintió con la cabeza.

—Otra pieza —dijo, y se tomó un momento.

Ortega, todavía sentado en la misma silla, se estiró el cuello de la camisa.

—Prostitución. Este hombre estaba tomando mucho peso en el proxenetismo en la ciudad. Tenía experiencia, fue un discípulo del mismísimo “Filippo El Martillo”. Un famoso proxeneta italiano que en los años noventa dictó las normas de la prostitución en Cataluña. Pau era su mano derecha hasta que murió… bueno, oficialmente: en realidad fue ahorcado. Pero eso es otro caso.

—¿También le estabais siguiendo? —preguntó Karla.

—Sabíamos qué hacía, pero no lo teníamos como prioridad. Tenemos demasiados frentes abiertos y cada vez somos menos.

—Imagino que estás aquí porque esta información no la habríamos encontrado en nuestros ficheros —comentó Álex.

—En Hacienda aparecen como morosos, con centenares y centenares de euros de deudas. Facturas de teléfono y luz sin pagar y demás. Algún delito menor en nuestra base de datos, pero solo para despistar. Aparte de eso, son gente que no existe en ningún archivo.

—¿Crees que podría tratarse de un justiciero nocturno? ¿Un paladino de los indefensos? —preguntó Álex.

Se tomó un momento.

—No creo, pero esto es solo una corazonada. Los expertos en homicidios sois vosotros.

En ese momento alguien llamó a la puerta. Esta se abrió y apareció un hombre de aspecto sombrío, que miró al de la secreta. Este asintió.

—Me tengo que marchar. Cualquier cosa, Rexach sabe dónde

encontrarme —dijo el hombre misterioso. Luego miró por un momento al jefe y sin decir nada más abrió la puerta.

Cuando estuvo en el umbral, Álex le lanzó una pregunta.

—Perdone, ¿cómo se llama?

Este se detuvo y mirándole por el rabillo del ojo contestó:

—Es mejor que no sepan mi nombre, pero pueden llamarme *«Zorro Negro»*.

CAPÍTULO 05

Dicho esto, cerró la puerta y desapareció.

En la estancia se creó una espesa cortina de silencio. Los presentes en la sala del briefing se miraron entre ellos.

—Yo creo que todo eso son bobadas. Es solo un desequilibrado, le estamos dando demasiadas vueltas —dijo Ortega, dejando bien claro su desinterés.

—¿Tienes las fotos del caso Durán, Ramírez? —dijo el subinspector sin hacerle caso.

Ella las puso encima de la mesa que había al lado de la pizarra. Las esparció y añadió las del caso de esa misma mañana.

Álex se acercó y Ortega, a su velocidad, también acudió.

—Tenemos a un hombre que hace justicia por su cuenta. Un…

—¿Un hombre? —interrumpió Karla—. ¿Por qué un hombre? ¿Las mujeres no podemos ser asesinas en serie?

—Siga, jefe, por favor —dijo Álex mientras le tiraba a Karla de la manga de la chaqueta.

Ella se giró contrariada y se recolocó la prenda, molesta.

—En fin, un *individuo* que mata a personas relacionadas con criminalidad organizada. Actúa de noche. De momento, en estos dos, tenemos el mismo modus operandi. Atados a una silla y con los labios cosidos con un cordón fino.

—Los dos en traje —añadió Karla—. Corbata y chaqueta puesta a pesar de la hora.

—Exacto.

—Parece casi como si se hubieran vestido para la ocasión —dijo Karla.

—Puede ser, y no me parece descabellado —confirmó el subinspector.

—Espera, yo creo que el color significa algo.

—¿A qué te refieres?

—El color de la cuerda es diferente en cada uno.

—A lo mejor es que se le había acabado la de ese color. ¡Menuda tontería! —bufó Ortega.

—No creo, el tío parece meticuloso. Mucho. Mario de científica dijo que no había huellas del asesino.

—Según el primer informe, tampoco encontraron ninguna en la primera escena del delito —añadió el subinspector.

—Entonces el color de la cuerda podría tener un significado. Mirad —dijo Álex acercando dos fotos.

En ambas aparecían los labios perforados por las cuerdas. Los orificios eran más grandes en una de las víctimas. En el primer cadáver el cordel era de color negro. En la segunda víctima era de color morado.

—Efectivamente, son colores diferentes —dijo el jefe.

—Es probable que tengan un significado cromático —dijo Karla.

—Averiguadlo —ordenó Rexach.

Los dos agentes asintieron.

—Lo que más me preocupa son las incisiones que aparecen en la frente.

Cambiaron las dos fotos encima de la mesa y colocaron otras dos emparejadas.

En la primera foto, en la frente de Arnau Castelló, aparecía grabado:

JU1619

Y en la frente de Pau Durán podía leerse:

AP98

Karla apartó la vista por un segundo. A su estómago le costaba digerir las imágenes.

—¿Estás bien? —le preguntó Álex, poniéndole una mano en el hombro.

Ella hizo un gesto rápido con el brazo para que la soltara.

—Parece una incisión hecha con un cuchillo —dijo el jefe—. Eso nos lo confirmará el informe de la morgue.

—¿Y esto? —preguntó Álex, indicando en la foto un objeto extraño en el suelo—. ¿Qué es este elemento, el del cartón número cuatro?

Cogieron la foto que estaba encima del montón.

—Una peluca. Esto es cosa vuestra, agentes, entender qué es exactamente y por qué una… peluca —confirmó el subinspector.

Hubo silencio. Ortega en ningún momento había aportado nada; el subinspector le había asignado a él el caso porque no tenía más remedio, aunque solo hablaba con los dos agentes.

En muchas ocasiones había intentado «prescindir de sus servicios»

pero alguien de arriba siempre decía que «Ortega se quedaba». Ese era el coste del principio, cuando el cuerpo admitió a guardias civiles que querían entrar, por estatus, pero sobre todo porque los sueldos del nuevo cuerpo eran superiores a los de la benemérita.

Algún político de arriba le permitía a Ortega mantener el apestoso cigarro entre los labios, dentro de la comisaría. Cuando Luciano estaba en la estancia, su estela con olor a puro creaba un ambiente pésimo.

—Encargaos de las cámaras —continuó Rexach—. Tenéis que investigar las grabaciones del edificio de Durán y posibles testigos oculares. Además, interrogad al hombre que ha encontrado el cuerpo.

—¿No está su declaración en el expediente?

—No, se lo llevaron al hospital, estaba en estado de shock.

—Una pregunta, jefe —dijo Karla— ¿Por qué este segundo caso no lo siguen investigando los que llevaban el primero?

Las facciones del subinspector cambiaron a causa de la pregunta.

—Preguntádselo a vuestro sargento.

Dicho eso, Alfonso Rexach se levantó de la mesa y, sin despedirse, lanzó una mirada a Ortega y se fue.

Cuando cerró la puerta, el sargento Ortega tomó la palabra.

—Muy bien, novatos. Id a ganaros el sueldo. Volved al despacho a controlar las cámaras y al hospital a interrogar al conserje.

—¿Le importa que nos dividamos el trabajo? —preguntó Karla.

El veterano la miró con el ceño fruncido.

—Es decir, seríamos más efectivos si fuéramos por separado, por ejemplo, el agente Cortés al hospital y yo a revisar las cámaras en el despacho.

—¡De eso nada! —contestó Ortega tajante—. Si tenéis problemas personales entre vosotros, no es cosa mía. Os aconsejo dejarlos fuera de aquí u os enviaré a archivar documentación en el Delta del Ebro —dijo y después de mirarlos a los dos, concluyó—. ¿Está claro?

Ninguno de los dos contestó.

Luego, acercándose a la puerta y llevándose con él su olor a puro, añadió:

—No la cagueis esta vez. Os vigilo.

Una vez salió de la estancia sin cerrar la puerta, los dos agentes se miraron.

—Más vale que empecemos cuanto antes —dijo Álex—. Vamos al despacho de Durán, seguro que en las grabaciones encontraremos alguna pista.

Karla resopló.

Recogieron los documentos de los casos y comenzaron a caminar.

—Ya veo que no voy a tener más remedio que estar contigo mientras dure este caso —musitó.

CAPÍTULO 06

Dejaron la lluvia fuera de la pesada puerta del edificio.

Pau Clarís era una calle paralela al emblemático Paseo de Gracia. Edificios nobles con pisos grandes y un barrio distinguido. La revolución del Plan Cerdà, con el que habían ampliado la ciudad a principios del siglo pasado, dejó la calle en una segunda línea de importancia. Las familias más pudientes de la ciudad conseguían casa en el Paseo de Gracia; las que no tenían ese nivel se conformaban con una en Pau Clarís.

En la planta baja del número ciento doce había un restaurante japonés.

Los dos agentes cruzaron la puerta y se sacudieron la lluvia que mojaba sus abrigos.

Álex vio, al pasar, una nota apoyada en la mesa del portero que indicaba su ausencia ese día.

Los dos compañeros no intercambiaron ni una palabra durante todo el trayecto desde la comisaría. Su relación se había fraguado ya hacía tiempo y esa tensión no era nada más que el resultado.

Subieron andando al primer piso. El despacho de Pau Durán estaba sellado por precintos policiales y un agente del cuerpo en uniforme presidía la puerta.

—Compañero, venimos a inspeccionar el despacho —dijo Álex mientras le mostraba su placa.

El otro los saludó y abrió la puerta.

El despacho tenía techos altos y un pasillo con muchas puertas. Álex lo cruzó lentamente, en dirección al lugar donde habían encontrado el cuerpo.

En cuanto abrió la puerta del despacho de Durán, Karla lo llamó desde atrás.

—¿Dónde vas? Las cámaras están aquí.

—Dame un momento.

Al entrar percibieron un olor a muerte y a asesinato; un olor que ni siquiera la lejía podía eliminar. A pesar de que habían sacado el cuerpo, el ambiente seguía impregnado. Cada vez que entraba en una escena criminal, a Álex le echaba para atrás. No se acostumbraba a ese olor a óxido y a sangre.

La silla seguía en el mismo lugar.

Las manchas de sangre también.

El elemento número cuatro, la peluca, se lo habían llevado los de científica.

Los muebles, los cuadros, las cortinas… todo apuntaba a un lugar de encuentros clandestinos. Lo intuyó al entrar la primera vez, pero la conversación con Zorro Negro se lo había confirmado.

—¿Piensas venir o qué? —gritó Karla desde el otro lado.

Álex abandonó esa estancia y cruzó el pasillo, haciendo crujir el parquet.

—¿Qué has encontrado? —preguntó Álex.

—Le ha dado igual no borrar las grabaciones.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, solo que siguen aquí.

—¿Se le ve a la cara?

—No. Mira, cuando he entrado, la imagen era negra.

—¿En directo?

—Sí.

Álex arrugó el ceño.

—¿Eso qué quiere decir?

Karla estaba rebobinando la imagen con un viejo aparato que usaba cintas formato VHS. Había un viejo monitor de tubo catódico apoyado en una estantería y conectado al arcaico instrumento negro y rectangular.

La mancha oscura seguía impertérrita en el monitor hasta aparecer una imagen. En ese momento se dieron cuenta de que el monitor estaba dividido en cuatro cámaras que emitían simultáneamente.

En el cuadro de abajo a la izquierda aparecía la cámara del despacho y a su lado la del pasillo; arriba a la derecha se veía la puerta desde fuera y, por último, la del portón de entrada al edificio.

Karla apretó el play.

—Vamos a ver a qué hora ocurrió.

Como una máquina del tiempo, el aparato los llevó a las cuatro de la mañana del día del asesinato.

El tráfico era nulo y no había nadie caminando por la acera.

El vídeo era muy borroso.

En un momento apareció un individuo con capucha que se acercó a la cámara levantando la mirada y, sacando de su bolsillo un tubo,

pulverizó la lente con espray. En ese momento desapareció la imagen.

—Espera. Vuelve atrás, quizá podamos tomar un fotograma mejor.

Karla lo hizo y en el punto más nítido, lo detuvo.

Allí tenían al asesino, inmóvil, a pocos centímetros de sus caras, pero no podían atravesar el monitor y atraparlo.

La capucha ocultaba su cabeza y el rostro era una sombra negra uniforme. Sin rasgos, sin matices, sin ningún detalle. Solo un color negro intenso que lo cubría, plano, como una máscara negra.

El vídeo avanzó y el mismo procedimiento se repitió en las dos estancias siguientes: el vestíbulo y el pasillo.

Luego llegó al despacho.

Durante todo el tiempo, la víctima estaba en el escritorio mirando unos papeles. Se abrió la puerta del despacho, pero la visual no era muy buena. Pau Durán no se movió, casi como si lo esperara o lo conociera. El encapuchado entró y se acercó a él.

—Mira con qué confianza y sin nerviosismo se acerca a la víctima —dijo Karla.

—Sí, muy interesante.

Los fotogramas sucedían con la víctima y el asaltante hablando, hasta que este dijo algo que no gustó a Pau. De repente intentó coger algo de un cajón y el encapuchado le tocó con un objeto negro, dejándolo paralizado.

—Un taser paralizador para defensa personal.

Álex hizo un sonido gutural.

Entonces el agresor se acercó a la cámara y arrojó un espray negro también en esa.

El monitor se quedó negro y los agentes en silencio.

—¿Te acuerdas de lo que dijo Zorro Negro? —preguntó Álex—. Sus hombres, apostados delante del edificio de Arnau Castelló, vieron salir esa noche a un hombre encapuchado.

—Claro que me acuerdo, perfectamente —le espetó Karla—. Aquí tenemos la prueba de que es el mismo individuo.

Álex asintió.

—Pero la pregunta es la siguiente: ¿por qué no se ha llevado el caset VHS? Tan solo tenía que entrar, apretar el botón STOP y sacarla.

Karla le miró por un segundo e indicó la puerta.

—¿A lo mejor no sabía que estaban aquí?

—No creo. Acabas de matar a tu objetivo y tienes todo el tiempo del mundo, puedes poner el piso patas arriba y no lo haces…

—Entonces puede que le diera igual.

Álex salió del cuarto y miró al techo: la cámara aparecía pintada.

—Pero sabía que estaban, venía preparado. No forzó la puerta. Nada de violencia, todo preparado pero, no obstante, dejó la prueba de vídeo.

—¡Quería que lo viéramos!

Álex se giró hacia la compañera.

—Exacto. El informe dice que no hubo testigos. El restaurante de abajo cerrado, los otros despachos vacíos y en los pisos superiores viven ancianos con problemas de audición.

—Vaya, el blanco perfecto.

Álex fue de nuevo por las estancias. El sonido de su móvil interrumpió el crujir del viejo parquet.

Lo extrajo del pantalón y la pantalla mostraba una llamada del sargento Luciano Ortega.

—Cortés.

—Escúchame, tienes que ir inmediatamente al hospital, al portero del edificio de Durán lo van a dar de alta y se va a coger unos días de baja por enfermedad a causa del susto y vete a saber a dónde se irá el tío este.

—¿Entonces?

—Entonces tienes que ir cagando leches para saber qué ha visto, a quién ha visto y todo lo que sepa.

—Entendido, sargento.

—¡Pues venga! —gritó el superior.

Álex separó el móvil de su oreja y lo miró haciendo aparecer las pocas arrugas de su rostro.

—Nos vamos, Karla —gritó hacia el otro lado del piso.

Ella salió del cuartucho con una caja en la mano.

—¿Qué hay ahí dentro?

—Todos los casetes VHS para que los revise la científica.

Alex asintió.

—Buena idea. Ojalá tengamos suerte.

—Si las dejamos aquí, seguro que la suerte no nos llamará a la puerta.

CAPÍTULO 07

Llamaron a la puerta. La fina estructura sonó casi a vacío. Una voz en el interior dijo que pasaran.

Álex giró la maneta y al entrar en la habitación del hospital se encontró con la luz anaranjada del atardecer reflejada por el Mediterráneo.

—¿Se puede? —preguntó.

—Sí, adelante —contestó la voz de una señora.

—Buenas tardes, somos los agentes Karla Ramírez y Álex Cortés.

—Pasen, mi marido les estaba esperando.

El hombre estaba sentado en una silla al lado del ventanal. El Hospital del Mar tenía una ubicación privilegiada.

—Solo queremos hacerle un par de preguntas, señor Valdés.

El conserje los miró entrar sin levantarse.

—¿Nos han dicho que usted fue el primero en entrar en el despacho del señor Durán, ¿verdad?

El hombre suspiró.

—Perdóneme, pero antes, ¿cómo se encuentra? —replicó Karla, girándose luego a mirar a su compañero.

—Mucho mejor, gracias. Mi marido trabaja muchas horas en ese maldito garito. Es hora de que se jubile, o ya no habrá una próxima vez.

—¿Próxima vez?

—Sí, al próximo infarto.

—¿Infarto?

—Exagerada, ha sido un pequeño trombo. Me van a hacer una cosa rara, un globo le dicen, o algo así, y listo.

—Bueno, lo que sea, pero se va a jubilar y ahora nos iremos unos días a la casa del pueblo.

—Pensábamos que había tenido una crisis de ansiedad —dijo Álex —. Terminamos enseguida. Usted fue la primera persona que entró, ¿podría repetir lo que vio? Somos conscientes de que es muy prematuro, pero necesitamos saberlo cuanto antes.

El hombre bajó la mirada.

—Llegué al rellano y la puerta estaba entornada. Se veía una fisura, una sutil línea de luz. Solo empujé y se abrió el dichoso portón de madera. Llamé al señor y no recibí respuesta. Así que fui avanzando por el pasillo hasta encontrar la puerta del despacho abierta.

—¿Sabía cuál era la puerta?

—Sí, muchas veces me decía que subiera a saludarle, ya sabe… hablar un rato, intercambiar unas palabras, cosas así.

—¿Cree que era un hombre solitario?

—Yo creo que no, tenía muchas… mujeres a su alrededor. A veces también algún hombre corpulento, pero solo de vez en cuando.

—Siga. Estábamos en que abrió la puerta del despacho.

—Sí. Avancé y estaba de espaldas, sentado en una silla. Cuando estuve a mitad de la estancia, vi que llevaba unas esposas.

—Bien. ¿Qué más?

—Me preocupé porque no me contestó, le llamaba por su nombre pero no me decía nada. Entonces vi que tenía una peluca puesta.

—Háblenos de la peluca —insistió Karla.

—Me llamó la atención, porque estaba del revés.

—¿Del revés?

—Sí. Es decir, el flequillo por la parte de atrás y la parte del pelo largo por delante.

—Espere que lo acabe de entender, el rostro estaba cubierto por el pelo largo que normalmente va sobre la espalda.

—Eso es lo que he dicho.

Álex asintió e hizo un gesto para que continuara.

—Le hablaba y no obtenía respuesta, así que le quité la peluca pensando que era uno de sus juegos.

—¿Juegos?

—Bueno… —dijo y le salió una risa cínica—. El señor Durán tenía muchas mujeres a su alrededor y ya sabe, puede que le fueran los jueguecitos.

—Entiendo. ¿Qué hizo con la peluca?

—Veréis, cuando vi su rostro, la dejé caer al suelo.

—Desde luego que no era una imagen agradable —dijo Karla.

Álex miró por la ventana; el sol había desaparecido tras el horizonte. En pocos minutos se haría de noche. La luz de la habitación creaba un efecto espejo en el cristal.

—¿Quién puede haberlo matado? ¿Cree que tenía amigos aparte de usted? ¿Familia? ¿Enemigos?

El hombre sacudió la cabeza.

—No tengo ni idea, no lo conocía tanto.

—Ya —dijo Álex—. Según usted, ¿a qué se dedicaba el señor Durán?

—No lo sé, siempre me lo he preguntado, ¿verdad Montse? —dijo el hombre mirando a su esposa.

Esta pensó un segundo.

—Sí, claro —contestó sin poder disimular la respuesta forzada.

Karla miró a su compañero.

—Bien, señor Valdés, creo que esto es todo por hoy. Gracias por su colaboración —dijo Karla y le estrechó la mano—. Aquí tiene la tarjeta de la comisaría, cualquier cosa, no dude en llamarnos. Un detalle que se le hubiera olvidado, algo nuevo. Cualquier cosa. Por otra parte, necesitamos la dirección de su casa del pueblo para poder localizarle. Pero no se preocupe, mañana con calma llame a la comisaría y se la comunica a nuestros compañeros —dijo con retintín.

Se acercaron a la puerta y, justo cuando la compañera la abrió, Álex recordó un detalle.

—Espere. ¿Cómo sabía que tenía que subir? Es decir, ¿solía subir a saludarle? ¿Durán dormía allí?

El portero tragó saliva.

—A veces sí se quedaba a dormir en el despacho, pero incluso cuando se quedaba a dormir me bajaba el diario "*Mundo Deportivo*". Todas las mañanas me encontraba el periódico en mi garito, cada día. Sabéis, Durán y yo compartíamos la misma gran pasión.

—¿Se refiere a las mujeres? —preguntó Álex.

Karla se giró hacia el compañero con los ojos desorbitados.

—No —dijo el hombre poniéndose colorado. Luego miró a su mujer un segundo y en seguida al suelo—. El Barça.

—Ah claro, el Barça —dijo Álex con un tono de habérselo creído—. Gracias, feliz noche.

Los dos agentes cruzaron el pasillo hasta el ascensor. Una vez dentro Karla le preguntó:

—¿Qué te ha parecido?

—Creo que este tío cuenta de la misa la mitad —dijo Álex mirando a su compañera—. Muy buena idea de llevarnos las VHS, seguro que algo sacaremos.

Ella dejó de mirarlo y se giró hacia la puerta.

—Sabes que soy la mejor agente de Travessera —le espetó con despecho—. No sabes lo que te pierdes.

—¿Tenemos que volver a esto? ¿En serio? —dijo él sin animosidad —. Lo hemos probado, fue bonito mientras duró, pero ya no podemos

seguir mirando hacia atrás. Hay que mirar adelante.

—Claro, para ti es fácil: lo cortaste tú. ¿Sabes lo que me duele verte cada día?

—Lo siento, Karla, de veras. ¿Quieres que pida un traslado?

Ella permaneció pensativa. Se abrieron las puertas, pero ninguno de los dos se movió.

—No, en cuanto se acabe este caso, pediré el traslado yo, o solicitaré que ya no volvamos a coincidir en el mismo caso —dijo ella al fin, y salió del ascensor.

A las pocas horas, Álex estaba pensando en esas palabras mientras corría por la Avenida Diagonal. Los conductores que circulaban por la arteria se dirigían hacia sus casas mientras Álex hacía deporte.

Las palabras de Zorro Negro y del portero se sucedían en su mente como las imágenes de los asesinatos. Entre medio, aparecía Karla y los recuerdos de todo lo que habían vivido juntos.

Correr por la noche antes de cenar le devolvía el equilibrio que su trabajo le quitaba.

Llegó a casa, se duchó, cenó y se durmió viendo una película mala que daban por la tele. Se despertó por la mañana en el mismo sitio, empapado y con la música de su móvil.

Contestó.

—Despierta, la *Madame de la Muerte* nos espera —dijo irritada Karla.

—Maldita sea. ¿Qué hora es?

—Las ocho, Bella durmiente —contestó—. ¿Tengo que hacerte de canguro? Es la última vez que te llamo y que te espero.

Álex saltó del sofá.

—Venga, estoy en la comisaría, nos esperan en la morgue central. Se ve que tienen noticias inquietantes del cadáver.

CAPÍTULO 08

Sabadell.

Comisaría central. Morgue.

Llovía de nuevo. El cielo, cubierto de nubes y azotando la ciudad con lágrimas, generaba más tráfico aún en la zona metropolitana.

Álex Cortés había llegado tarde, lo cual no era habitual en él. No se explicaba cómo podía haber sucedido, menos tratándose de un caso tan importante. Se puso cualquier camiseta de manga larga, su chaqueta de piel y una bufanda abrigada. Karla lo esperaba con el coche en marcha. En cuanto entró en el habitáculo le dijo:

—Llegamos tarde, maldita sea, nos están esperando. ¿Pierdes facultades?

Él no contestó, solo miró por la ventanilla.

Poco después estaban aparcando el coche patrulla en el parquin subterráneo del flamante complejo central del Cuerpo de los Mossos d'Esquadra en Sabadell.

Tras un breve pasillo, en el sótano, se encontraba la morgue central.

El lugar olía a pintura nueva, casi fresca. Todo estaba impoluto, con instalaciones a la vanguardia que desprendían autoridad y magnificencia.

Los dos agentes se miraron; era la primera vez que visitaban ese edificio.

Los cristales en los laterales abrían la vista a la infraestructura de la morgue central. Un grupito de personas en bata blanca desapareció por una puerta interna. En la instalación, una mujer joven los vio y se acercó a la puerta principal, abriéndola.

—¿Los agentes Ramírez y Cortés? —dijo la mujer con voz dulce pero

decidida.

La joven mujer tenía el pelo rubio, finísimo y recogido con una cola. Su nariz era afilada y los ojos más juntos de lo normal, dándole un aspecto diferente. No era lo que se diría un estereotipo de belleza, pero su seguridad la hacía atractiva.

Álex, al verla, sintió una cierta atracción, aunque era demasiado joven. Sobre la placa en su bata se leía "*En prácticas*". Claramente no era la "*Madame de la muerte*".

—Sí, somos nosotros —dijo Álex tendiéndole la mano.

Ella ni siquiera se la miró, dejó la puerta abierta y entró.

—Llegan tarde —dijo sin miramientos—. Alba Guevara les ha esperado hasta hace un momento porque ahora comienza una formación que ¡yo! me voy a perder por su retraso.

—Es mi culpa, lo siento…

—Dejemos las excusas para otro día. Vayamos al grano.

Karla se giró hacia el compañero y lo miró con satisfacción.

—Ya te lo dije —susurró, dejando claro que le habría gustado repetírselo otra y otra vez.

—Alba me ha dejado toda una serie de detalles por comentarles —dijo la forense en prácticas.

Luego cogió un papel del escritorio y fue hacia el interior de la estancia. Llegada a la mitad se detuvo, comprobó el número de la celda y abrió una compuerta de acero. Esta fue dejando paso a un aire refrigerado y un olor a óxido que fue extendiéndose.

La rubia, con decisión, recorrió toda la cremallera dejando descubierto el cadáver del hombre que pocas horas antes estaba atado a la silla.

Álex analizaba sus movimientos firmes: tras el atractivo de la mujer había un carácter fuerte, seguramente necesario para encontrar su pasión en hacer autopsias a cadáveres en lugar de salvar vidas en un hospital.

«¿Qué empujaba a una persona a dedicar tiempo, *su* tiempo, y su vida a los muertos y no a los vivos?», se preguntaba mientras observaba sus movimientos.

—Pau Durán —dijo la forense en prácticas—. Varón, caucásico, cincuenta y nueve años, con varios tatuajes en el cuerpo y ninguna operación aparente. La muerte la podemos atribuir sobre las 4:00h o las 5:00h de la mañana. La causa principal es envenenamiento.

Álex arrugó el ceño.

El hombre presentaba una cicatriz que le recorría todo el tórax y se

abría en forma de “Y” en los pulmones. Por su aspecto, habría dicho que pasaba de los setenta años. El pelo y los bigotes eran negros como el tizón, claramente teñidos.

—Hemos encontrado las siguientes marcas —dijo mientras apoyaba el informe y se ponía los guantes azules de látex—. Una quemadura en el brazo derecho. Creemos que es de una descarga eléctrica que le puede haber ocasionado una parálisis momentánea o incluso un desmayo.

—Sí, lo hemos visto en las cámaras.

—Agente, no me interesa lo que han visto. Por favor, llego tarde por su culpa, déjeme decir lo que tengo que decir, me estoy perdiendo una clase de laboratorio aplicado a la anatomía forense, una de mis preferidas.

—Disculpe, señorita… —dijo Álex.

—Sigamos. Valores en sangre nos indican que el hombre fue envenenado y perforado los labios con un, creemos alfiler, para pasar esto —dijo y subió una bolsa transparente con el cordel de color morado—. Miren estos orificios. Están alargados por la fuerza de la víctima, creemos que las perforaciones eran mucho más pequeñas, pero por el dolor y por la fuerza de apertura de la boca se han alargado. Como podéis ver, en los extremos son más pequeños, por la fuerza de palanca de la mandíbula.

—Es decir, el hombre, debido al dolor y a sus intentos de pedir auxilio, alargó él mismo los agujeros, ¿no? —preguntó Karla.

—Sí, es exactamente lo que creemos.

—¿Cómo suministraron el veneno? —replicó Karla.

—El cuerpo no presenta marcas de pinchazos, por lo tanto, solo estaba en el cordel.

—¿El cordel llevaba veneno?

—Es lo que creemos, estamos haciendo las analíticas pertinentes, pero creemos que el material estaba empapado de veneno. Pensamos que el dolor de la víctima fue muy agudo, no solo por los orificios, sino además porque fue por allí por donde entraba la sustancia que finalmente lo mató.

Hubo un momento de silencio.

Los dos agentes miraban el cadáver mutilado. Las perforaciones en el rostro recordaban a los extensores que alargan los lóbulos de las orejas, o incluso a un ritual satánico de alguna civilización remota.

—¿Así que esto se lo han hecho despierto? —preguntó Karla.

—Por los valores en sangre creemos que sí.

—¿Y cuál es el veneno?

—Aún no lo sabemos. Los compañeros del laboratorio de química y bioquímica están haciendo sus analíticas. Cuando sepamos el veneno

os lo confirmaremos, pero os puedo adelantar que no es algo común, es una sustancia muy extraña.

—¿Extraña? —preguntó Álex.

La mujer lo miró y antes de contestar, se lo pensó.

—No lo habían visto antes, les está costando trabajo separarlo molecularmente.

—¿Qué nos puede decir de la incisión en la frente? —preguntó Karla.

—Los restos de partículas dicen que se ha realizado con un elemento punzante: un cuchillo, un bisturí o un cúter. El material lo están analizando, pero al microscopio parece hierro común.

—¿Algo más? —preguntó Álex.

—Lo último, y creemos lo más importante… —dijo la forense y se calló un momento.

Los dos agentes la miraron con curiosidad, pues era difícil pensar que pudiera haber algo todavía más importante que todo lo que acababan de escuchar.

—Precisamente por este detalle los quería ver nuestra instructora Guevara, por lo anormal que es y las consecuencias que puede conllevar. Mi jefa les quería hablar de esto.

La joven forense levantó una bolsa de plástico transparente que contenía el cordel de color morado que había cosido los labios del cadáver.

—No es un cordel al uso, es un cordel de cabello natural —dijo y se detuvo haciendo hincapié en lo siguiente que iba a decir—. Está hecho con pelo humano.

CAPÍTULO 09

Álex Cortés se frotó los ojos, sintiendo que todo aquello le superaba.

El caso del hombre de negocios asesinado en su despacho se volvía cada vez más complejo y macabro.

Se había creído preparado para la vida de comisaría. Dar el salto a los casos reales era lo que siempre había deseado, desde que su abuelo le explicaba las investigaciones que él había resuelto.

Su abuelo, un miembro de la benemérita jubilado, había sido enviado desde Cáceres hasta Barcelona. Las historias más trepidantes las había escuchado sentado sobre sus rodillas: las mismas que lo impulsaron a alistarse en el cuerpo de Mossos, a ser uno de los agentes con mejores notas y a emparejarse con la más atractiva y prometedora agente de la academia, Karla.

Pero la vida cambiaba al salir del paraguas de la academia.

Los casos reales pasaban por gente que cosía la boca de sus víctimas con pelo, y convivir con una pareja que hace el mismo trabajo no siempre es fácil.

—¿Pelo humano? —preguntó Álex—. ¿Cómo lo sabe? ¿No puede ser una crin de caballo?

—Lo hemos analizado, es el mismo ADN del cordel encontrado en el cadáver de Arnau Castelló.

—No me fastidies. ¿El mismo? —replicó Álex.

—Agente, ¿se ha lavado las orejas esta mañana? —replicó la forense.

El color del rostro del policía cambió con la rapidez de un camaleón.

Dio un paso adelante y sacó al Álex Cortés que había mantenido enjaulado por respeto.

—Escúcheme bien, agente forense en prácticas. Le he pedido disculpas por llegar tarde, pero con esto no tiene la licencia de tratarnos mal o contestarnos de una forma irrespetuosa, porque estamos en el mismo bando y en el mismo barco. Vosotros, seguros en

vuestro laboratorio, y nosotros, fuera de esta pecera e intentando atrapar a los descerebrados que envían fiambres a tu mesa de autopsia.

Karla le tocó el brazo para que se calmara y él la apartó casi sin enterarse.

—Si te has perdido la clase de tu maestra, no sabes cuánto lo siento porque yo también he salido de la academia hace poco. Pero, ¿sabes una cosa? La vida no es un perfecto horario de clases, siempre hay sustituciones o emergencias, compañeros que tienen imprevistos o padres que no vuelven a casa. Tu carrera es secundaria al bien de nuestro cuerpo y la protección de los ciudadanos. ¿Has entendido? Y cuanto antes lo asumas, antes te ahorrarás disgustos a ti y a tus compañeros.

Cuando Álex concluyó, la joven forense tragó saliva. Los dos se miraron intensamente, pero con los papeles invertidos.

Si Karla hubiera tenido unas tijeras a mano, hubiera podido cortar la tensión que se había creado.

—¿Qué nos explicaba del pelo humano, compañera? —dijo Karla.

La forense se rascó la nuca.

—Sí —dijo apartando la vista del hombre y cogiendo el informe. Al sujetarlo le temblaba ligeramente la mano mientras lo repasaba—. Sí, pelo humano. Hemos encontrado trazas de una sustancia de nombre Henna. Se usa para el tinte natural del pelo.

—¿Han comprobado si el ADN del pelo está en la base nacional de ADN? —preguntó Álex con el tono aún serio.

—No.

—Pues deberían hacerlo, a lo mejor nos podemos encontrar una sorpresa.

Ella se lo anotó.

—¿Algo más de este cuerpo? —preguntó Karla.

La forense negó con la cabeza y sin decir nada más, cerró la cremallera y metió el cuerpo de Durán en la nevera.

—Venid —dijo la forense.

Los dos agentes se miraron y luego la siguieron.

Cinco filas más hacia al fondo, hizo la misma operación para sacar el otro cuerpo.

—Aún lo tenemos aquí —dijo con tono más amable—. Os lo enseño un momento.

Al retirar la cremallera apareció el cuerpo de Arnau Castelló.

El cadáver ya presentaba una rigidez y un color azulado mucho más intenso.

—Lleva aquí días.

—¿Ha estado también en la autopsia de este? —preguntó Álex.

—Sí —dijo mirándole con la cabeza ladeada.

Arnau Castelló tenía la cabeza redonda, casi esférica. El pelo era blanco y corto, con la barba del mismo color. Ojos pequeños y pupilas negras. Nariz aplastada, casi de boxeador.

La densa barba se veía interrumpida por los agujeros que le habían hecho para pasar el cordel.

—¿Alguna similitud o diferencia? —preguntó Karla.

—Todo igual, una quemadura de una descarga en un brazo, grabado en la frente un código indescifrable, una cuerda, poco más.

—Pero en él la cuerda era de color negro, ¿verdad? —preguntó Karla.

—Sí. Negro. Tengo el cordel de pelo en otro sitio por si quieren verlo.

—No, no hace falta, gracias —contestó Álex.

Hubo un silencio sepulcral.

—Bueno sí, un detalle diferente creo, pero esto no está en el informe, es algo que creo personalmente.

—Por favor —dijo Álex haciendo un gesto con la mano para que se sintiera libre de decirlo.

—Este no tenía los agujeros tan abiertos.

Los agentes arrugaron el ceño. Karla miró el informe.

—¿Y qué piensas? ¿Puede que en el segundo lo hizo mejor? ¿Peor?

—No, creo que el asesino evolucionó. Es decir, si te duele y quieres pedir auxilio, intentas abrir la boca, porque te duele: el caso de Durán. Pero en este caso, creo que no gritó porque el cordel llevaba demasiado veneno y la víctima no sufrió mucho.

—Claro, no sufrió lo suficiente —contestó Álex.

—Puede ser. En el segundo puso menos veneno, para que tuviera el mismo efecto, pero muriera más lentamente y con el dolor sintiera el impulso instintivo de gritar.

—Entonces, ¿consideras que su metodología ha evolucionado? —preguntó Álex.

La joven forense lo miró, asintiendo y fijándose en sus profundos ojos verdes.

—Pues sí, y además, ¿quién te dice que no volverá a hacerlo? —dijo enarcando las cejas.

CAPÍTULO 10

Barcelona.

Comisaría central de Travessera de les Corts.

Karla salió del despacho de Luciano Ortega dando un portazo.

Álex retrocedió y la abrió.

—Disculpe, es que hace corriente —dijo y volvió a cerrarla.

El sargento lo miró mal, pero no dijo nada.

Karla estaba delante de una ventana, mirando fuera. Los compañeros de la policía investigativa de la misma planta seguían trabajando como si nada.

—Tu actitud no ayuda.

—¿Qué no ayuda? —gritó Karla—. Ese tío es un inútil.

—Estoy de acuerdo, pero ¿quieres que nos expulsen?

—Ya sería el colmo, que el inútil sea el jefe y me expulsen a mí.

Álex se giró, apoyándose con la espalda en el cristal.

—Necesito un café —dijo él.

—Yo te invito —ofreció Karla. Suspiró y dio un golpe en el brazo al compañero—. Pero no te acostumbres.

Los dos agentes bajaron y se fueron a la cafetería de delante de la comisaría. *Café Sirena* era el punto de encuentro de todos los agentes. Una copia de una franquicia americana de cafés largos y caros. En el ambiente sonaba jazz y los sillones eran cómodos.

Compraron dos cafés con leche largos y se sentaron al fondo del establecimiento.

—¿Conoces al encargado? —preguntó ella.

—¿Rafael? Sí, se le da bien su trabajo. Por cierto, gracias por el café.

—Ya sabes que no me gusta que des puñetazos en las mesas —dijo con el mismo tono que usaría un padre.

Álex iba a hablar, pero ella lo interrumpió.

—Ya sé que tienes razón y no es justo. Ambos lo sabemos.

Álex resopló; sentía la misma presión en los hombros que cuando su madre le tiraba de las orejas.

—En fin, es igual, pero no es justo que nos exprima como limones cuando el cabrón no levanta el culo de la silla. Nos exige resultados sobre el caso y él no hace nada.

—A ver, repasemos los hechos. Las grabaciones VHS no nos han llevado a nada.

Álex asintió con la cabeza y sorbió el brebaje.

—No tenemos testigos en los lugares de los asesinatos. Las cámaras no nos han ayudado. Las pistas y las grabaciones de los comercios de alrededor no han tenido éxito.

—Solo sabemos que es un hombre, con fuerza para atar a las víctimas y coserles los labios.

—Que usa pelo humano.

—Y el ADN del pelo no tiene coincidencias en nuestro banco de datos y, además, no aparece ni una huella.

—Claro. Y lo peor es que no hemos conseguido encontrar ninguna relación entre las vidas de Durán y Castelló.

—Bueno, sí que la hay.

Álex arrugó el ceño.

—Son criminales.

—¡Ok! Sí, es verdad, son criminales —dijo casi pedante—. Pero aparte de eso, nada más.

—¿Te parece poco? —dijo Karla, dio un sorbo al café y siguió—. El asesino es un tío que conoce muy bien a las víctimas, nos deja mensajes y se diluye en la profundidad de la noche.

—No deja huellas, no deja testigos y mata a escorias de la sociedad por su afán de justicia.

—¿Qué coincidencia podrían tener estos dos?

—A lo mejor justamente ninguna. Solo el azar.

—No creo —dijo Karla—. El hombre es demasiado meticuloso como para seleccionar sus víctimas al libre albedrío.

—¿Y si fuera alguien de la policía camuflado? —dijo Álex—. O un juez, daría para una novela.

—¿Alguien en su sano juicio haría esto?

—¿Alguien de la secreta? ¡Imagínate! Alguien que ve que los peores criminales no acaban de entrar en la cárcel y se necesita mucho tiempo para encerrarlos.

Ella lo miró por un momento.

—¿Tú harías algo así? —dijo Karla.

A Álex se le atragantó el café y comenzó a toser.

—¿Estás bien?

Álex necesitó varios minutos para recuperarse.

—¡Claro que no! ¿Te has vuelto loca?

—No sé, has sacado tú el tema.

Estuvieron callados unos instantes.

—Algo tienen que tener en común, lo encontremos o no. ¿Controlaste al gestor? —preguntó él.

—Sí, pero nada. Ningún servicio fiscal, abogado, gestor, informático, nada. Aislados y separados.

—Ya. Pero algo tiene que haber —dijo mordiéndose una uña.

—Lo encontremos o no, algo hay —replicó Karla—. Y lo más increíble son las incisiones en la frente.

—Es claramente un mensaje. AP98 y JU1619. He mirado en todos los buscadores de internet.

—¿Qué te salió? —dijo Karla para burlarse de él.

—AP98 un chaleco militar del ejército japonés y el código de una correa de un cepillo de dientes. O incluso un refractor apocromático, es decir un telescopio con no sé qué características.

—¿Y JU1619?

—Tú te estás pitorreando, pero esto es serio.

—Esto es super serio, Álex, no te equivoques… —dijo Karla levantando la mano que no sujetaba el café.

—JU1619, el modelo de un teclado de un portátil, un juguete con forma de unicornio, un vestido en venta en una plataforma china, etc. … hasta lo he buscado en el BOE, pero nada.

—¿Te refieres al Boletín Oficial del Estado?

—Sí, claro.

—En Estados Unidos han tenido muchos asesinos en serie y seguro que han usado varios sistemas de criptogramas. ¿Por qué no investigamos en esa línea? ¿O incluso le pides ayuda a tu hermana?

Álex dio otro sorbo al café y se lo pensó.

—No sé, ya veremos.

—Otra cosa que me llama la atención es que siguen con la separación molecular del veneno y no consiguen averiguar qué narices era, al cabo de varios días del hallazgo de Durán y casi una semana de Castelló.

—Eso quiere decir solo una cosa…

Álex la miró levantando las cejas.

—Que no es nada convencional.

—Seguro que es otro maldito mensaje… que no conseguiremos interpretar.

—Me fascina tu optimismo. Pero ya no me interesa… ¿sabes? —dijo ella.

Sonó el móvil de Álex, justo en el momento en que habían vuelto a tocar temas personales aún no resueltos.

En cuanto lo intentó sacar del pantalón, sonó también el de Karla y después el de algún agente que estaba en la cafetería.

La pantalla mostraba la mala noticia. Los dos se miraron, dejaron los cafés en la mesita y se despidieron de Rafael. Salieron corriendo de la cafetería: tenían que llegar antes que la prensa, habían hallado un tercer cadáver. Otro con los labios cosidos.

CAPÍTULO 11

El coche patrulla de los dos agentes sorteaba el tráfico de la mañana.

Álex estaba enganchado a la maneta del techo del lado del copiloto. Otra mañana corriendo con la sirena encendida.

La dirección era un edificio de Barcelona, uno de los más altos. En los años sesenta albergó las oficinas centrales de un famoso banco, aunque posteriormente fue vendido. Era un bloque de cristal y aluminio, en la actualidad convertido en un conjunto de oficinas.

La calle estaba cortada por la guardia urbana. El cordón policial mantenía fuera del perímetro a los periodistas, que no se dejaban amedrentar por las inclemencias del tiempo. En cuanto llegó la patrulla, los compañeros levantaron la franja de plástico y les dejaron entrar entre los flashes.

Álex salió del vehículo y miró el edificio, con la lluvia salpicándole la cara. Un monstruo de cristal, colocado en la esquina entre calle Rosellón y Rambla Catalunya, en pleno centro financiero.

Se subió el cuello de la cazadora de piel y comenzó a caminar hacia la entrada.

«Esto se pone interesante», pensó.

Unos policías les abrieron el pesado portón de hierro y con la mano les indicaron que pasaran.

—¿En qué piso? —preguntó Álex a los compañeros.

—Planta veinticuatro, en el ático —contestó el agente que figuraba de portero.

Álex asintió y entró. Buscó en el tablero entre las empresas que había en el edificio, igual que una visita buscaría su destino.

World Trade Business International.

Así se llamaba la corporación que estaba en el ático. Era solo una, y ocupaba toda la planta.

Álex señaló la placa con el dedo para que lo viera la compañera.

A Álex le sonó el teléfono justo mientras subían por el ascensor. Era un mensaje de Ortega, con un texto y un vídeo.

«Esto estaba corriendo por la red. Lo ha grabado un chaval. La plataforma lo acaba de censurar».

En el vídeo aparecía el tercer cadáver.

Las puertas del ascensor se abrieron antes de que pudieran terminar de ver el vídeo. Un compañero salió a recibirlos al rellano.

—Agente Roger —dijo haciendo el saludo del cuerpo.

Los dos le respondieron.

Karla salió primera, mientras Álex dedicaba un momento para mirar el vestíbulo y el hueco de la escalera. Era tan alto que no se veía el final.

—Por aquí, por favor —dijo el otro agente.

Álex asintió y le siguió. La entrada era un pequeño pasillo con unas escaleras al final. En la planta, dividida en varios ambientes, todas las estancias daban por algún lado a las ventanas. El piso estaba tan alto que parecía que flotara en el cielo.

—Cuando llegamos, los periodistas ya estaban aquí —dijo Roger.

—¿Cómo podían saberlo? —preguntó Álex.

—El vídeo que ha hecho el chico se ha hecho viral. En cuanto lo ha visto un periodista y ha venido, los demás fueron detrás, como moscas al estiércol.

—¿Quién es el chico? —preguntó Karla.

—Venía todas las mañanas temprano a limpiar el despacho.

—Pero eso normalmente se hace por las noches, no de mañanas.

El agente había comenzado a subir las escaleras. Se giró y se encogió de hombros.

Al final se abría una oficina que se extendía por todo el ático y, a pesar de la lluvia, era muy luminosa. Solo cristales la dividían, creando espacios algo más pequeños. Al fondo, a una altura de cien metros, se veía toda Barcelona y el mar: el Mediterráneo a ciento ochenta grados. La perspectiva de una azotea, con la visual de un barco, pero con la ventaja de estar en tierra firme. Un lugar único y carísimo. El mejor despacho de toda Barcelona.

—Me pregunto quién se puede permitir una oficina así… —dijo Álex a Karla.

El agente Roger siguió caminando. Un hombre de la científica estaba haciendo fotos, tapando el cadáver. Se detuvieron en la puerta.

Los flases rebotaban sobre las paredes acristaladas. La puerta, también de cristal, llevaba una capa de reactivo negro en polvo que resaltaba todas las huellas que aparecían.

Finalmente se encontraron frente al cuerpo: misma posición,

misma ejecución. La sangre había ensuciado el traje y la moqueta. En esta ocasión había mucho más que analizar. El traje azul diplomático estaba bastante más arrugado. La camisa y la corbata estaban empapadas en lo que parecía una mezcla de sudor, babas y sangre. El rostro se veía más desfigurado que el de los otros hombres asesinados.

—¡Por todos los demonios! —exclamó Karla.

Álex la cogió del brazo y le hizo un gesto con la cabeza, señalando una mesa. Sobre esta se encontraban todos los especímenes para la inspección ocular.

—Esta vez se trata de un anciano —dijo Álex.

Karla se giró a mirar al agente que los había acompañado.

—¿Cómo puede alguien hacer algo así? —preguntó Roger.

Karla lo miró, ignorando su pregunta.

—Gracias agente, podemos seguir solos.

Este hizo un gesto con la cabeza y se fue.

Álex dio una vuelta completa alrededor de la víctima. Los compañeros de la científica seguían recogiendo pruebas.

—Bueno, ya sabemos que este psicópata no ha acabado. ¿Cuánto más quiere matar? —preguntó Karla.

—Ahora no es el momento, centrémonos en esto —dijo Álex a la compañera, cuidando su tono—. Compañeros, ¿nos podrían dejar un rato solos? Id a buscar un café, por favor.

Los compañeros de la científica miraron el reloj y se fueron.

Un largo silencio inundó aquella jaula de cristal a ciento cincuenta metros de altura y con vistas al mar. Un lugar idílico para trabajar, o incluso para vivir.

El despacho era minimalista. El sillón era de piel color tabaco, frente a un escritorio de madera blanca con pocos papeles y un portátil cerrado. Las paredes estaban vacías, solo una planta y una mesa redonda de reuniones con cuatro sillas. Una de ellas estaba en el centro de la estancia, sujetando el horror dejado por el despiadado asesino. En el ambiente, el olor a muerte cubría la insistencia del ambientador automático.

—¿Qué ves? —preguntó Álex a Karla una vez se quedaron solos en la escena.

—Es igual, pero diferente.

—Define diferente.

—Más violento.

—Sí…

—Me transmite más sufrimiento —dijo Karla mirándole fijamente —. ¿Y a ti?

—Estoy de acuerdo. Este hombre ha luchado y ha sufrido más. La huella del dolor se ha quedado en sus ojos y la desesperación ha deformado su rostro.

Ella lo miró fijamente.

—Y otro enigma. DN433. ¿Qué demonios será? —dijo Álex acercándose a la espaciosa frente de la víctima, surcada por un objeto punzante que había dejado un escrito indeleble.

—¿Y si fuera una matrícula?

—¿Cómo? —preguntó Álex separándose.

—Sí. Una matrícula de algo, si te fijas es un patrón, dos letras y unos números. La primera dos números, la segunda cuatro y ahora tres.

—Interesante, tienes razón. ¿Qué es entonces 433? ¿DN? —se preguntó casi susurrando Álex y luego siguió.

—¿Dinamarca?

Alex se apartó.

—Bueno, tenemos otra vez la peluca —dijo él.

—No es importante dónde esté en la escena, porque el que encuentra el cadáver siempre la quita para ver el rostro —contestó Karla—. Ahora bien, todas son pelucas rubias, iguales.

Karla la levantó para ver la etiqueta: esta coincidía. Era la misma marca de disfraces oriental, que imitaba a otra anglosajona.

—Lástima que son baratillas y se encuentran en todas las tiendas de productos asiáticos. Si no, podría ser un cable por donde tirar.

—El tío es hábil y astuto, no te hubiera puesto algo identificable para que encontráramos la fuente.

La conversación continuó hasta que Álex recibió una llamada desde un número oculto.

Arrugó el ceño y contestó.

—Cortés.

—Agente, soy Zorro Negro. Sé que está en la escena del delito del tercer cadáver —dijo el policía de la secreta con voz profunda y tono preocupado.

—Sí, efectivamente —contestó Álex sorprendido.

—Esto se nos está escapando de las manos y fastidiando nuestras mejores líneas de investigación. A Marc Roig lo estábamos investigando. Como se puede imaginar, es otro boss de la criminalidad.

CAPÍTULO 12

Karla miraba a Álex sin imaginarse con quién podía estar hablando. Le hizo un gesto con la cabeza para que se lo dijera.

Él se dio la vuelta.

—Ya me imaginaba que algo turbio tenía este tío.

—Lo ha dicho bien: turbio, muy turbio.

—¿Qué quiere decir?

—El hombre que tiene delante es uno de los mayores traficantes de residuos químicos y nucleares de toda Europa. Conseguía terrenos en África donde enviaba barcos y barcos de residuos que Europa no quería y los enterraba allí. Negociaba con varios gobiernos totalitarios corruptos y sus silenciosos tentáculos llegaban hasta el Parlamento Europeo.

—Perdone, ¿entonces cómo puede ser que no tuviera guardaespaldas?

—No lo sabemos. Decisión personal, suponemos. Nos consta que el chófer hacía dichas funciones —dijo el hombre y quedó un silencio incómodo—. Le tengo que dejar.

—No, espere. ¿Tres empresarios? ¿Tres criminales en diferentes áreas delictivas? ¿Qué opina?

Al otro lado del teléfono no se escuchó nada por unos segundos.

—Le volveré a llamar, agente Cortés. Siga… lo está haciendo bien —dijo y colgó sin darle tiempo a responder.

Tras colgar se lo explicó a Karla: no tenían tiempo de comentar la conversación, porque les quedaban pocos minutos para estar solos en la escena del delito.

Se fijaron en el color del cordel: a diferencia de los demás, este era verde. El asesino lo había usado de la misma manera, pero no parecía haber una explicación lógica del color. Seguramente, también la fibra con la que estaban hechos fuese la misma, pero eso tendrían que determinarlo los forenses.

—Mira, aquí sí que hay una diferencia —dijo Karla—. Los agujeros son cada vez más grandes. Casi se arranca el labio superior al gritar.

—Eso parece, a ver qué nos dice la autopsia. Es como si el asesino

hubiera tenido una evolución en la forma de matar a sus víctimas. Eso puede significar que se trata de un primerizo. Puede que sean sus primeras víctimas y que haya ido aprendiendo sobre la marcha.

—Sí, el modus operandi está claro, pero queda por entender cómo puede ser que supiera todos sus horarios, las costumbres, los lugares, dónde y cómo encontrarlos…

—Espera, ¿puedes repetir eso? —la interrumpió Álex.

—¿A qué te refieres?

—¿Has dicho las costumbres?

—Ah sí, las costumbres, horarios, lugares…

Álex miró por la ventana un momento y, como si hubiese tenido una visión, dijo de pronto:

—Nos vamos.

—¡Pero si aún no hemos terminado! —replicó Karla.

Álex abandonó la escena del crimen y se fue quitando las protecciones. Justo en ese momento regresaron los compañeros de científica.

—Compañeros, por favor, necesitamos las fotos de todo el despacho.

—Ya las hemos hecho —le contestó uno, extrañado.

—Perfecto, pero ahora necesitaría que hicieran una serie de fotos que se puedan enseñar a los familiares, sin que se vea la cara del hombre. ¿Me explico? La mesa, el cuerpo, todo, pero sin que se vea su rostro.

El compañero frunció el ceño.

—No lo acabo de entender.

—No se preocupe, solo háganlo. Gracias —concluyó dándole una palmada en la espalda.

—¿Se puede saber qué demonio te ha picado? —le preguntó Karla mientras salían.

—He tenido una corazonada

—¿Es preciso que tenga que recordarte que la última vez que tuviste una, nos expulsaron dos días de la academia?

—Eso tenía su grado de riesgo, pero éramos jóvenes.

—Álex, maldita sea, fue hace dos años —dijo Karla tajante y cogiéndole del brazo.

Álex la miró, de pie frente a la angosta escalera que llevaba del ático a la planta de acceso.

—Vamos a ver a la mujer de Arnau Castelló.

—Pero ya fueron otros compañeros.

—¿Bernat y Vilaseca? Esos no encontrarían un turista en el mes de agosto en medio de las Ramblas. Su atestado parece el de un novato.

Karla le miró fijamente: en sus ojos se reflejó una mezcla de ego, por no poder llevar la batuta, y admiración por un sentimiento aún latente.

—Tenemos que ir a hablar con la mujer, algo encontraremos. Estoy seguro de que las tres víctimas tienen que tener algo en común.

—No te soporto cuando haces eso.

—Te equivocas, tú ya no me soportas, a secas —dijo Álex resignado—. Pero esto no va de nosotros, va de coger a este maldito bastardo y poder salvar a la próxima víctima.

CAPÍTULO 13

Karla entró primero y cerró la puerta. Nada más dar un paso, la recepcionista la detuvo.

—¿Perdonen, tienen cita?

Karla no contestó, y la mujer que estaba detrás del mostrador insistió.

—¿Perdonen? —les gritó—. ¿Tienen cita o no?

—Esta es nuestra cita —dijo Karla, enseñando la placa de los Mossos d'Esquadra.

Al instante la mujer se calló, como si hubiera rebotado contra un muro invisible.

La lujosa peluquería en el barrio de Pedralbes era la preferida de los VIPs de Barcelona. Poseía un pequeño vestíbulo de recepción con una fachada fantasmagórica. Era todo espejos, cristal y discreción.

—Tenemos que ver a Matilda Castelló.

La recepcionista tragó saliva ruidosamente.

—No podemos permitir que entren a nuestras instalaciones sin previo aviso. La privacidad de nuestros clientes es lo más importante.

—Mira, guapa —dijo Karla y se detuvo, dio un golpe de tos y siguió—. Mire, lo más importante es que no lleguemos aquí con veinte GEI de las fuerzas especiales de intervención y entremos reventando puertas. Que luego el barrio empieza a especular, y la prensa detrás.

Hubo un momento de silencio incómodo.

La recepcionista miró la cara de Álex, que esperaba un paso por detrás, igual de serio.

—Solo necesitamos saber dónde está.

A los pocos minutos se abrió la puerta de la estancia donde Matilda, la viuda del señor Arnau Castelló, reposaba en un cómodo sillón. El espacio estaba envuelto en un aroma a flores de loto mezclado con laca. A Karla le recordó a su abuela, cuando se echaba medio bote al peinarse, los domingos antes de ir a misa.

Le estaban haciendo la manicura y tenía la cabeza llena de rulos,

bajo un casco. Se giró extrañada a mirar quién entraba.

—¡Por fin, señora Castelló! —exclamó Karla—. Finalmente la encontramos. Somos los agentes Ramírez y Cortés.

—Uy, ahora no puedo atenderles. ¿Pueden esperar fuera?

—¡No! No vamos a esperar fuera, llevamos varios días intentando localizarla y nos ha dado largas, o mejor dicho, engañado. Hablará con nosotros ahora.

La peluquera que la estaba atendiendo se acercó.

—Bueno, tiene cinco minutos antes de que le quite el casco, señora…

—¡Fuera de aquí ahora mismo! —le espetó Karla a la muchacha—. Somos de la policía, ¿es que no lo has entendido?

La chica se fue con el rabo entre las piernas.

—Bueno, ya me tienen. ¿Qué me querían preguntar tan importante?

Los dos policías dieron un paso hacia delante. Mientras Karla hablaba con la mujer, Álex miraba a su alrededor.

—La verdad es que no la veo muy preocupada por la muerte de su marido.

—Mire, agente, usted es muy joven, pero cuando llevas cuarenta años con la misma persona, las relaciones cambian.

—En cualquier caso, no estamos aquí para analizar la relación que podía tener con su marido, ni para cuestionarla —dijo Álex, apaciguando a las dos mujeres—. Solo estamos intentando aclarar quién puede haber matado a su marido.

La viuda miró al hombre y luego repasó a Karla de arriba abajo.

—Será rápido, pero necesitamos un momento de su atención.

Álex cogió dos sillas del otro lado de la estancia y las acercó. Luego abrió la carpeta donde estaban las fotos y el atestado y sacó unas hojas para tomar apuntes. Una vez sentados empezaron a rascar en el pasado. Comenzaron haciendo listas de personas que pudieran tener algún tipo de relación con Castelló: amigos, compañeros, gente que proporcionaba servicios a la familia… todo tipo de persona que se acercara a su marido.

—No sé… ¿algún médico a lo mejor?

La mujer se rascó la nuca.

—Mi marido gozaba de una salud muy buena. Solo tuvo problemas de corazón y se los estaba solucionando un médico de la Clínica Meyer. Pero nada más.

—¿Cómo se llama este médico?

—Creo recordar, Daniel Müsterfich.

—Comprobaremos esa persona.

—¿Nadie más? —preguntó Karla.

—No. Ahora no se me ocurre nadie más.

Álex y Karla se miraron.

—Enemigos, señora Castelló. ¿Qué enemigos podía tener?

Ella miró al suelo.

—Mi marido se dedicaba a las finanzas —dijo ella y se giró mirándose al espejo—. No tengo ni idea de quién quería hacerle daño. A mí nunca me explicaba nada, era una norma que teníamos en casa. Sus problemas los dejaba fuera.

—Entenderá que lo que le han hecho a su marido no es normal.

—La verdad es que los de la funeraria hicieron un trabajo muy bueno, así me dijo un amigo. Pudimos enterrarlo con rito religioso y tenía prácticamente el mismo aspecto que en vida. ¿Vosotros lo visteis antes?

—Sí —contestó Karla—, y nadie hace eso a una persona aleatoriamente.

La mujer la miró y levantó los brazos.

—No sé qué decirte. Tú eres muy guapa: ten cuidado con quién te casas. Cuarenta años son muy largos y a las personas les da tiempo de cambiar muchas veces.

Se quedaron mirando fijamente, hasta que Álex las interrumpió con un golpe de tos.

—Bien, esto es todo, gracias por su tiempo.

—En definitiva, hubiéramos tardado menos si nos hubiera recibido antes —replicó Karla con un tono más afilado que un dardo.

Los dos agentes estaban a punto de salir de la estancia cuando la mujer los llamó para añadir algo.

—¿Dónde van, agentes? Se dejan lo más importante. ¿Cuándo se dignarán a devolver sus efectos personales? El reloj que llevaba era un regalo mío de bodas y quisiera regalárselo a nuestro hijo primogénito.

Los dos agentes se miraron frunciendo el ceño. Ninguno de los dos había visto ese reloj.

CAPÍTULO 14

Álex se giró hacia la viuda.

—¿Un reloj? Entre los efectos personales de su marido no aparece ningún reloj. ¿Está usted segura?

La mirada de la mujer cambió, adoptando el aspecto de un escorpión al que le acababan de pisar la cola.

—¿Me va a decir usted lo que llevaba puesto mi marido? —dijo la viuda. Dejó de mirarlos por el espejo y se giró para tenerlos de frente —. ¿Me están diciendo que han perdido el Rolex de mi marido?

—Espere un momento, señora —dijo Álex y volvió a sentarse en la silla—. Cálmese.

Sacó la carpeta y buscó las fotos de la escena del delito.

—Mire, su marido no llevaba reloj en el momento de su muerte —dijo Álex pasándole una foto.

Esa instantánea no la había sacado antes. En ella aparecía el cadáver del hombre, sentado en medio de su despacho, con un post-it en la cara para impedir que se viera la amputación y la incisión en su frente.

La mujer se quedó congelada. Su expresión transmutó a puro terror. La agarró, como si fuera un cuadro de Picasso.

—¿Puedo quitarlo? —dijo indicando el papel amarillo que tapaba la cara del marido.

—Yo no se lo aconsejo. Piense que será algo que se le quedará grabado para siempre y, le aseguro, que no es una buena vista.

La mujer dudó. La visión de la escena la había dejado paralizada. Observó la imagen sin quitar el post-it.

—Es verdad, no lleva puesto el reloj. ¿Quién puede habérselo quitado?

Álex miró a Karla.

—Si cree que ha sido alguno de nosotros se equivoca mucho.

—Muchísimo —puntualizó Karla.

—¿Entonces quién? —gritó la mujer tirando la foto al suelo.

La viuda se tapó la cara, compungida.

—Idos, por favor —dijo con decisión, y luego repitió gritando—. ¡Idos!

Álex la miró con compasión, luego recogió la fotografía del suelo y la guardó junto a las otras del dossier.

—Le he dejado una tarjeta de visita en la mesa, por si se ha olvidado de alguien o algún detalle más —dijo Álex mientras se acercaba a la puerta.

Una vez salieron volvió a entrar la peluquera para seguir con su trabajo.

Los dos agentes salieron del centro. Ese día el cielo estaba cubierto: las nubes eran bajas, casi una niebla que encerraba la capital. No dijeron ni una palabra hasta dejar atrás la peluquería. Cuando estuvieron cerca del coche patrulla, Álex fue el primero en hablar.

—Necesito poner en orden las ideas.

—¿Café?

Álex la miró asintiendo.

Aparcaron en el parquin subterráneo de la comisaría de Travessera de les Corts.

Salieron sin pasar por el despacho: si Ortega los hubiera visto, les habría aplicado un tercer grado.

Entraron en la cafetería y se refugiaron en las últimas butacas, lejos de compañeros y de clientes.

—¿Quién puede haber robado el reloj? —preguntó Karla.

—No creo que fuera el que encontró el cadáver.

—Podría ser…

—No, no creo que sea tan fácil.

—Y entonces, sabelotodo, ¿quién crees?

Álex dio un buen sorbo al café y se limpió la boca con la mano.

—Tenemos que averiguar si en el despacho o en el cuerpo de las otras dos víctimas falta algo.

—No te sigo.

—Cuando estábamos en la academia estudiando casos del FBI, me acuerdo de muchos casos en los que los asesinos se llevaban objetos de la escena del crimen. Como trofeos.

—Sí, me acuerdo. ¿Crees que este podría ser un caso similar? —preguntó Karla.

Álex repasó la foto del atestado.

—¿Te acuerdas a dónde se ha ido el conserje de Durán?

—Dijo que se iba a la casa del pueblo, no especificó.

—Tenemos que averiguar dónde está y enseñarle las fotos. ¿Te puedes encargar tú?

Karla hizo un sonido gutural, justo antes de dar un sorbo al café con leche.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Creo que voy a hablar con la viuda de Roig.

—¿Por qué?

—Para ver si encontramos una pista en este, personas en común de los tres, médicos, contables, asesores, política, amigos y si falta algo de la escena del delito.

—Es una buena idea hacerlo separados, así cogeremos un poco de aire.

—No por eso, sino porque esto se está alargando demasiado y los jefes se están poniendo de los nervios.

En ese momento, llamaron a Karla. Ella dejó el café y cogió el teléfono. Era un número fijo de Sabadell.

—Ramírez —contestó.

—Señorita Ramírez, soy Alba Guevara, la médica forense de la central. ¿Puede usted hablar?

—Sí, la voy a poner con el altavoz, porque voy con mi compañero Cortés.

Álex miró a su alrededor, evaluando si alguien podía estar escuchando la conversación.

—Buenos días, doctora Guevara —dijo Álex—. ¿En qué podemos ayudarle? ¿Tiene novedades?

—Sí, hemos conseguido identificar el genoma del veneno que ha sido empleado en las dos muertes. En la tercera aún no lo sabemos porque el cadáver acaba de llegar.

—Nos lo imaginamos. ¿Pero cree que será el mismo? —puntualizó Karla.

—Sí, tiene pinta de serlo, en los próximos días os lo confirmaremos.

—¿Entonces?

—Sí. Veréis, es más complejo de lo que imagináis, hemos tardado tanto porque jamás habíamos encontrado este veneno. Solo en los libros de literatura clásica y en los viejos manuales de venenos. Me he informado y en nuestra época moderna nadie lo había visto antes. Era un mito, por así decirlo.

CAPÍTULO 15

Álex y Karla se intercambiaron una mirada de inquietud. Después de todo lo que habían visto, creían que nada les sorprendería, pero se equivocaban.

—Doctora, la escuchamos. ¿Qué ha descubierto su equipo?

—Se trata de un veneno rarísimo, extraído de una planta, o mejor dicho, un árbol —dijo Alba.

Su voz era firme, con un tono de fumadora o exfumadora. Seria, pero cercana. En el cuerpo era famosa, pero en raras ocasiones salía de su reino de los muertos.

El misterio y la falta de información sobre la mujer habían alimentado las fantasías y elucubraciones más arduas entre los compañeros.

—Proviene del tejo.

—¿El tejo? —replicó Álex.

—Es una especie vegetal con un alto poder toxicológico, conocida y usada en algunos tratamientos para combatir el cáncer.

—¿Y es legal?

—Que yo sepa, no es ilegal su posesión. La especie en sí es relativamente común, pero jamás nos habíamos topado con este veneno.

—Es decir, que el asesino debe tener unas profundas nociones de botánica para conocerlo.

—Puede ser. Esa sustancia ha vuelto locos a los del laboratorio biológico. No suele encontrarse habitualmente.

—Ya, me lo imagino —dijo Karla.

—Y entonces, ¿de dónde han sacado el veneno?

—Concentrándolo, a partir de un aceite esencial de la planta. Al final es química elemental, hasta mi sobrino de trece años podría hacerlo.

Álex y Karla se miraron, extrañados.

—¿Algo más, doctora?

—Sí, además de la sustancia hay un tema que veremos si sigue en patrón en la tercera víctima. El primer cordel tenía un nivel altísimo del veneno. Pero el segundo mucho menos.

Álex asintió.

—Sí, nos lo comentó la forense en prácticas. ¿Y usted a qué cree que se debe?

—Pues yo creo que es un cambio de comportamiento. El primero murió claramente casi al instante. El segundo tardó más. A juzgar por el estado del tercero, su lucha debió de ser titánica.

—O sea, que ha querido hacerlos morir más lentamente —dijo Álex.

—O eso, o que quiso que sufrieran de manera proporcional a los crímenes que habían cometido, de menos a más.

—Gracias, doctora. Su visión es muy interesante —dijo Karla.

—Pero agentes, eso es solo una suposición que no veréis en el informe, os lo he dicho solo porque me lo habéis preguntado… a título personal. No soy criminóloga. Tendrán que contrastarlo con la información de las bases de datos.

—No hay nada en nuestras bases. Unos santos, vaya.

—Pues no lo eran del todo, si no ahora estaríamos hablando de otra cosa.

—Bueno, eso y que el asesino en serie es un sociópata de manual.

—O un vengador, o un justiciero, quién sabe —dijo la forense y concluyó—. Todo depende de quién o qué le mueve. En fin, les tengo que dejar. Si todo va bien, mañana les enviaré el informe del tercer cadáver.

—Disculpe, doctora, una última pregunta… —la detuvo Álex—. ¿Está segura de que el veneno solo entró en el cuerpo de la víctima por el cordel? ¿Puede ser que estuviera tratando de confundirnos? ¿Que se lo inyectara o les hiciera ingerirlo, u alguna otra cosa?

—En absoluto, y eso se lo garantizo. En los dos cadáveres, no pudo ser por otra vía, viendo la cantidad que llevaba empapada la cuerda. Nada más. O por lo menos, en estos dos cadáveres; en el tercero, veremos.

—Y, a su juicio, ese veneno es doloroso.

—No tenemos constancia empírica por ser un veneno raro, pero sospecho que puede ser uno de los más desgarradores. Ahora les tengo que dejar. Un saludo, agentes, y suerte.

Antes de que pudieran contestar la mujer ya había colgado.

Quedó un silencio extraño en el ambiente. Álex se acomodó en la butaca de piel. Cogió el café y dio otro sorbo.

—Tejo —dijo él—. ¿A quién demonios conocemos que nos pueda ayudar con una planta tóxica?

—Hay muchas plantas que son tóxicas, pero la gente no va por ahí chupando las ramas. Te voy a contar una breve historia. En la isla de Asinara a principios del siglo pasado, construyeron un complejo penitenciario. Los guardias y las pocas personas civiles que vivían allí

tenían vacas y cabras. Cuando abandonaron la isla, las vacas se las llevaron, pero dejaron las cabras, y estas se convirtieron en fauna autóctona. Se fueron reproduciendo hasta llegar al límite que la flora permitía. La natalidad se fue regulando en base a la capacidad de repoblación de las plantas comestibles.

—¿Comestibles? ¿Para una cabra no lo son todas?

—No, claro que no. Las que eran tóxicas no las comían. Evitaban aquellas que tenían un líquido blanquecino interno que resultaba viscoso y tóxico. Sabían que esas debían dejarlas.

Álex afinó la vista y le preguntó.

—No sé, no me queda claro. ¿Por qué me explicas esto?

—Para que veas que muchas plantas pueden ser tóxicas, pero lo difícil es saber cuáles. Por ejemplo, estas cabras supieron de cuáles no debían alimentarse. Es solo que los humanos no tenemos esa capacidad innata, y vivimos rodeados de plantas tóxicas sin saberlo.

—No te hacía con nociones de botánica.

—Hay muchas nociones de mí que has preferido perderte.

—¿Conoces a algún botánico? —preguntó él, cambiando de tema a propósito.

Karla negó con la cabeza, y él chasqueó la lengua en respuesta.

Poco después se levantaron y siguieron con la investigación. Justo al cruzar la puerta de acceso de la planta del grupo de investigativa, su jefe los llamó a su despacho. La reunión para poner al día al sargento Ortega duró casi toda la tarde.

Álex notaba en el aire las ganas de su superior de abandonar esa comisaría. Detestaba al hombre, aunque procuraba respetarle. No soportaba su arrogancia ni su voz huraña, su ropa gastada y aquel caliqueño que le colgaba de la boca. Solo el olor de ese demoníaco rollo de hojas de tabaco le provocaba sarpullidos. Incluso lo imaginaba por la calle en cuanto notaba ese olor tan característico. Además, cuando estaban en su despacho, había todavía más cosas que le irritaban: por ejemplo, la manera en que se columpiaba en el sillón jugando con un mechero Zippo, placado en oro con un águila franquista. El sargento decía que se lo había regalado un ministro del Generalísimo. Cogía el mechero y lo hacía voltear entre sus dedos. Cuando se cansaba de ese movimiento, abría la tapa y la cerraba compulsivamente.

El rapapolvo se centraba en por qué no avanzaban en las investigaciones, por qué aún no tenían un culpable y por qué la prensa no hablaba de nada más.

—Venga, salid de mi despacho y seguid con la investigación —dijo con tono de desprecio—. Y mantenedme informado.

Álex cerró la puerta casi con un portazo. Karla se acercó a su

compañero y fueron juntos hasta sus mesas.

—Es un gilipollas —dijo Álex.

—Shhh.

—¡Dime que no!

—Déjate de tonterías, Álex. ¿Quieres una cuarta muerte o qué? Tenemos que seguir, a pesar de este… En fin, ese de allí dentro.

Se miraron y se quedaron en silencio unos minutos.

—Voy a llamar a la mujer de Marc Roig, a ver si me atiende —dijo Álex.

Ella asintió.

—Por favor, localiza al conserje de Pau Durán y que les lleven las fotografías.

—Cuenta con ello, pero mañana es sábado.

—¿Y?

—Es fin de semana, hay algunos compañeros que no trabajan…

Álex resopló.

—Fin de semana… Los asesinos en serie no descansan los fines de semana… y nosotros tampoco.

CAPÍTULO 16

Barcelona.

Tanatorio de Sant Gervasi.

Una vez aparcado el coche, Álex entendió por qué había tan pocas plazas libres. Personas vestidas de oscuro iban y venían del edificio en la cima de la montaña.

El Tanatorio de Sant Gervasi, en Barcelona, era uno de los más caros de la capital y poseía vistas privilegiadas.

Álex entró por una concurrida explanada. Hablaban entre ellos con un tono respetuoso y delicado. Se mimetizó entre esa gente pudiente de Barcelona. Vio a algunos a quienes recordaba haber visto anteriormente; personas conocidas o incluso famosos de la tele.

Pasó desapercibido entre los hombres, pero sus ojos verdes y rizos negros llamaron la atención de las mujeres que dejaba atrás.

Pasada la puerta de entrada había un vestíbulo con un recepcionista, cuya función era indicar dónde estaban las salas de velatorio.

Álex se presentó al chico y este le explicó a dónde tenía que dirigirse.

Cruzó el vestíbulo contiguo, que estaba acristalado por todo el lateral. Al cruzar el espacio, el agente observó que se podía ver toda la ciudad desde esa posición. En primer plano estaba el cementerio de Sant Gervasi, con una pequeña cúpula azul que sobresalía, seguido por una mancha gris formada por edificios de cemento hasta Montjuic y detrás, el mar.

Al final del vestíbulo, colgado en la puerta de la derecha, un cartel indicaba la estancia que buscaba.

Entró con respeto, colándose entre amigos y familiares, e identificó a la mujer de Marc Roig. Se le acercó por detrás, caminando en paralelo al muro.

—Señora Roig, reciba mi pésame —le susurró Álex a la mujer

Ella solo asintió y volvió a mirar el féretro, que estaba cerrado. Habían decidido no mostrar el cadáver del hombre desfigurado.

—Soy de la policía investigativa, lamento molestarle, pero sería necesario que le hiciera unas preguntas, si no le importa.

—Mamá, que les den a los de la policía, ¡mira dónde está papá! Que vengan otro día —se interpuso la hija, decidida.

La madre apoyó la mano sobre el hombro de su hija y esta calló.

—Siento el momento, de veras, pero es muy importante —insistió Álex.

La mujer no contestó; en vez de ello asintió y se levantó, ante la sorpresa de todos los presentes.

Luego siguió al agente a una estancia privada que había en la misma planta. El lugar tenía una ventana en la dirección contraria al mar, unas butacas de piel clara y un aroma a calas proveniente de un ramo fresco en una mesita.

El agente la invitó a sentarse.

—Gracias, señora Montserrat.

Ella se sentó, aguantando visiblemente las ganas de llorar.

Era de la misma edad del marido, alrededor de los setenta, y se escondía tras unas gafas de sol de pasta negra. Llevaba un traje oscuro con camiseta negra.

—¿Tenéis idea de quién ha hecho esto a mi marido?

—Estoy aquí precisamente por eso. Suponemos que su marido ha muerto a manos del mismo asesino que otras dos personas.

—El maldito Sastre del Diablo.

—Bueno, así ha sido bautizado por la prensa, pero nosotros no lo llamamos ni le llamaremos así en esta conversación.

—¿Qué tengo que pagar para que lo atrapéis?

—No señora, esto no va así. No nos tiene que pagar, lo vamos a encerrar igualmente.

—Entonces no le vais a coger.

—¿Cómo dice?

La mujer de repente cambió de expresión, dando a entender que estaba perdiendo el tiempo en ese cuartucho.

—Si no hay dinero de por medio, las cosas no funcionan.

—Se equivoca. Nosotros no trabajamos así y le voy a demostrar que se puede.

—Entonces llamaré a un amigo para que investigue.

—Está usted en su derecho pero, como agente del cuerpo de los Mossos d'Esquadra, le tengo que advertir que esta persona no puede interferir en las investigaciones oficiales.

—Mis amigos resuelven las cosas. ¡No sé cómo no se me ha ocurrido antes! —murmuró ella.

—Señora, no quiero que usted pierda tiempo, pero yo tampoco puedo perderlo. Escúcheme, necesito que me nombre a todos los asesores, abogados, contables, gestores y colaboradores que pueda

recordar; cualquier persona que últimamente pueda haber entrado en la vida de su marido. Incluso médicos o gente de servicio de la casa. ¿Me entiende?

Ella asintió y comenzó a nombrar a todos los que se le pasaron por la cabeza.

Álex apuntó todos los nombres sin analizarlos. En la carpeta del caso tenía unas hojas en blanco, que pronto se fueron rellenando de nombres y profesiones.

La mujer disponía de una memoria prodigiosa: en ciertos casos hasta se acordaba del año en que habían trabajado para su marido y cuándo habían concluido sus servicios.

—Y esto es todo, creo no haberme olvidado a nadie.

—Es increíble —dijo Álex con admiración.

—Tengo buena memoria —dijo ella sin darle mucha importancia—. ¿Puedo marcharme?

—Bien, solo una cosa más, señora, y la dejaré en seguida —dijo Álex guardando los folios.

Luego extrajo las fotos que había pedido a sus compañeros el mismo día del hallazgo del cadáver. Las imágenes no disponían de ninguna imagen de la cara; solo del resto: del cuerpo, de la parte posterior, del despacho, y de todo detalle sin que se viera la cabeza.

—Son las fotos del despacho de su marido.

La mujer dudó en cogerlas, pero pudo la curiosidad y el deseo de saber más detalles.

—Necesito que las mire bien y me diga qué ve, qué sobra, qué falta, cualquier cosa.

La mujer las miró una tras otra, dejando poco tiempo a cada una. Las pasó todas y luego seleccionó una entre ellas. La sacó y la puso encima de las demás. La volvió a mirar y se la entregó.

Álex arrugó el ceño y la cogió.

—¿Esta?

Ella asintió.

La foto encuadraba la parte frontal del marido, algún grado más a la izquierda. Se veía cómo al hombre, trajeado, se le abrían las solapas de la americana. Quedaban estiradas por los brazos atados por detrás de la silla.

—¿Y bien?

—La pluma —dijo ella indicando el bolsillo de la camisa—. Falta su pluma de oro. Una Montblanc que le regaló su hija.

Álex adoptó una expresión de satisfacción: acababa de confirmar su teoría.

—Ahora le tengo que dejar —dijo la mujer, y se fue de la estancia dejando a Álex con la palabra en la boca.

Álex metió las fotos en la carpeta, cruzó el vestíbulo, pasó entre la

muchedumbre y al fondo ya pudo ver a la prensa, que había acampado en la entrada. Ante la posibilidad de que lo reconocieran, escondió la carpeta dentro la cazadora de piel y salió. Entró en el coche y mandó un mensaje instantáneo a Karla, explicándole qué había pasado.

«Pues lo mismo nos ha dicho el portero de Durán. Ven a la comisaría y te lo explico», contestó Karla.

CAPÍTULO 17

Barcelona.

Comisaría central de Travessera de les Corts.

La comisaría estaba desierta, como era habitual en un sábado por la tarde. En las plantas de científica e investigativa se encontraban solo los agentes de guardia y algún mando intermedio.

La lluvia había vuelto a recobrar el protagonismo. Barcelona vivía una atmósfera fría, lluviosa y de preocupación social. La prensa no ayudaba en su labor por encontrar un culpable. Desde que le habían adjudicado el apodo de *Sastre del Diablo*, el terror había incrementado en la población.

Los empresarios comenzaron a tomar medidas drásticas hasta que se encontrara al asesino. Algunos, los más pudientes, tomaron sus aviones privados y se fueron de la ciudad.

La gente en los bares no hablaba de nada más; era *trending topic* en las tertulias.

Karla esperaba a Álex sentada, revisando correos viejos y poniendo orden en su escritorio.

Álex apareció por la puerta, avanzando de puntillas.

—Tranquilo, no está Ortega —lo tranquilizó ella, y Álex regresó a sus andares normales.

—Entonces, tenemos un asesino en serie que se ha llevado un objeto de la escena de Roig y de Castelló —dijo Karla.

—¿Y el portero?

—Verás. No ha sido fácil.

—Me lo imagino —contestó Álex intrigado—. ¿Pero cómo has hecho para que viera las fotos si el hombre se ha ido al pueblo?

—Llamé a la guardia civil de allí y un inspector se desplazó enseguida a donde estaba el conserje y le mostró las fotos. En cuanto oyeron *Sastre del Diablo*, cambiaron por completo.

—Tiene más resonancia la prensa que nuestro trabajo.

—Al principio no quería saber nada. Pero al final se dejó convencer e identificó un objeto que falta.

Álex la miró con interés.

—¡Otro!

Ella asintió, satisfecha de su hallazgo.

—Un bulldog de porcelana.

—¿Qué?

—Tal y como oyes. Un perro que había encima de su escritorio, coloreado con la bandera del Barça —dijo ella, enseñando uno que había visto en internet—. Mira, este solo lo venden en la tienda del Camp Nou.

—Me hubiera imaginado todo menos esto —replicó Álex.

—Ya, pero es lo que hay.

—Buen trabajo, muy buen trabajo —dijo Álex y se apoyó en los fríos cristales de la comisaría, azotados por la lluvia—. Así que tenemos un asesino en serie que cose los labios de sus víctimas. Tenemos un color por cada víctima, aunque no sabemos qué significa. El cordel es de pelo humano con trazas de tinte y empapado en veneno derivado de la planta de tejo… y sabemos poco más.

—Estoy buscando un experto en botánica y hierbas medicinales en España, y a ser posible en cultivos de tejo.

—Bien —dijo Álex.

—Y sabemos que de cada persona se lleva un trofeo, un objeto que parece ser importante para la víctima —dijo ella y se tomó un momento para pensar—. Y no sé avanzar más.

—Normal, Karla, eso se llama cansancio. Necesitamos despejar la mente. Es sábado noche, ¿por qué no te vas a pasártelo bien?

Ella lo miró, con los mismos ojos con los que solía mirarlo meses antes. Abrió la boca; le habría encantado decirle lo que pensaba, e incluso hacerle una propuesta.

Pero justo cuando lo iba a hacer, Álex dijo:

—Me voy, necesito descansar, porque mañana tengo que soportar una comida familiar en Tarragona. Nos vemos el lunes, Karla.

Ella sonrió, quedándose con las palabras en la boca.

—Claro, hasta el lunes —susurró.

En cuanto Álex salió de la ducha esa noche, vio las llamadas perdidas de un amigo.

—¡No, Paco! —dijo al verlas—. Por favor, no me tientes.

Intentó secarse lo más rápido posible y le devolvió la llamada. Al segundo tono, Paco contestó.

—Nos vemos en media hora en el Malfito. ¿Ok? No quiero un no, tío, tienes que salir, hace mil años que no se te ve el pelo, cabroncete.

—Hola, Paco. ¿Cómo estás?

—No me vengas con tonterías, que ya te conozco, no seas un aguafiestas.

Álex tosió y quitó con la mano el vaho del espejo del lavabo.

—Estoy cansado, necesito dormir.

—Lo que necesitas es venir con nosotros y desconectar. Venga, hombre. Ya lo tenemos todo programado. Necesitas ver gente nueva, beberte unas cervezas, escuchar rock en directo. ¡Vivir, tío! En fin, te paso a buscar en media hora, debajo de tu casa. Chao —dijo y colgó.

Álex cerró los ojos. Su amigo lo acababa de aspirar en ese sumidero llamado sábado, que en Barcelona podía llegar a ser muy delirante.

El programa no tenía nada de extraordinario: solo risas, cervezas y buen rock.

En la sala Malfito tocaba el famoso grupo originario de la Costa Brava, Punk'o'Guixols, encargado de hacer bailar a doscientas personas de la capital.

Los pocos conocidos que tenía Álex en la capital eran amigos de Paco. Ellos dos venían del mismo pueblo de Tarragona. Paco había aglutinado a todos sus conocidos en una pandilla, unidos por la música.

La cerveza corría entre las notas. La enésima ronda se había acabado, y la siguiente le tocaba a Álex. No sabía que esa era la que cambiaría su vida.

Se acercó a la barra y pidió unas cervezas a la camarera.

Cuando esta fue a prepararlas, Álex se giró para ver a sus amigos y, sin querer, dio un codazo a la persona de al lado.

—Perdona —dijo Álex mirándola a los ojos.

Sus ojos verdes se encontraron con otros azules, pertenecientes a una joven. Se miraron por unos segundos, y el resto de la sala dejó de existir.

Era una belleza natural: una rubia de pelo largo y fino, y nariz afilada con la punta hacia arriba.

El rock desapareció. Ella sonrió y bajó la mirada.

Él tomó la misma tonalidad de un tomate. Se arregló los rizos que le cubrían la frente, hasta que una voz rompió el hechizo de la rubia.

—Son quince —gritó la camarera.

Él pagó y la miró otra vez.

—¿Son los BK Roar?

Ella arrugó el ceño.

—¿Tu camiseta? —aclaró él—. Los Brooklyn Roar…

Ella agachó la cabeza para mirarla.

—Ahhh. Sí, son ellos —contestó con acento inglés—. ¿Los conoces?

—El rock es mi pasión. Y ese grupo me gusta mucho —dijo él titubeando si llevar las cervezas a los amigos o seguir conociendo la rubia—. ¿Eres americana?

—De Nueva York.

—Ya me las llevo yo —dijo Paco, apareciendo por detrás y cogiendo todas las cervezas menos una—. Tú a lo tuyo, hermano.

Álex miró al amigo y luego se giró hacia a la estadounidense. En ese momento la misma camarera le sirvió una botella de cerveza a la chica.

—¡Por los BK Roar! —gritó y le acercó a Álex la botella.

Él miró la botella y la chocó con la suya. Los dos bebieron y rieron, mirándose.

—¿A qué te dedicas? —preguntó Álex.

—¿Cómo dices?

—Que si estudias.

—Hay mucho ruido aquí. ¿Me acompañas fuera a fumar?

Álex asintió con la cabeza y salieron.

La mujer lo cogió de la mano, ante su estupor, y lo guio hasta la calle. Sacó una cajetilla de cigarrillos de una marca americana y se encendió uno. Después de exhalar el humo hacia el cielo con la pierna doblada contra el muro, miró al chico con aire felino, coqueto.

—Te preguntaba a qué te dedicas.

—Soy informática. Webs, programación… he acabado un master aquí en Barcelona y acabo de encontrar un trabajo.

Álex la miró mientras fumaba. Llevaba una larga camiseta anudada, dejando entrever su cintura y el ombligo. El largo pelo rubio le caía por la espalda. Álex analizaba sus gestos. No eran los de una princesa, sino más bien un alma nocturna. En cambio, su aspecto, aparentemente de buena chica, quedaba distorsionado por un estilo rock que probablemente solo servía para despistar al observador.

«Los detalles, Álex», se decía en su interior.

Un móvil caro, cigarrillos exóticos, zapatillas de marca, bolso: delataba una vida acomodada. Una americana aterrizada en Barcelona para una aventura de pocos meses.

Esa mujer que acababa de conocer por culpa de un codazo le atraía, pero en su interior había una vocecita, un dolor en el estómago que prevalecía frente al típico cosquilleo de aleteo de mariposas. Sabía lo que estaba intentando decirle, pero se dijo que a lo mejor conocer a la guapa rubia le vendría bien para olvidar a Karla. Ella podría estar haciendo lo mismo con otro hombre en ese mismo momento.

—¿Y te gusta?

—Es mi pasión.

Álex se rio.

—Me refiero a Barcelona.

—Digamos que se está poniendo interesante.

—Ya —dijo y dio un largo sorbo de cerveza.

—¿Y tú? ¿Qué haces en la vida? —preguntó la mujer mirándole los rizos negros y mordiéndose un labio.

Álex se rascó la cabeza y dudó si decir la verdad o no.

—Seguridad ciudadana.

—¿Cómo? No entiendo —contestó y seguidamente dio una calada.

—Es largo y no te quiero aburrir. Por cierto ¿cómo te llamas?

Ella se separó del muro y se colocó delante de él. Le extendió la mano y contestó:

—Mary, ¿y tú?

—Álex.

Los dos se apretaron la mano y ella recibió un empujón de un grupo de chicos que salían del local, acercándola hacia Álex. Él la abrazó y la apartó del bullicio.

Se encontraron a menos de un palmo de distancia el uno del otro.

—Vaya, esta ciudad definitivamente se está poniendo interesante —dijo ella mirándole desde abajo.

Las puntas de sus narices se rozaron. El cruce de miradas generó una fuerza magnética.

Álex no se atrevió a decir nada.

—¿Nos vamos? —dijo Mary.

CAPÍTULO 18

Álex y Mary entraron en la sala de conciertos. Cada uno se despidió del grupo de amigos con el que había acudido a la fiesta. Después salieron de allí y se pusieron a caminar entre las luces de una calle mojada del casco antiguo de Barcelona.

La humedad calaba en la piel clara de la mujer, que iba poco abrigada. La noche había tomado una dirección completamente diferente a la que se imaginaban los dos.

Mary le explicaba cómo era la vida en Nueva York, tan diferente de Barcelona. Eso de caminar por una calle de madrugada, en ciertos barrios, era completamente imposible. Él le explicó que, a diferencia de ella, era originario de un pueblo de Tarragona y que esa gran ciudad no era tan hospitalaria como creía.

—¿Bueno, pero a dónde vamos? —preguntó ella apagando el enésimo cigarrillo.

—No sé, estamos caminando —contestó él en tono ingenuo.

Ella lo miró con cara de hastío, luego se rascó la cabeza e hizo una mueca con la boca.

—¿En serio quieres caminar? —preguntó, sonando decepcionada.

Álex carraspeó .

—¿Y qué prefieres hacer?

—No sé… —dijo acercándose a Álex, mientras enroscaba un dedo en un rizo que le colgaba de la frente—. Podríamos ir a tu casa, por ejemplo.

Álex enrojeció, pero cogió la situación por los cuernos y llamó a un taxi. Un cuarto de hora más tarde, estaban entrando en su casa besándose y arrancándose las prendas en el mismo vestíbulo. A duras penas llegaron hasta el dormitorio.

La mujer de aires inofensivos se trasformó en una guerrera vikinga. Él quedó desbordado por tanta intensidad, embestido por su pasión.

El sexo fue rápido, pero de alto voltaje: justo lo que necesitaba Álex para ahogar las tensiones de una semana de investigaciones.

Mary se fue de la cama a buscar su tabaco. Entre la penumbra de la habitación, Álex entrevió sus dulces líneas.

Regresó con un vaso de agua y se encendió otro cigarrillo.

—¿Te importa no fumar en mi casa?

Ella no lo apagó. Abrió una ventana que daba al edificio de enfrente y se apoyó en ella a fumar, mirando la silueta de la ciudad.

Él se levantó y fue a su lado. Se apoyó en la pared, mirándola.

—¿No te importa que te vean desnuda?

—Psss. Sufre más el que mira que el que enseña —dijo ella sin girarse—. ¿Nunca has estado en América, verdad?

Él negó y la conversación continuó hasta el amanecer, entre cervezas y más sexo.

La mañana separó sus caminos.

Ella regresó a su vida y él a la comida familiar en Tarragona. La noche fue perfecta, porque al acabar ninguno de los dos habló de futuro o de segundas ocasiones.

El viaje de los domingos a la casa de campo de la familia Cortés era una tradición.

Iban con el coche de Alberto, el novio de su hermana Ana. Director de algún departamento del que Álex nunca se acordaba, trabajaba en una multinacional afincada en la capital.

De copiloto iba la hermana, licenciada en psiquiatría y con pasión por la mente de los criminales.

En los asientos de atrás, Álex y Marc, el hermano, también escapado de Tarragona por asuntos personales.

El viaje de ida servía para que los hermanos se pusieran al día de sus vidas. La vuelta, para dormir la siesta.

En cuanto llegaron, la casa estaba abierta y el padre preparaba la hoguera para la paella. La madre, en la cocina, se ocupaba de otros menesteres. Los abuelos esperaban a los nietos en la mesa.

La comida siempre duraba hasta media tarde.

Entrantes, paella, dulces, café y licores. Acompañados de recomendaciones de la madre y preguntas incómodas de la abuela. Ese día la peor se la llevó Álex:

—¿Y Karla? ¿Qué no viene hoy?

Su avanzado estado de alzhéimer no le permitía recordar que la historia había acabado con una ruptura de película de domingo por la tarde.

Álex explicó otra vez la situación, pero se dio cuenta de que cada vez le dolía menos, sobre todo después de la noche anterior.

Recogida la mesa, la familia se dividía, cada uno haciendo lo que le apetecía. Álex antes aprovechaba para dar un paseo con Karla o hablar

con la madre, pero ese día no. Tenía algo que le corroía en las entrañas.

Necesitaba sacarlo, hablar con alguien, desfogar el retortijón mental en el que estaba metido.

Buscó una habitación de la vieja masía, llamó a su abuelo y una fuerza inesperada hizo que viniera también su hermana.

Se encerraron con una botella de agua fresca y el abuelo con anís del mono.

—¿Estás bien, hijo? —preguntó preocupado el abuelo, también exinvestigador de la benemérita.

—Veréis, os cuento esto con cuidado y de forma extraoficial. Tengo confianza en que no lo divulguéis ni compartáis con nadie —dijo Álex mirando a los ojos a los dos—. ¿Ana?

Ella levantó las manos.

—A ver, por dónde comienzo…

Álex no sabía cómo empezar a explicar el proceso de las investigaciones.

El agente de la policía investigativa comenzó explicando que estaba en la investigación de los tres asesinatos del Sastre del Diablo. Explicó lo del cordel, el veneno, los colores, el pelo, las pelucas y las ejecuciones.

—En la academia no nos mostraron nada así —dijo cubriéndose la boca con la mano y negando.

—Media España ha visto el vídeo del tercer cadáver —contestó ella.

—Sí, y parte de la otra también creo —dijo el abuelo—. ¿Y qué dijo el que lo publicó durante el interrogatorio?

—Poco, se encargaron unos compañeros, pero no mucho, considerando lo que vio y lo que difundió. No le va a caer nada.

—¿Nunca has tenido que investigar a un asesino en serie, abuelo?

—Verás, un señor de un pueblo de por aquí era mecánico. Reparaba coches, pero su pasión era hacer atracciones para niños. Un buen hombre, respetado por la comunidad. Cogía personajes de los dibujos animados y hacía formas con cartón piedra. Luego las pintaba. Los niños estaban encantados de ir a su taller. Un día desapareció un niño. Buscamos toda la noche y el día después. Cuando encontramos la pista adecuada, las huellas de una camioneta en barro fresco nos llevaron hasta el taller. Entrando encontramos al hombre pintando unas figuras, tapando las gotas de sangre que habían salpicado en todas direcciones al aplastar el cráneo de la niña. Ese día entendimos el porqué de las figuritas: las usaba como reclamo para atraerlos. Se le fue la mano. Días después llegaron padres acompañados de los niños,

declarando que había abusado de varios de ellos.

—Nunca nos lo habías contado, abuelo —dijo Ana con los ojos abiertos y con ganas de saber más.

—Hay muchas cosas que no os he explicado ni os explicaré. Álex, no es fácil hacer nuestro trabajo, porque nos damos cuenta de que el mal vive entre nosotros y a veces toma las semblanzas de las personas más normales.

Álex escuchaba y asentía.

—Ya, ¿pero por qué este tío ha matado?

—El tío os está retando, no va a escapar. Quiere que lo encuentren —contestó el abuelo.

—Claro, por eso las pistas. El tío quiere que lo encuentres.

—Que lo encontremos…

—¿Tenéis sospechosos o indicios?

—Ni uno, abuelo, estamos en alta mar. Este tío desaparece, a pesar de las cámaras. Sabía las costumbres y los puntos ciegos de las infraestructuras donde trabajaban, tenía estudiado en todo detalle cómo escapar. No sabemos ni entendemos cómo. Hemos cruzado las personas más cercanas, fuera de la familia, de las tres vidas y no coincide ni una.

El abuelo se acomodó en la silla.

—Puede que el color del cordel y la manera en que los ha matado sea algo relacionado con los crímenes que cometían, pero lo que les ha escrito en la frente puede que sea una pista para que lo encuentres —dijo su hermana.

—Tiene sentido —dijo Álex arrugando el ceño.

—Muy bien dicho, Ana —dijo el abuelo como si fuera el profesor de la escuela criminalística que se acababa de fundar en la masía Cortés—. ¿Qué ponía en la frente?

—DN433.

—¿Y si DN son las iniciales de alguien? ¿David Navarro, por ejemplo? —preguntó la hermana.

—He buscado por todos sitios y en varios motores de búsqueda… y nada.

—Una referencia a un tipo de papel, aunque es demasiado facilón —dijo el abuelo.

—¿Papel? —preguntó ella.

—Sí, como DIN A4, DIN A3, etc. —replicó el anciano.

—Sigue un patrón: en la frente del primer muerto estaba grabado AP98 y en la del segundo JU1619.

—Dos letras y números.

El abuelo cerró los ojos.

—¿Me acercáis un papel y un boli?

El nieto obedeció.

El anciano comenzó a escribir, haciendo elucubraciones e intentando adivinar. Luego comenzó a coger las letras y trató de ver de qué podían ser iniciales o abreviaciones.

—Ap, ap, ap 98, ap 98. Ap 98 —decía el hombre, como en estado catatónico, casi poseído ante el estupor de los nietos.

—Ap 98 —volvió a decir y abrió los ojos—. Ap, espacio, nueve, dos puntos, ocho —dijo como si hubiera entendido una fórmula secreta.

—¡Dios mío! —dijo Ana, que lo entendió antes que Álex.

—¡Exacto! —replicó el abuelo, apuntándola con el bolígrafo—. Ap por apocalipsis y 98 por capítulo 9, versículo 8.

—Maldito pirado —soltó el nieto.

—Álex, ve a mi despacho. Al lado del escritorio hay una biblia, cógela y regresa.

Álex corrió a buscarla y se la llevó.

Enseguida la abrió. Buscó con el dedo el versículo, lo leyó y se detuvo. Luego levantó la vista. Al hombre se le pusieron los ojos rojos de emoción; abrió su boca y de ella no salió ni un sonido.

—Abuelo, ¿qué dice? —preguntó Álex.

Este tragó saliva y solo pudo vocalizar:

—Hazme un favor, diles a tus jefes que te aparten del caso.

CAPÍTULO 19

Las palabras del abuelo resonaron en el cráneo de Álex.

Había llegado demasiado lejos como para pedir que le apartasen del caso.

—¿Se puede saber qué dice? —insistió.

Ana se levantó para cogerle la biblia, pero el abuelo se lo impidió.

—Siéntate.

Ella se extrañó y obedeció.

—A este tío le faltan tornillos —dijo y volvió a abrir la Biblia—. Apocalipsis 9:8, *Tenían cabellos como cabellos de mujer, y sus dientes eran como de leones.*

Álex se quedó callado por un instante.

—La primera víctima estaba involucrada con dinero, era usurero —confirmó el nieto.

—Chico, te lo digo en serio, que te aparten del caso.

—No —gritó Ana y luego rectificó dándose cuenta de lo que acababa de decir—. Quiero decir, que decida él lo que quiere hacer, ¿no?

—Y ¿JU1619? —preguntó Álex, como si no escuchara las estimaciones de los otros dos familiares.

El ex guardia civil comenzó a rebuscar y al cabo de un rato se detuvo.

—Jueces, capítulo 16, versículo 19: *Y ella lo hizo dormir sobre sus rodillas, y mandó llamar a un hombre que le rasuró las siete trenzas de su cabellera. Luego ella comenzó a afligirlo y su fuerza lo dejó* —dijo y cerró la Biblia—. ¿Y este? ¿Qué se le imputa a este hombre?

—Tráfico de personas.

—¿Personas? ¿Puedes ser más concreto?

—Prostitutas.

—¿Y el último? —preguntó el abuelo.

—DN433.

El abuelo lo pensó. Luego abrió de nuevo la Biblia y comenzó a buscar.

—Dn, Dn… Claro, Daniel. Daniel 4:33 o 43:3 —dijo girando las

páginas como si buscase urgentemente el teléfono de un médico en el listín telefónico—. Daniel, capítulo 43… no existe. Daniel capítulo 4, versículo 33: *En aquel mismo instante se cumplió la palabra acerca de Nabucodonosor: fue echado de entre los hombres, comía hierba como el ganado y su cuerpo se empapó con el rocío del cielo hasta que sus cabellos crecieron como las plumas de las águilas y sus uñas como las de las aves.*

—Tráfico de residuos químicos y vertederos ilegales, y vete a saber qué más —dijo Álex.

—Si no me equivoco, en el vídeo el cordel de la boca del hombre era verde —dijo Ana.

—¡Santo cielo! —exclamó Álex.

—Esto es una pasada, Álex. ¿Te das cuenta de lo que tienes entre manos?

—Ana, por favor, no le incites a seguir. Por favor, déjalo.

—En absoluto. Tienes razón, abuelo, sería más seguro dejarlo, pero me ha tocado este trabajo y quiero llevarlo a cabo, o pasaré a la historia como el tío que dejó su primer caso importante. Hemos jurado al cuerpo y tenemos que llevarlo adelante. Estoy delante de la respuesta, y con todos estos avances no puedo detenerme ahora. Te das cuenta de que el cuerpo tiene confianza en mí y ninguno de nosotros habíamos entendido qué narices era todo esto…

El abuelo suspiró. Apoyó la Biblia en la mesilla de al lado y se acomodó en el respaldo.

—Si estás seguro y quieres seguir, necesitas otro tipo de ayuda…

—¿Qué quieres decir, abuelo?

—Pues que la clave de tu enredo es la Biblia y la religión cristiana, por lo que parece. Y eso lo puede desenmarañar solo un experto de la Biblia.

Álex asentía con la cabeza con una sonrisa casi cínica.

—Y conoces a alguien…

Él asintió con la cabeza.

—Se llama Aaron, Aaron García.

—¿Aaron?

—Es de origen hebreo, quiere decir iluminado. Es uno de los mejores historiadores de la Biblia de Barcelona. Un erudito. Me debe varios favores. Seguro que te va a atender a cualquier hora de la noche —dijo el anciano guiñando un ojo.

Luego cogió el papel donde había estado escribiendo y apuntó su dirección.

—¿Seguro que me atenderá?

—Seguro, me debe unas cuantas. Confía en mí.

La conversación duró poco más. Álex vio la preocupación en los ojos

de su abuelo, pero a pesar de eso le ayudó a avanzar con su investigación.

En cambio, en los ojos de la hermana vio nacer un fuego, una pasión desmesurada por la criminalidad, las mentes corruptas y las ideas más nefastas de las personas. Eran como plantas que deberían haber crecido rectas, pero en vez de eso crecieron torcidas y silenciosas. Ella era la botánica que quería saber más.

Volvieron ya de noche. El hermano durmió todo el trayecto. Álex observaba a su hermana mirar por la ventanilla. Supuso que pensaba en lo que había pasado esa tarde en la masía familiar.

Álex deseaba llegar a Barcelona. En todos esos años nunca se le había hecho tan largo el viaje de regreso. En medio de sus pensamientos, su móvil lo interrumpió con un mensaje.

«¿Te apetece cenar?».

Simple, directo. Sin romanticismo ni florituras. Enseguida pensó en Karla, pero no era ella. La americana, sin decir nada en todo el día, volvía a la carga. Pero declinó la invitación: tenía algo más importante, urgente y apasionante que hacer.

Cuando llegaron, cogió un taxi e indicó al conductor la dirección apuntada por su abuelo. El coche arrancó y se detuvo al cabo de veinte minutos en una pequeña casa en el camino al Tibidabo, el parque de atracciones en la montaña que controlaba la ciudad.

Era una casita pequeña de madera que parecía salida de alguna historia de terror de Stephen King. Si no fuera por su abuelo, jamás habría entrado allí; a lo mejor solo después de los GEI, el cuerpo de élite de los Mossos.

Al subir los tres escalones antes de la puerta, estos crujieron. Apretó el timbre y al poco rato se encendió una luz en el interior. Se abrió la mirilla y se escuchó una voz.

—¿Quién es?

Álex tragó saliva.

—Soy el agente Álex Cortés, nieto de…

No necesitó más palabras. Varios candados se fueron abriendo. Detrás de la puerta apareció un hombre con el pelo largo y blanco, barba desaliñada y pequeñas gafas de lentes redondas apoyadas en la punta de la nariz. Detrás se veía un pasillo con estanterías que ocupaban la pared entera, llenas de libros.

—Te esperaba —dijo con tono ceremonial y un punto de locura en la mirada—. Tu abuelo me lo ha contado todo. Creo saber lo que quieren decir todos esos indicios bíblicos. Seguro que te puedo ayudar. Entra, tenemos mucho trabajo.

CAPÍTULO 20

Álex dudó en entrar.

Si no hubiera sido porque su abuelo lo había enviado allí, lo más probable era que no lo hubiera hecho.

El hombre se quedó detrás de la puerta hasta que el visitante cruzó el umbral. Después cerró la puerta y quedó al descubierto, como si la superficie de madera hubiese sido un escudo de madera.

Álex notó como sus palpitaciones aumentaban sin razón aparente. Su abuelo tenía confianza en él, pero había algo de esa situación que no le acababa de gustar.

—Sígueme —dijo el hombre, abriendo paso.

Aaron García cojeaba de una pierna y su espalda era curva como un arco bizantino. Avanzaba lento, con una demora que olía a libros viejos y polvo. El pasillo, estrechado por librerías abarrotadas en los dos lados, llevaba hasta otra estancia más amplia.

—Conozco muy bien a Antonio Cortés, es un gran tipo. Lástima que ya no hay gente como él en la policía —dijo con nostalgia sin girarse, mientras avanzaba con dificultad.

Álex respetó su opinión con el silencio.

Entraron en una estancia que parecía ser la sala de estar, convertida en estudio y sala de lectura.

Las ventanas eran pequeñas y la luz tenue. Las paredes seguían tapizadas de libros. Álex se dio cuenta de que todas las estanterías eran diferentes, como si Aaron hubiera ido construyendo poco a poco su castillo de sabiduría.

En el fondo había una butaca y varios objetos encima de una despensa; entre ellos reconoció una menorá, el candelero hebraico.

Se sentó e indicó al huésped que tomara asiento al otro lado de la mesa redonda.

—¿Un apasionado de los libros? —preguntó Álex y mientras lo decía, se dio cuenta de la obviedad que acababa de pronunciar.

Una enorme Biblia estaba abierta en el centro de la mesa. Tenía dibujos a color y ribetes en oro.

—Antonio me ha pedido que te ayude en tu búsqueda. ¿Verdad?

—¿Búsqueda?

—El Sastre del Diablo.

El agente asintió y apoyó una carpeta en la mesa en la que aparecía la palabra: «CONFIDENCIAL».

El erudito la miró con interés.

—He colaborado con abuelo muchas veces, y nunca hablo con nadie de los asuntos policiales. Este parece muy interesante —dijo señalando la carpeta—. ¿Puedo?

Álex apartó la mano del señor, impidiendo que la cogiera.

Este no se lo esperaba y alzó la mirada, contrariado. Sus ojos se cruzaron en una prueba de fuerza. Entonces le vio bien a la cara. El hombre tenía un perfil griego, y una nariz grande y aplastada. La frente era amplia y de tonalidad olivácea, a pesar de ver poco la luz del día.

—Tiene que jurarme que no va a decir nada a nadie.

—Por favor, ¿has visto con quién vivo? —dijo irónico, y gritó—: ¿Cariño, nos puedes traer dos cafés?

Después se puso una mano en la oreja.

Nadie contestó.

—Vivo solo, pequeño Cortés. Mi mujer me dejó hace tiempo y mis únicos amigos son amasijos de páginas releídas, como puedes ver.

Álex guardó silencio y luego le acercó la carpeta.

Aaron sonrió.

La arrastró hacia sí y abrió la caja de Pandora.

En su interior había subcarpetas con los informes forenses y las fotos de los cadáveres en la escena del asesinato.

Las fotos se desplegaron por la mesa, junto al informe. Lo leyó con voracidad. El estudioso de la Biblia demostraba un entusiasmo frenético sobre la muerte y sus efectos terrenales.

Álex perdió la noción del tiempo. Al rato se cansó de esperar y puso una mano encima del informe que Aaron estaba leyendo.

—¿Puede decirme qué ha descubierto?

Este regresó al presente.

Se apoyó en el respaldo, se quitó las gafas y se frotó los ojos.

—El pelo es clave en estos asesinatos.

—No hacía falta venir hasta aquí para saberlo.

—No como cree…

—¿A qué se refiere?

—Me refiero a que en la Biblia, el pelo tiene múltiples significados. Dependiendo de la etapa de vida, incluso cambia. Por ejemplo, en la juventud, representa la salud y la belleza. En cambio, en la vejez representa la sabiduría y la vitalidad, sobre todo cuando este se vuelve de color gris o blanco.

—Siga.

—También es cierto que «cabello» en la Biblia representa la

expresión más externa de todo lo que representa el cuerpo.

El hombre se quedó pensando. Álex casi podía oír cómo su cabeza elaboraba teorías sobre los asesinatos.

—El cabello representaba el estado espiritual del individuo y los pensamientos. Incluso mostraba los vínculos y la unidad espiritual de su familia y definía la armonía cultural y el alineamiento espiritual de su comunidad.

—Espere, no le sigo. ¿Qué dice de la parte externa?

—Claro. Sabrás mejor que yo que cuando alguien ha consumido drogas, tras un tiempo ya no aparece en la sangre, porque se ha metabolizado, pero sí quedan trazas en el pelo. Eso quiere decir que es la parte más externa de nuestro organismo, y es como un espejo. —Se detuvo un momento—. Ahora, piensa en algo más genérico. En este caso, el pelo representa lo que una persona hace en su intimidad o a escondidas, y el asesino nos lo revela mediante el pelo.

—Entiendo. Les cose la boca con pelo que simboliza los pecados más internos y silenciosos.

—Así es. De ahí la elección de colores: son lo más importante, aunque eso no está en la Biblia.

—El verde por el medio ambiente, el negro por usura y el lila por las mujeres.

—Es decir, el pelo es la parte externa y muestra lo que somos por dentro —dijo con el mismo tono que usaría un profesor hablándole a un alumno. Luego se apoyó en la silla, mordisqueando la varilla de sus gafas—. El pelo es también el alineamiento espiritual con su comunidad. El asesino nos está dando las pistas de los versículos, y creo que la Biblia es la piedra clave de todo esto.

—¿Piedra clave?

—El diccionario y el vocabulario a la vez, el libro para interpretarlo todo… el punto central de lo que hay que entender.

—Entiendo. ¿Y las pelucas que ponía al revés sobre el rostro?

—Sí, lo he leído aquí. Desde el punto de vista religioso es lo que te digo, pero desde un prisma psicológico o criminalístico te puedo dar mi opinión personal, sin ser profesional en la materia. Puede que sea como un telón, para ver su espectáculo. Un elemento para dar más énfasis al pelo de la boca, es decir al cordel.

Álex lo miró, tocándose las comisuras de los labios.

—¿Algo más?

—Sí, se me ocurre algo más sobre el pelo. Cuando el hombre no se corta el cabello muestra que no reconoce a Cristo como su cabeza o autoridad. Luego, en el verso cinco, muestra que la mujer que se corta el cabello y ora a Dios con su cabeza descubierta, afrenta o deshonra a su cabeza, que es el varón.

—Aaron, hablemos de los versículos —contestó el policía—. El pelo es importante, pero me interesa saber más de lo otro.

Aaron miró al agente y contestó.

—Aquí tenemos para un sermón —dijo, y Álex arrugó el ceño—. Podría explicarte muchas cosas.

—No tengo mucho tiempo.

—Entiendo, te lo voy a resumir.

CAPÍTULO 21

La conversación se estaba alargando más de lo que el agente hubiera querido. El tiempo apremiaba; además era tarde y quería ir a descansar para seguir con todo eso el lunes por la mañana.

Pero al mismo tiempo sentía que la investigación, gracias a su abuelo y a la extraña persona que tenía delante, estaba dando un giro importante.

—Los versículos, Aaron.

—Sí. Un versículo grabado en la frente cumple la misma función que los surcos de las espinas de la corona que los romanos le pusieron a Jesucristo cuando iba de camino hacia la crucifixión —dijo y buscó entre los papeles la primera muerte—. AP98, Apocalipsis 9:8. *Tenían cabellos como cabellos de mujer, y sus dientes eran como de leones.* Pelo largo como de mujer, es decir: con mucho que esconder o que ocultaba a la sociedad y mucha experiencia o, mejor dicho, con muchos pecados que lavar. Además, nos dice que tenía unas armas naturales, como los colmillos del león: una parte escondida, seguramente en la personalidad o en la manera de gestionar su vida o sus negocios.

—El hombre se dedicaba a prestar dinero a cambio de comisiones abusivas. Sabemos que sus modales y acciones para recuperarlos no estaban bajo el amparo de la ley —explicó Álex, y el erudito asintió, mirándolo—. ¿El siguiente?

El otro hombre se recolocó las gafas y rebuscó entre los expedientes. Miró la cita y la consultó en la Biblia.

—JU1619, Jueces 16:19. *Y ella lo hizo dormir sobre sus rodillas, y mandó llamar a un hombre que le rasuró las siete trenzas de su cabellera. Luego ella comenzó a afligirlo y su fuerza lo dejó.* Seguimos con el elemento del cabello que te expliqué antes, pero ahora tenemos un elemento importante, que es la mujer. La mujer, que a su parecer cometió un pecado y él tuvo que limpiar su alma cortándole el pelo. Veo el pecado, la mujer y una consecuencia. Puede ser un hombre que pega o que lleva a cabo una penitencia o un castigo.

—Pau Durán, la segunda víctima, era proxeneta y explotaba a las mujeres para que se prostituyeran y vete a saber qué más —dijo Álex,

mirando los papeles al revés—. No sé si está en el informe, pero mis compañeros de científica encontraron en la caja fuerte del despacho un paquete con pasaportes de mujeres.

—Claro, todo cuadra. Y el último…

—Marc Roig.

—Sí. DN433, Daniel 4:33 *En aquel mismo instante se cumplió la palabra acerca de Nabucodonosor: fue echado de entre los hombres, comía hierba como el ganado y su cuerpo se empapó con el rocío del cielo hasta que sus cabellos crecieron como plumas de las águilas y sus uñas como las de las aves.*

—¿Quién era el Nabucov este?

—Nabucodonosor. Era un rey guerrero que vivió 600 años antes de Cristo. La Biblia dice que fue desterrado por Dios de su reino por soberbia y lo condenó a ser mitad hombre y mitad fiera. Aquí dice que comenzó a comer lo que crecía en la naturaleza y en su cuerpo quedó el agua del rocío. Elementos naturales, la soberbia, una persona desterrada a vivir en plena naturaleza…

—Era un contrabandista de residuos tóxicos y controlaba el tráfico de sustancias ilegales que después desechaba en el medio ambiente.

El experto en la Biblia levantó las manos.

—Pues ya lo tienes, policía.

Álex se rascó los ojos; su vista comenzaba a ofuscarse, y el cansancio comenzaba a pasarle factura.

—El pelo, el castigo, la penitencia. ¿Cree que tengo que buscar a un misionero de Dios, a un servidor de Cristo? ¿Alguien que difunda la palabra de Dios, la Biblia?

—No hace falta ser religioso para leer la Biblia. No es necesario que el tío que ha hecho todo esto sea alguien relacionado con la Biblia, de forma directa, me refiero. Yo soy un estudioso de este maravilloso libro, pero nunca haría nada similar.

—¿Hay más gente como usted?

El señor puso cara de no entender.

—Quiero decir, si conoce a más personas como usted, con sus conocimientos. Gente que podría cometer actos como estos de tener una motivación.

El otro hombre bajó la mirada y pensó detenidamente. Luego negó con la cabeza.

—No se me ocurre nadie. Pero de algo estoy muy seguro: este individuo lleva tiempo planificando y ejecutando sus crímenes, a juzgar por su precisión bíblica.

—¿Lo admira? —preguntó sorprendido.

—Bueno… —contestó moviendo la cabeza y rascándosela, sin dar a entender una respuesta clara—. Yo no defiendo la violencia, pero desde luego no ves cosas así a diario.

Álex levantó una ceja.

—Los versículos son del Apocalipsis y de los Jueces. ¿No hay una figura de verdugo, asesino o vengador en la Biblia?

—Como tal no, si no te lo habría dicho. No aparece ningún justiciero como tal, nadie que se dedique a poner orden en la sociedad.

—¿Orden? Querrá decir desorden.

El hombre prefirió no contestar y se limitó a asentir.

—Bueno, muchas gracias, me ha ayudado muchísimo —dijo Álex.

—No sé si te ha servido, pero eso es lo que te puedo ofrecer.

—Será muy útil.

—Lamento no tener un teléfono móvil para darte, solo tengo el fijo.

Álex asintió. Después recogió todos los informes y fotos y se dirigió a la puerta. Cuando se dio la vuelta, el hombre estaba llegando por el pasillo.

—Bueno, muchas gracias, Aaron, sobre todo por recibirme a estas horas intempestivas.

—Ten, esto es para ti.

El erudito le tendió un libro.

—Siento que te ayudará en algún momento de tu vida.

Álex cogió el espeso ejemplar y miró la portada.

—¿La Biblia?

—Sí, siento que la necesitarás. A lo mejor me equivoco, pero dicen que quien escucha a su corazón nunca erra.

El hombre abrió la puerta y Álex salió.

—En la primera página he escrito mi número y mi dirección. Así, cuando llegue el momento en que la necesites, sabrás dónde encontrarme.

Álex no tuvo tiempo ni de despedirse, porque el hombre cerró la puerta y apagó la luz inmediatamente. Se quedó con la palabra en la boca y el libro entre las manos.

—Gracias —musitó.

Luego miró el móvil y envió un mensaje a Karla.

«No sé si estás durmiendo, pero he hecho un descubrimiento importante. Mañana en la comisaría te lo explico. Buenas noches».

Luego llamó un taxi para que pasara a recogerlo. Necesitaba meterse en la cama lo antes posible y coger fuerzas, porque el día después le depararía muchas sorpresas.

CAPÍTULO 22

La mañana siguiente arrancó con una llamada.

Álex llamó a su hermana Ana y le explicó la reunión que había mantenido con el conocido de su abuelo: un hombre enigmático, ermitaño y rodeado de libros.

Le compartió las conjeturas y las conclusiones a las que habían llegado, sin saber bien por qué se lo contaba. A ella le encantó y estuvo agradecida, pero lo más importante de esa llamada fue que marcó un antes y un después en la relación entre ambos hermanos. Habían encontrado un elemento común, el análisis psiquiátrico y criminal de aquel caso, que se convirtió en el pegamento que uniría desde entonces a los dos Cortés.

Llegó pronto a comisaría. Antes pasó por la cafetería y se llevó un café con leche para la oficina.

Karla todavía no había llegado. Vio que había leído su mensaje la noche anterior, pero no contestó.

Mientras tanto, fue a la sala de briefing. Juntó las mesas y fue esparciendo sobre ellas las fotos e informes de todos los casos. Añadió las informaciones que había conseguido en el día anterior en casa del bibliógrafo y el libro que le había regalado con tres marcapáginas, marcando las tres citas encontradas.

No tardó en aparecer su compañera de investigación por la puerta.

—Así que has descubierto qué son los códigos grabados en las frentes.

Karla apareció con un vaso de café y en su rostro la expresión de necesitar toda esa cafeína.

—¿No has dormido bien?

—Digamos que he dormido poco o nada —dijo mirando los documentos. Luego dio un sorbo y siguió—. Venga, ¿qué has descubierto?

Álex se moría de ganas de decírselo.

—Verás, mi abuelo me presentó a…

En ese momento la puerta se abrió de repente y entró el sargento

Luciano Ortega.

—Sigue, sigue, ¿qué decías de tu abuelo? —dijo con tono inquisidor.

Álex se detuvo y se rascó la cabeza.

Se pasó la mano por la boca. Se preguntó cómo desviar el tema con alguna mentira. Se daba cuenta de que no podía decir la verdad al sargento; no podía decirle que iba difundiendo información y enseñando documentos policiales de un caso sonado y mediático fuera de la oficina. Su puesto y carrera estaban en juego.

—Buenos días, sargento, le comentaba a Karla que mi abuelo me ha regalado una Biblia este domingo y, revisándola, he visto una similitud y rascando… ¡Bingo!

—¿Bingo? ¿Está usted seguro, agente? —preguntó el sargento con tono aún más serio

Álex tragó saliva. Estuvo tentado de gritarle a la cara a ese inútil que no había movido un dedo en toda la investigación.

Respiró hondo.

Luego se centró en el bien del cuerpo y del caso: él no era nadie para tratar así a un superior. Al final, no tenían cámaras en la casa de pueblo de su familia en Tarragona y nadie podría saber de dónde había sacado la información.

—¿Su abuelo nunca le regaló una Biblia?

—Nunca. Me parece un poco raro que a su edad le regale esto, ¿no cree? —dijo Ortega, tomando entre sus manos el libro.

—¿Y si en vez de discutir sobre eso analizamos lo que tenemos? —dijo Karla, redirigiendo la conversación—. Si dejáis de hablar, a lo mejor podremos valorar lo que se ha descubierto. —Entre los tres se hizo el silencio—. ¿No le parece, sargento?

Ortega dejó la Biblia sobre la mesa con una expresión asqueada.

—Por favor, Álex, explica lo que has descubierto —dijo el sargento con retintín.

Álex tragó un sorbo de café y explicó todos los detalles de las referencias bíblicas, la relación con el pelo como elemento religioso y sus significados y posibles interpretaciones.

—Está claro que no podemos rastrear todas las Biblias que se han vendido en un período, porque es el libro más vendido de la historia —dijo Karla.

—¿Qué dices? ¿Estás loca o qué? —contestó el sargento jactancioso—. Tenemos que buscar a su peluquero.

—Marc Roig era calvo —dijo Álex arrugando la nariz.

—Da igual, pero tenía barba —confirmó el sargento—. ¿Habéis preguntado a los familiares de las víctimas quién era su peluquero? —preguntó Ortega.

Karla y Álex se miraron.

—Creo que no —contestó él—. No se nos había ocurrido.

En cuanto dijo eso buscó en los documentos de las entrevistas y lo comprobó.

—¡Llamadles! A ver qué os dicen —dijo el sargento, saliendo con parsimonia de la sala del briefing.

—¿Dónde va, jefe? —preguntó Karla.

—A mi despacho, venid cuando tengáis la respuesta.

Los agentes no perdieron un segundo.

—Yo llamo a la viuda Castelló —dijo Álex.

—Y yo a la Roig —contestó ella.

Cogieron sus respectivos móviles. Las conversaciones fueron breves. Mientras hablaba, Álex cogió la foto de Arnau Castelló y la aplicó a la pizarra con una hoja encima. Cuando obtuvo la respuesta escribió el nombre del peluquero: Jordi Méndez.

Luego Álex cogió la foto de la otra víctima, Marc Roig y la aplicó a la pizarra. Pegó una hoja encima y repitió la tarea con la segunda víctima.

Esperó a que la compañera colgase.

—¿Y bien?

Ella se quedó mirando a la pizarra, frunció el ceño y dijo:

—Un tal Roberto Botella.

Apuntó el nombre con desgana.

—¿Y ahora? ¿Se lo vamos a decir al sargento?

—No, espera —dijo Álex y se sentó delante de las tres fotos.

Cogió su café y le hizo un gesto a Karla para que se sentase a su lado.

Las tres fotos estaban enganchadas en la pared, mostrando las imágenes de las tres víctimas sentadas y atadas. Las bocas se veían cosidas y la cabeza colgaba por la fuerza de la gravedad.

Se quedaron en silencio un buen rato.

La Biblia, el pelo, las bocas cosidas… todos esos elementos giraban por las mentes investigativas como boletos de la lotería del Niño en el bombo.

—¿Karla? —dijo Álex—. ¿Qué es lo que se nos escapa? —Ella no contestó—. ¿Qué une a estos tres hombres de negocios?

—¿Querrás decir a estos tres criminales?

—Sí, pero eso lo sabes tú. En apariencia son tres hombres de negocios.

Karla suspiró. Lo acababa de ver.

—¿Cómo no lo hemos visto antes?

—Dilo.

—Los trajes.

—Me temo que sí.

—Los tres aparecieron en americana y corbata.

—Maltrechos y arrugados por los forcejeos, pero creo que sí, son los trajes —dijo.

Luego cogió los apuntes y comprobó si en las investigaciones apuntaron dónde compraban los trajes. No aparecía ninguna referencia.

—Tenemos que volver a llamar a las viudas.

—¿Otra vez?

—Otra vez. A ver dónde los compraban. Vuelve a llamar la viuda Roig, yo a la Castelló.

Cogió el móvil y recompuso el número.

—Disculpe que la vuelva a molestar, soy el agente Álex Cortés.

—¿Qué más quiere, agente? Ya le he dicho todo lo que sabía.

—Solo un detalle más. Quería preguntar, su marido llevaba siempre trajes muy bonitos y caros. ¿Sabe decirme dónde los compraba?

—Mi marido no los compraba en ninguna tienda. ¡Por favor! —espetó la mujer.

Álex se quedó en silencio esperando.

—Ya. ¿Entonces?

—Mi marido tenía un sastre personal que iba a su despacho para confeccionárselos a medida.

Álex sacudió la cabeza.

«¿Qué tiene que ver un sastre a domicilio con la Biblia y sus versículos?», pensó.

—De acuerdo —dijo sin mucho más interés—. En fin, ya que estamos, ¿puede darme el nombre?

—Sí, un momento —dijo la mujer—. Sí, aquí lo tengo: Evaristo Botella. La sastrería se llama Sastrería Botella. Calle Ganduxer, 28.

—¿Cómo se acuerda tan bien de la dirección? ¿Iba usted a buscar los trajes?

—No, el mismo sastre los entregaba personalmente.

—¿Entonces?

—Lo sé porque revisaba las facturas y la dirección de la sastrería aparece en ellas.

—De acuerdo, muchas gracias y espero no molestarle más —concluyó y colgó el teléfono.

Álex apuntó el nombre junto al del peluquero del empresario, sintiendo que daban palos de ciego. Cuando levantó la vista, Karla estaba apuntando un nombre. El rotulador se movía lentamente por la hoja, y la espalda de la compañera tapaba la visión. La conversación seguía y ella se mantenía atenta, como si esperase más información

para apuntar.

Luego colgó y se apartó.

Sobre la foto del empresario aparecían dos nombres escritos en la hoja: el del peluquero y otro más.

Evaristo Botella.

Él la miró sobresaltado.

Karla no lo entendió hasta que leyó lo que él también había escrito.

No tuvieron que decirse nada más. La investigación acababa de dar un giro inesperado.

CAPÍTULO 23

Siete minutos.

Fue el tiempo que las patrullas tardaron en recorrer la distancia entre la comisaría y la sastrería. Las furgonetas de los GEI iban delante y los coches patrulla detrás, según marcaba el protocolo de actuación.

Esperaron más de dos horas la orden judicial para intervenir en aquella calle, aunque estaba justo detrás de la comisaría.

Las sirenas partían la ciudad en dos. Los pasantes se giraban para ver el inusual cortejo y los coches desviaban su recorrido para dejarles pasar.

En el último coche patrulla iba Ortega detrás, con Karla al volante y Álex de copiloto.

—Hay un tema que me preocupa, Sargento.

—¿Qué narices pasa ahora, Cortés? ¿Se puede saber?

—¿Qué puede tener que ver un sastre con unas citas bíblicas?

—No te rayes, le tenemos, hemos hecho un trabajo impoluto. Nos vamos a llevar el gato al agua sin más problemas —dijo mirando por la ventanilla—. Procurad que la prensa de los cojones esté fuera y todo irá bien.

Álex, tras escuchar esa respuesta, cerró la boca y volvió a mirar hacia delante. Optó guardarse para él lo que pensaba.

El cortejo se detuvo delante del local, en la calle Ganduxer, 28. Era uno de los barrios de la Barcelona alta.

Se desplegaron las fuerzas armadas con cascos, trajes de protección y fusiles de asalto. En segundo plano, los dos agentes y el sargento miraban cómo entraban. El chaleco antibalas de Álex le iba estrecho, pero lo soportaba. Ortega ni se dignaba ponérselo.

La sastrería Botella estaba cerrada, con la persiana de malla bajada y las luces apagadas. Se sabía que podía tener una entrada posterior y un piso superior donde vivía el dueño.

Los GEI cortaron con una radial la cerradura de la persiana y reventaron la puerta. En menos de un minuto las luces de los cascos atravesaron el ambiente. Luego hubo silencio.

Esperaron fuera más de lo habitual. Karla y Álex comenzaron a inquietarse. No dejaban de mirarse.

«Puede que algo no vaya bien», pensó Álex.

En cambio, el sargento Ortega llevaba un buen rato sentado en el capó del coche patrulla, dando largas caladas a su caliqueño y jugando con su mechero de oro con el águila franquista.

Entretanto, Karla recibió una llamada. Se apartó y la atendió. Fue breve y enseguida regresó.

Álex se percató de su expresión, que había mutado al colgar: la noticia que traía la llamada no era la esperada.

—¿Estás bien? —preguntó él.

—Yo sí, el sastre menos.

—¿Qué quieres decir?

Ella suspiró mientras guardaba el móvil.

—Que el hombre hace meses que murió de un infarto. Muerte natural. La sastrería lleva meses cerrada.

—No me lo puedo creer —dijo Álex pasándose la mano por sus rizos negros. Estos se movieron como pequeños muelles rebeldes.

—¿Se lo dices tú? —preguntó Karla.

Los dos se acercaron al sargento. Los GEI aún no habían acabado el reconocimiento y mientras tanto se lo explicaron.

La respuesta del superior fue un escupitajo en el suelo. Luego tiró el purito casi acabado y lo aplastó con el pie. Se sacó uno nuevo y lo encendió.

—¿No nos lo podían haber dicho antes en la central? —dijo Ortega, vocalizando mal con el puro entre los labios—. No sé cuántas horas esperando el permiso del juez para entrar… ¿Y nadie se ha dignado a comprobar si estaba vivo el hombre?

Los dos agentes se quedaron callados.

—Menudo desastre de cuerpo, esto está a punto de irse al carajo, pero a mí me pillará jubilado. No quiero ni ver este capítulo de la historia.

En ese momento les llamaron del taller Botella.

—Está todo limpio —dijo el mosso al mando de las fuerzas especiales, aunque luego rectificó—. Bueno, limpio, quiero decir que no hay nadie. Taller y piso de arriba.

Los agentes entraron detrás del sargento.

El tiempo se había detenido en la sastrería, a excepción de la caída del polvo sobre las cosas. En el escaparate seguían los maniquís con los trajes ceñidos y elegantísimos. El ambiente tenía un filtro apocalíptico ante los ojos de los policías.

Las mesas, las bobinas apiladas por colores y grosores, las herramientas divididas meticulosamente y todo lo que abarcaba la vista tenía una gruesa capa de polvo. Todo quieto, sin huellas ni movimiento humano desde hacía tiempo.

Álex se extrañó y regresó a los escaparates. En los cristales, no

había ni un cartel que indicara que el negocio estaba cerrado o en traspaso, ni siquiera en venta.

Siguieron avanzando por el local hasta quedarse delante de las escaleras que llevaban al piso superior.

—Está limpio arriba, poco que ver a priori —dijo el responsable de los GEI.

—¿Y este hombre no tenía esposa? —preguntó Álex.

—Ella llevaba años en una residencia de ancianos —dijo Karla y después añadió ante la vista inquisitoria de su superior—. Me lo acaban de decir.

Siguieron avanzando cuando comenzó a sonar un teléfono. Todos los agentes se quedaron congelados, mirándose.

—Silencio —gritó Álex.

El sonido del teléfono era uno de esos que ya no se escuchaban, obsoletos. A Álex le recordó enseguida al teléfono que su familia tenía en la casa del pueblo.

Todos comenzaron a correr para encontrarlo. El sonido parecía venir de la tienda. Álex corrió hacia la primera estancia. No había ningún aparato.

Entró en el mostrador, y justo debajo de la vieja caja registradora estaba el artilugio sonando. Fue a contestar y se detuvo. Sacó un pañuelo, cogió el teléfono y lo puso en el mostrador.

Era gris, con el auricular apoyado en la base. En el frontal había unos botones negros con números: un viejo aparato analógico.

—¿Diga? —preguntó Álex.

—¿Sargento Ortega?

Álex dudó un momento.

—No, soy el agente Álex Cortés.

Al otro lado se escuchó a alguien exhalar humo.

—Quiero hablar con Ortega. ¿Me lo puede pasar?

Álex, sin creer del todo lo que estaba escuchando, se giró y buscó al superior.

—Es para usted —dijo Álex.

—¿Quién es?

Álex negó con la cabeza y le pasó el auricular con el pañuelo.

—Ortega.

—No sé por qué, pero hacía más inteligente a la policía. A lo mejor es una idea equivocada que nos muestran las películas —dijo el hombre al otro lado del aparato.

CAPÍTULO 24

Ortega ni se inmutó.

—¿Quién narices eres?

—Habéis tardado lo vuestro en llegar, sargento —dijo exhalando más humo.

El hombre misterioso hablaba con parsimonia todo el rato.

—Pero no importa ahora, lo importante es que habéis llegado. Aunque la verdad, querido Ortega, ha sido bastante decepcionante tener que esperar tanto. Por cierto, ¿qué tal está el taller?

—¿Por qué no vienes a verlo tú? ¡Maldito hijo de perra!

—No quedaría muy bien, ni sería práctico. Me queda un último trabajo antes del apocalipsis. ¿Y sabes una cosa, sargento? No me gusta dejar las cosas a medias —dijo y dejó un momento en silencio al policía a la escucha—. Bueno, en fin, que disfrutéis del taller.

—Espera, hijo de perra, ¿para qué has llamado?

—Oh, para nada, solo quería saber si habíais llegado bien. Que tenga un buen día, sargento.

—¡No, espera, malnacido! ¿Por qué no dejamos esto solucionado?

—Adiós —dijo el individuo y colgó.

—Hola. ¿Hola? —dijo el sargento, soltando el auricular—. ¡Maldita sea! ¿Quién narices era ese pirado? ¿Por qué sabe mi nombre?

Al decir eso, todos los agentes lo miraron con más incredulidad.

—¿Dónde está Cortés?

—Aquí, señor. Estoy aquí —dijo al otro lado del taller.

—¿Dónde narices has estado?

—Al otro lado, he buscado otro teléfono y he escuchado la conversación, señor.

El ambiente se había enrarecido.

—¿Quién demonios era ese loco? —gritó hacia el agente como si fuera él el responsable de la llamada—. ¿Me lo puedes decir?

Álex no tuvo el valor de responder de inmediato. Luego tragó saliva.

—Creo que es la persona que buscamos.

—Pues creo que nos ha encontrado antes él a nosotros.

—Espere, creo que esto es muy bueno —dijo Álex.

—¿Bueno? ¿Te has vuelto majara, Cortés? ¿Te has bebido el cerebro? ¿Es que no has oído que me ha nombrado a mí?

—Me refiero, señor, a que sabe que estamos aquí. Lo que yo veo es que, o bien el local tiene cámaras, o nos ha visto llegar físicamente. Es decir: vive cerca —contestó el agente.

Hubo silencio, y mientras toda la policía miró a su alrededor para ver si había cámaras.

—Y como podréis ver, este local no tiene cámaras. Así que ya te puedes imaginar cómo puede haber sabido que estábamos aquí.

La policía salió corriendo con las armas en mano, ante el estupor de los vecinos.

Los GEI apuntaron a las ventanas de los edificios de alrededor, fijándose en quién estaba observando. Los vecinos retrocedían asustados en sus domicilios, como tortugas regresando al caparazón.

—Estamos haciendo el ridículo —susurró Karla a Álex.

—Nos ha visto llegar, pero Ortega se cree que este tío es tan tonto como para ponerse un cartel en la cabeza en el que ponga: *«Os he llamado yo»*.

Pasaron unos minutos fuera. La calle Ganduxer estaba cortada.

—¡Está bien, volvamos a entrar! —gritó Ortega.

Al poner el pie en la sastrería Botella, Ortega volvió a tomar el mando de la situación, que ya se le había ido de las manos sin saberlo.

—Cortés, ¿me puede decir por qué esa persona me ha llamado por mi nombre? —gritó con tono arrogante.

«Otra vez…», pensó Álex.

—No lo sé, jefe —dijo Álex y luego respiró hondo

Dudó intensamente si decir lo que estaba pensando, pero sabía que eso comportaría consecuencias. ¿Cuáles? No lo sabía, pero desde luego lo cambiaría todo.

Entonces contestó.

—Sargento Ortega, esto se lo debería preguntar yo a usted. ¿Por qué el asesino más buscado de Barcelona y que ha matado a tres empresarios sabe su nombre y quería hablar con usted? —dijo sin saber bien de dónde salían esas palabras y ese coraje—. ¿Me lo puede explicar?

Las miradas se desplazaron hacia el superior.

—A mí no me vengas con chiquitas, Cortés —dijo feroz, como un animal herido. Ni siquiera parecía él.

Luego dio un par de pasos y colocó su cara a unos centímetros de la del agente Cortés.

—Aquí quien manda soy yo, Cortés. No me vengas con rebeliones o con indisciplinas porque me limpio el culo con tu insubordinación. Te mando al punto más recóndito del país a controlar el tráfico, para

que te pases el día mirando patos cruzar en un paso de cebra. Y te vas a arrepentir de haber estado bajo mi mando.

Los dos, a pesar de la diferencia de edad, de altura y de manera de ser, no dejaron de mirarse las pupilas.

—No me ha contestado Ortega. ¿Por qué usted? —dijo con la misma insistencia de antes.

Ortega se separó de la cara de su agente.

—Bien, visto tu comportamiento, de ti me ocuparé en otro momento, ahora tenemos que coger a ese hijo de perra. Ya que te has obcecado en esto.

—De todos modos… señor, habrá una próxima víctima, si no nos espabilamos llegaremos tarde por cuarta vez.

—El *nosotros* se ha acabado, Cortés. Tú ya no formas parte de este caso—. Puedes irte a casita a peinar las muñecas —dijo Ortega gritando—. ¿Me has entendido?

Álex, con los ojos como lanzallamas, asintió con la cabeza.

En ese momento entró un agente.

—¿Sargento Ortega? —dijo el joven con un móvil en mano.

—¿Ahora qué narices pasa? —respondió el otro en voz baja—. Sí, soy yo.

—El subinspector Rexach, es para usted —dijo y le pasó el aparato.

—Ortega.

—¿Se puede saber por qué no contesta?

Ortega sacó su móvil y miró la pantalla.

—Disculpe, aquí no hay cobertura.

El jefe suspiró.

—Informe de la sastrería.

El sargento informó de qué habían encontrado sin hacer mención de la llamada.

—Ortega, estoy con unos chicos de científica y estamos revisando informes de la Seguridad Social y de Hacienda. Hemos cruzado información de varias fuentes y acabamos de ver que el hombre tenía dos hijos.

Cuando escuchó aquello, los ojos del sargento chispearon.

—Por favor subinspector, siga.

—Uno se mudó hace años a Australia y desde el Ministerio del Exterior nos indican que volvió para el funeral de su padre, el sastre, y se fue. —Dejó pasar un instante, y en el fondo se escuchó cómo pasaba una página—. Pero lo importante no es eso, le llamo para decirle que el otro hijo tiene una peluquería con barbería de lujo, y además se encuentra en Barcelona.

CAPÍTULO 25

Los ojos de Ortega hicieron chiribitas.

—Le acabamos de enviar los datos a este teléfono.

—Gracias, subinspector. ¿Tenemos autorización para entrar en la peluquería y arrestarle?

Al escuchar la palabra peluquería, Álex y Karla se miraron: su máquina investigativa acababa de ponerse en marcha otra vez.

—No, Ortega, no puede entrar en un local público y llevarse a alguien sin una autorización, esta no es la España de los años setenta, ni un Western —dijo—. Tendrá que averiguar primero si ese es nuestro hombre.

—Entendido, le oigo mal, señor, le vuelvo a llamar más tarde —respondió Ortega y colgó.

Abrió el mensaje en el aparato:

Peluquería – Barbería Botella de Oro.
Calle Pintor Joaquim Pijoan, 57
Barcelona.
Propiedad de Javier Botella.

—Tenemos lo siguiente —dijo el sargento a Karla enseñando el móvil, como si Álex no estuviera presente.

Luego le explicó la conversación con el subinspector.

—No me cuadra, jefe —dijo Karla—. Falta un componente religioso.

—¡Maldita sea, Ramírez! ¿Usted también? —gritó por enésima vez —. Me da igual la Biblia, tenemos que coger a este pirado.

Luego se calmó, mirando a su alrededor. Se había convertido en el espectáculo de la sastrería. Los GEI se retiraron y se fueron del local. Esperaron nuevas órdenes en las furgonetas, bajo el sol. Dejaron paso a los agentes de la científica. Estos los desalojaron para poder comenzar la inspección ocular.

—Agente Ramírez, llame a la viuda de Castelló y a la de Roig,

pregunte quién era el peluquero de sus maridos —dijo, y ella lo miró sin decir nada—. ¡Vamos, es para hoy!

—Ya lo hicimos, llamamos a las dos mujeres. De Duran no pudimos averiguarlo.

—¿Y bien?

—Coincide solo con una víctima. Que sepamos, solo uno de los tres empresarios tenía ese mismo peluquero. Javier Botella.

Ante la noticia, la expresión del sargento cambió de impaciencia a satisfacción.

—Da igual, es suficiente.

Era la primera vez que Karla lo veía hacer la función de sargento de manera proactiva. Se había quitado el disfraz de lentitud y apatía para convertirse en un investigador duro, más propio de la vieja escuela extinguida.

Ortega miró el reloj; la peluquería cerraba en una hora para el descanso del mediodía. Necesitaba un permiso antes de que cerrara o tendría que esperar hasta la tarde.

Llamó al subinspector Rexach y le explicó qué había descubierto. Luego habló con el responsable del GEI y acordaron que se dirigirían todos a la peluquería, para ganar tiempo, y allí esperarían la autorización del juez.

Luego regresó a su vehículo.

—Vamos, Ramírez. Suba al coche, tenemos trabajo.

En otra patrulla los seguía Álex, mirando a su compañera Karla. Sus ojos se volvieron a cruzar.

Él le hizo un lento movimiento con la cabeza, como diciéndole que no lo hiciese.

Karla cerró los ojos y respiró hondo.

—¡Es para hoy, Ramírez!

—Sargento, pido autorización para quedarme en la sastrería, a seguir investigando.

Este, que ya estaba en el coche, salió otra vez con el ceño fruncido.

—Suba inmediatamente —dijo sacando el caliqueño apagado de la boca.

—Preferiría quedarme, señor.

Entonces Ortega se percató de la confabulación entre los dos agentes.

—Suba al coche o la denunciaré al cuerpo por desacato y deserción de sus labores de policía.

Ella volvió a respirar y se mordió los labios, sin moverse.

—Muy bien. Usted misma —dijo con tono suave.

Luego dio dos golpes al techo del coche y el agente al volante lo puso en marcha.

El cortejo, formado por los coches de policía y las furgonetas de los

GEI, se alejó del número 28 y abandonó la calle Ganduxer.

Álex salió del coche y se fue hacia la compañera.

—¡Te odio! —dijo ella sin ni siquiera mirarle—. Ni sé por qué demonios he hecho lo que acabo de hacer.

—Porque sabes que es lo correcto.

—¡Te odio igual! —replicó ella con tono serio, convencida de lo que decía—. ¿Por qué?

—Porque nuestro trabajo en la sastrería no ha acabado —dijo Álex, y comenzó a caminar hacia el local.

CAPÍTULO 26

Álex y Karla entraron de nuevo en la sastrería.

Esa vez fue diferente. Iban vestidos de blanco con los trajes de la científica, y habían conseguido librarse de la presión del sargento.

En el taller las cosas seguían igual que el sastre las había dejado en su último día de trabajo, a excepción de la capa de polvo que lo cubría todo.

Desde la comisaría llegó la noticia de que el maestro de tejidos había sufrido un ataque al corazón fulminante.

Los flashes de las cámaras de los compañeros comenzaron a relampaguear por la sastrería. Otros, con mucho cuidado, comenzaron a buscar huellas con pinceles y reactivo negro.

El segundo ambiente era el obrador. En él podían verse trozos de telas, junto a contundentes tijeras que llevaban mucho tiempo apoyadas en la mesa central de trabajo.

—¿Qué buscamos? —dijo Karla. En su voz aún había un deje de resentimiento por haberse quedado.

—La verdad es que no lo sé. Pero algo me dice que nos hemos dejado llevar por impulsos, no por el análisis de los elementos —dijo Álex, refiriéndose al que acababa de irse.

—Es muy alentadora tu respuesta, ¿sabes?

Él ni la miró.

Se agachó a mirar los estantes del precioso mueble que servía de mesa de trabajo, en medio de la estancia. Revisó cajones y estantes: todo estaba lleno de objetos, algunos olvidados y otros no tanto.

Pasaron casi poco más de una hora en el taller y no encontraron nada. La curiosidad se iba reduciendo en los ánimos de los dos agentes, mientras aumentaban el hambre y la decepción.

—Tengo una propuesta para ti —dijo Karla.

Álex sacó la cabeza de un armario.

—¿Has encontrado algo?

—No es eso. Me voy a desmayar.

Álex arrugó las cejas.

—Aquí delante hacen sándwiches, voy a comer algo y vuelvo. ¿Vienes?

Él emitió un sonido gutural y la siguió.

Entraron en una tienda de delicatessen, la única que había en la zona. Cogieron cuatro sándwiches y un par de bebidas azucaradas.

—Son treinta y ocho euros —dijo la empleada.

—¿Cómo? ¿Perdona? —dijo Karla, pensando que no hablaba con ella.

La mujer repitió el monto del ticket.

—Creo que se equivoca, no hemos comprado caviar.

—Lo sé, cada sándwich de pollo a la plancha con rúcula y mayonesa de wasabi vale ocho euros, y las bebidas tres cada una.

Ella tragó saliva. Sacó la tarjeta y pagó.

—Sujeta bien los sándwiches, son de oro —dijo Karla a Álex pasándole la bolsa.

Los comieron en un banco a la sombra, cerca de la sastrería.

—Me ha llegado un mensaje antes. Mario de la científica dice que se han llevado al tal Javier Botella. Ahora mismo la científica está desmontando la peluquería en busca de pruebas —dijo Álex y dio un mordisco al sándwich—. Pobres ilusos.

—¿Qué te hace estar tan seguro?

—Es demasiado fácil. Un sastre, un hijo peluquero. Esto me suena a investigación incompleta y cerrada apresuradamente —dijo Álex y se quedó mirando el local de la sastrería fijamente como si acabara de entender algo.

Tragó el último mordisco de sándwich y acabó la bebida. Esperó a que Karla terminase también. Luego se levantaron y cruzaron la calle.

Al entrar, Álex volvió a cruzar la tienda y tomó la escalera hacia el apartamento.

El polvo se levantaba con cada pisada en los escalones.

El aroma a tejido polvoriento quedó atrás y el aire se volvió húmedo, con olor a cerrado. Álex no tenía ni idea de lo que podría haber allí. Le pasó por la cabeza que se podía encontrar al asesino de frente, pero después observó que no había marcas de zapatos.

Giró el interruptor del pasillo y este no funcionó. Ante él había un largo pasillo. La primera puerta parecía la más interesante. En ella había una placa en la que ponía «*despacho*». Delante de esta se veía un surco en el parquet, creado al abrir y cerrar la puerta.

Apoyó su mano enguantada en la maneta y la bajó. La puerta no estaba cerrada con llave. Dentro había un despacho oscuro, dominado por el marrón de la madera de ebanistería. Los rayos de sol se peleaban por entrar a través de las rendijas de una persiana cerrada.

El escritorio estaba anormalmente vacío, cubierto por más polvo.

En las paredes, cuadros de premios, títulos y librerías de madera tallada, hechas a medida del mismo estilo de la mesa.

Nada más.

Habían pasado pocos minutos cuando un sonido inesperado invadió el estudio. Primero un crujir de madera, luego un pitido que provenía de la pared contraria.

Los dos agentes se giraron de golpe, hundiendo el cuello. Karla alzó las manos y Álex intentó sacar rápidamente la pistola, aunque la bata blanca se lo impidió.

Las pulsaciones, ya altas, se les dispararon.

El sonido se hizo más fuerte y repetitivo.

Sus miradas coincidieron sobre la pared, vacía a excepción de un solo elemento: un reloj de cucú colgado en el centro. Este estaba emitiendo un sonido infernal y un pájaro de madera entraba y salía con insistencia.

El calor era tremendo en aquel espacio carente de ventilación. Entre las batas blancas de plástico y el susto, el sudor comenzó a bajarles por la espalda.

—¡Maldita sea! —soltó Álex—. Mira que hay momentos y tenía que sonar justamente ahora.

Se miraron y rieron.

Luego siguieron inspeccionando el despacho. Karla se encargó de la librería mientras Álex analizaba el escritorio.

Encontraron libros contables a la antigua usanza, papeles y bolígrafos. Los cajones y compartimentos estaban casi vacíos. Vieron la caja negra de un bolígrafo caro, aunque este ya no estaba en su interior. Aparte de eso, solo había cosas sin valor.

Álex tomó distancia. Sospechaba que el escritorio debía de tener algún espacio que no veía, un cajón secreto.

Luego se agachó: debajo solo quedaba una papelera.

Pasó la mano por la estructura de madera. No sintió ningún elemento que pudiera ser un botón escondido. Pero continuó buscando. Con el nudillo, fue dando golpecitos sobre la estructura por si alguna parte era hueca.

Nada.

Se iba a levantar cuando sus ojos volvieron a caer en la papelera.

Frunció el ceño.

Alargó la mano y la sacó de su interior una hoja arrugada y cortada.

La alisó, tratando de leer el texto.

—Mira esto, Karla.

Estiró el papel hasta casi plancharlo. Era una hoja formato impresora tradicional, rota por la mitad.

En la parte superior aparecía el membrete de un famoso notario de

Barcelona.

El texto comenzaba con:

Testamento de Don Evaristo Botella.

Documento de prueba.

El cuerpo del texto comenzaba con el sastre identificándose ante el notario, para después enumerar a los herederos.

«…dejo mis bienes a mis hijos legítimos, Javier y Pere, y a mi otro…»

CAPÍTULO 27

—No me fastidies —dijo Álex.

El documento no se podía leer porque faltaba un trozo.

—¿Has mirado en la papelera?

—Sí, no hay nada más.

—¿Solo estaba esta mitad?

—Estaba en el fondo de la papelera, alguien la limpió con prisa y olvidó este pedazo.

—Así que hay otro heredero —dijo Karla.

—Otro hijo.

—… O una hija —dijo ella, siempre deseosa de puntualizar esos temas.

—Bueno, alguien no quiere que nos enteremos.

Álex miró el trozo de papel; no había más datos importantes para tirar del hilo.

—Solo nos queda una cosa por hacer—dijo a Karla sacando el móvil.

Miró la hora: eran casi las tres de la tarde.

—Esperemos que esté abierto —dijo Álex mientras marcaba el número del notario.

—Notaría diagonal 351.

—Mire, soy el agente de policía Álex Cortés, número de placa… —dijo Álex por teléfono—. Es una emergencia de vida o muerte, necesito hablar con el notario ahora mismo.

—Imposible, el notario está en una firma importante y no puede ausentarse. Tendrá que esperar a que acabe.

Álex arrugó el ceño.

—Creo que no se lo he explicado con suficiente claridad, es urgente que hable con él. Es una cuestión de orden público y de suma urgencia. ¿Me ha entendido?

Al otro lado se oían varios tecleteos, voces, fotocopiadoras y el alboroto típico de las oficinas.

—Eh, sí, pero verá, no sé quién es usted y no tengo tiempo para bromas telefónicas. Gracias —dijo la mujer colgando el teléfono.

Álex miró desconcertado la pantalla.

—¿Y bien?

Álex levantó la mirada.

—El notario aún no lo sabe… —dijo mirando a Karla— …pero nos está esperando.

CAPÍTULO 28

Álex cruzó el vestíbulo de la notaría y solo vio una puerta cerrada.

No podía equivocarse.

La recepcionista volvió a negarles el acceso al despacho del notario, a pesar de ser policías y a pesar de saber que estaba en juego una vida humana.

Álex fingió resignación. La mujer, la misma que le había contestado al teléfono, les indicó que esperasen en la sala contigua.

«En cuanto acabe el notario, le haré pasar», le dijo.

«Como si yo tuviera todo el día», pensó Álex.

Miró a su alrededor. El despacho, de decoración minimalista y refinada, estaba sumido en el silencio y tenía aroma a jazmín.

Su mente comenzó a analizar el entorno mientras Karla y él entraban.

Las puertas no eran muchas, y solo una estaba cerrada. A lo mejor se equivocaba y acabaría echándose encima a los de seguridad, pero tenía que intentarlo.

Siguió a Karla hasta la mitad del vestíbulo y mientras su compañera entraba en la sala de espera, se catapultó hacia la puerta que había identificado.

Antes de que la secretaria tuviera tiempo de levantar el auricular, el policía ya estaba abriendo la puerta.

Giró la maneta y las voces en su interior se callaron.

La sala de reuniones era tan grande como su apartamento. Los techos eran altos, con frescos, y en el centro había una mesa para veinte personas y una lámpara colgante.

La mesa estaba presidida por un hombre trajeado con papeles en la mano. A su lado había dos hombres, ataviados con estolas blancas y turbantes blancos y negros en la cabeza.

Álex continuó caminando hacia el interior.

—Señor notario, soy de la policía investigativa. Estamos investigando los asesinatos del Sastre del Diablo y necesitamos hablar con usted.

Detrás de él apareció la secretaria, intentando excusarse por la incursión del hombre.

El notario se levantó.

—No se preocupe, Elisabeth, está todo bien.

El policía se detuvo al lado del notario.

La mujer se fue y cuando cerró la puerta Karla se coló también en el despacho.

El notario era un hombre de avanzada edad, perfectamente afeitado, con pelo blanco corto y engominado. Llevaba un traje azul con un pañuelo blanco plegado en el bolsillo.

Miró de reojo la placa de Álex.

—Agente Álex Cortés —dijo levantándola.

—¿A qué debemos esta irrupción tan urgente, interrumpiendo una importante celebración en mi despacho… joven?

Álex se quedó un momento en silencio, aún sin entender muy bien de dónde había sacado el coraje para aquella incursión suicida.

Al fin sacó el trozo de papel con la herencia del sastre.

—Evaristo Botella —dijo enseñándoselo.

Los jeques, entre ellos, murmuraron en su idioma con tono indignado.

—¿Dónde ha encontrado este documento?

—En la papelera de un hombre que estamos investigando, junto a sus hijos, para un caso de asesinatos múltiples.

—¿Y bien?

—En este documento que usted ha redactado, aparecen dos hijos y una tercera persona… ¿Quién es?

El notario dejó de mirar el retazo de papel y se sentó. Luego juntó las manos, apoyándolas con las yemas de los dedos.

—Creo que usted, agente Cortés, se ha saltado notorios derechos constitucionales, el secreto notarial, el allanamiento de morada, el de interrupción de acto privado y podría seguir un rato más —dijo y se interrumpió para arreglarse el nudo de la corbata—. Porque entiendo que no tiene un permiso judicial, ¿verdad? Porque si lo tuviera ya nos lo habría enseñado. Incluso teniéndolo, mi secretaria le habría hecho esperar en nuestra cómoda sala de espera. De esta forma, estos señores no habrían tenido que presenciar este espectáculo bochornoso, típico de gente mediocre de sangre… llámese latina o mediterránea.

Entonces se giró hacia el policía y lo miró fijamente.

—¿Verdad, agente?

Álex sintió como una gota de sudor frío recorría su frente. El hombre tenía razón, pero eso no era la clave de la situación; la clave era que el tiempo apremiaba y las normas, en ciertas ocasiones, son engorrosas y la burocracia lenta.

Se giró hacia la puerta. Junto a ella, Karla tenía pintada en su rostro una expresión circunstancial. Estaba a punto de dar un paso hacia atrás, cuando el notario volvió a hablar.

—Bueno, ¿nos disculparía para que sigamos con nuestros menesteres, caballero?

—No —dijo tajante el policía—. No le permitiré seguir. Si insiste tanto, aquí tiene el permiso judicial —dijo Álex. Luego sacó algo de su chaqueta de cuero y lo colocó encima de las escrituras que estaban leyendo antes de que él entrara—. Este es mi permiso judicial —dijo apartando la mano—. A ver si le sirve.

El notario se dio cuenta que no era un certificado habitual, sino una foto. Aparecía un hombre atado a una silla, con la cabeza agachada y los labios cosidos. La tercera víctima, la que había sufrido mayor encarnizamiento. La más macabra, que había luchado por su vida con uñas y dientes, aferrándose a ella como un gato al tronco de un árbol.

La imagen era dantesca; tremenda. Los dos jeques miraron hacia otra parte, horrorizados.

El notario giró la cara y se tapó los ojos.

—Esto es ilegal. No puede mostrarnos pruebas de…

—Escúcheme bien, señor notario —dijo cogiéndolo de las solapas.

Karla, que había guardado la distancia hasta entonces, se acercó de repente, por miedo a que la situación se les fuera de las manos.

—Creo que alguno de los beneficiarios de ese testamento puede ser el culpable. Esto mismo le podría haber sucedido a usted, o le podría pasar todavía si no cogemos a este loco psicópata y sociópata. ¿Me entiende? Usted podría ser la próxima víctima. Podríamos entrar aquí y encontrarlo muerto porque un asesino en serie le ha cosido la boca por vete a saber qué motivo.

Entretanto, los jeques se habían levantado de la silla.

Álex volvió a coger el fragmento del documento y se lo puso al notario delante de los ojos.

—Un nombre, señor notario, o le denunciaré por obstrucción a la justicia, ocultamiento de pruebas y colaboración con un asesino.

El notario tragó saliva y cerró los ojos.

—Rafael Palacio.

Álex miró a Karla, y luego se giró otra vez hacia el hombre trajeado.

—¿Rafael Palacio, qué?

—Es la tercera persona que falta en ese documento. Eran tres las personas herederas de Don Evaristo Botella. Sus dos hijos naturales y otro.

CAPÍTULO 29

Álex arrugó las cejas y soltó la chaqueta del notario. Este se estiró hacia abajo las solapas, pero las arrugas permanecieron.

—¿Otro?

—Don Evaristo tenía un hijo…. lo que vulgarmente llamamos bastardo, no oficial, fuera del matrimonio, extraconyugal.

—Ya sé qué quiere decir eso, siga…

—Este chico es una persona sencilla, frágil.

—Seguramente no tendré su empatía, pero no definiría a un asesino en potencia como “frágil”.

—Rafael lo es. ¿Cómo sabe que es la persona que está buscando?

—No se lo puedo decir. ¿Y qué es lo que ha heredado?

—Casi todo.

Álex levantó las cejas.

—Comienzo a entender cosas. ¿Dónde podemos encontrar a Rafael?

—Lo siento, pero no puedo decírselo. —Álex lo volvió a coger de las solapas—. No, maldita sea, deje mi traje, está hecho a medida por el difunto Botella y es uno de los mejores que tengo.

—¿Dónde puedo encontrarlo? —repitió Álex sin soltarlo.

—Plaza de Sant Gregori Taumaturg.

—¿Qué número? —dijo Álex.

—Espera, eso está al lado de calle Ganduxer —dijo Karla.

—Es la Iglesia de Sant Gregori Taumaturg.

Álex soltó otra vez al notario y arrugó el ceño.

—¿Qué tiene que ver este hombre con la iglesia de Sant Gregori?

—Es el párroco.

Álex abrió la boca, pero de ella no salió ni una palabra. Se giró a mirar a Karla.

—Ahora sí que cuadra.

—No me lo puedo creer.

—Creo que nos tenemos que marchar —dijo Álex.

El notario suspiró y volvió a estirarse las solapas arrugadas, mirándolas con mal humor.

Los dos agentes se dirigieron a la puerta, pero Álex se detuvo.

—Señor notario, disculpe una vez más pero, ¿qué tipo de relación tenía el señor Botella con su hijo?

—Espero que luego os vayáis. De todos sus hijos, Rafael era el único que lo trató con decencia, y a la vez el único al que no pudo reconocer en público.

—¿Quiere decir que los otros dos no le querían?

—Los otros dos querían su dinero y su fama, no su esencia. Rafael le quería por lo que era, como padre, no como cajero automático.

—Gracias.

—¡Fuera! —gritó el notario con tono intransigente.

Los agentes cerraron la puerta y se marcharon.

—Ya sabes cuál es nuestra próxima parada —dijo Karla.

Entraron en el coche patrulla y Karla colocó la sirena en el salpicadero. La luz azul se activó, junto al sistema sonoro.

El vehículo arrancó a toda velocidad y volvió a la misma calle donde se encontraba la sastrería Botella. Álex dudaba si llegarían a tiempo para la cuarta víctima, pero tenían que intentarlo, jugarse la última esperanza y la última carta como si su propia vida dependiera de ello.

—Tenemos que informar al sargento —dijo Karla mientras zigzagueaba entre los coches de las estrechas calles de Barcelona.

—¿En serio, Karla? ¿A estas alturas?

—Sí, tienes que hacerlo, ya hemos cometido demasiados errores.

—Me va a caer aún más el pelo.

—A estas alturas ya no cuenta. Lo haría yo, pero estoy un poco ocupada, ¿no crees?

—No sueltes ese maldito volante —dijo enganchado a la manilla del techo.

Sacó el teléfono y marcó el número del sargento Ortega.

El teléfono estaba apagado o fuera de cobertura.

—Está apagado.

—Inténtalo otra vez.

Álex resopló. Volvió a marcar el teléfono. Seguía sin línea.

—Nada.

—Estará haciendo el interrogatorio de Javier Botella, el peluquero. Llama al subinspector.

Álex resopló otra vez, pero marcó el número y el subinspector Rexach contestó a la primera.

El agente explicó su hallazgo y le contó que se dirigían hacia allí.

—De acuerdo, no entréis, llamaré al juez y pediré el permiso. Siendo un edificio eclesiástico, creo que nos costará un poco más.

Álex no contestó.

—Cortés. ¡No entren sin mi permiso! ¿Me ha entendido?

—Le he escuchado, señor. Ahora le dejo, que estamos llegando —dijo Álex y colgó.

El coche derrapó delante de la puerta. Los dos agentes se quedaron delante de la iglesia, mirando la estructura.

El edificio era de planta redonda. Se alzaba en el centro de lo que parecía una rotonda. Cinco arterias del barrio de San Gervasi pasaban por esa bifurcación. La fachada se asemejaba a un teatro griego, con un pórtico de cuatro columnas y capiteles jónicos. La estructura religiosa se encontraba en medio de edificios residenciales, y desde ahí observaba la vida de los fieles.

Los agentes se quedaron delante de ella, petrificados por la majestuosidad arquitectónica.

Karla se giró en dirección a la sastrería: tan solo unas pocas decenas de metros separaban los dos emplazamientos.

Álex miró en la misma dirección.

—Puede que nos llamara por teléfono a la sastrería de su padre porque nos vio llegar desde aquí.

—Es lo más probable.

—Un cura, Karla, esto cuadraría con los versículos de la Biblia y todo el resto.

Ella suspiró.

—No vamos a esperar, ¿verdad? —dijo ella, formulando una pregunta retórica.

—¿Tú qué crees? —dijo Álex y comenzó a caminar.

Subió la escalera que llevaba al templo. La puerta estaba abierta. Al entrar se toparon con dos hileras de bancos de madera. La presencia de cemento gris daba una impresión de modernidad, y en su interior se apreciaba un aroma residual de incienso.

El techo, también redondo, acababa con una cúpula y vitrales con rosetones.

—¿Y ahora qué? —dijo Karla.

—No lo sé, nunca voy a misa —respondió él, olvidando dónde estaba.

—Shhh.

En la primera fila, una anciana se giró, reprochando a los visitantes su ruidosa interrupción.

—Ven —susurró ella.

Karla se acercó a la señora, que rezaba con los ojos cerrados y un rosario en la mano.

—¿Dónde podemos encontrar a don Rafael?

La señora dejó de rezar y la miró.

—¿Qué se creen, que soy el portero del cura?

—Somos de la policía, señora. ¿Dónde podemos encontrarlo?

La señora quedó impresionada por la placa reluciente.

—Por fuera, por la puerta de entrada a la Parroquia —dijo la anciana y se quedó boquiabierta.

—Gracias, ya no la molestamos.

Se apresuraron a salir, giraron a la izquierda y recorrieron el perímetro del edificio, hasta encontrar una única puerta, que tenía encima una placa con la palabra “Rectoría”.

Los dos agentes recorrieron los tres escalones que bajaban hasta la puerta.

Llamaron al timbre y desenfundaron las pistolas.

—Policía, abra la puerta —gritó Álex.

Esperaron que al otro lado se escuchara una voz, pero esta nunca llegó.

—Policía. Don Rafael, por favor, abra la puerta. Necesitamos hablar con usted —replicó Álex.

—Parece más la cripta de un vampiro que la rectoría de una parroquia.

Se esbozó una media sonrisa en el rostro de Álex.

—No está —dijo Álex dando unos pasos hacia atrás.

—Álex, piénsatelo bien antes de… —dijo Karla y se calló.

Antes de que pudiera acabar la frase, Álex ya estaba ejecutando su plan: el mismo que el subinspector le había prohibido.

CAPÍTULO 30

El instante antes en que el hombro de Álex tumbara la puerta, un recuerdo reflotó a su mente. Era una conversación con su abuelo. Apareció, sin previo aviso y sin saber bien por qué, justo en ese momento.

Por aquel entonces era pequeño, aunque el tiempo había borrado su capacidad de ubicarlo con exactitud en el pasado. A lo mejor fue durante alguna visita esporádica al cuartel de la Guardia Civil.

Solo recordó sus palabras, su voz cálida y amable, pero al mismo tiempo contundente.

«Hijo, en el mundo solo hay dos tipos de personas: las que esperan que las cosas pasen y las que hacen que pasen. Tú tienes que decidir en qué parte quieres estar».

Justo después, la precaria cerradura reventó, dejando el acceso abierto.

Álex dio dos pasos hacia dentro y luego se quitó el polvo de encima. Se reajustó la espalda, estirándola hacia atrás, e hizo un gesto a la compañera para que entrara.

Karla lo adelantó y encendió la luz de un largo pasillo. Esta solo iluminó una parte. El final quedó a oscuras, impidiéndoles ver cómo era de largo.

Con la mirada se dividieron las puertas, cada uno en un lado.

Karla entró por la primera: un lavabo. Había sanitarios verdes con azulejos color vainilla. Limpio, pero obsoleto.

Álex entró en la cocina, donde tampoco había rastro del cura. En la mesa vio una botella de agua de plástico y un vaso de cristal marrón.

Continuaron por las siguientes: una sala de estar y un dormitorio. Todas las estancias limpias, ordenadas, impolutas y con unas finas ventanas en la parte superior que probablemente daban a la calle. Estaban todas tapadas.

Siguieron, hasta controlar toda la parte iluminada del pasillo.

Apretaban el mango de las pistolas de ordenanza con fuerza, descargando el estrés que sentían por violar la casa de un cura que podía ser el asesino más buscado de Barcelona. Y, para colmo, totalmente solos.

Al principio del pasillo oscuro encontraron dos interruptores. Karla apretó el más lejano y se encendió una luz junto a una puerta, al final del pasillo.

Frente a ellos había diez metros de pasillo vacío y una sola estancia al final de este.

La luz se escapaba por la fisura inferior de la puerta.

Fueron caminando lentamente hacia ella. El calor era insoportable en ese lado de la iglesia. Hacía demasiado calor para una cripta o un sótano.

Las frentes de los policías goteaban de sudor, igual que sus espaldas empapadas. Todo lo que habían aprendido en la academia se lo habían saltado a cambio de una actuación rápida, pero solitaria.

Álex puso la mano sobre el pomo. Sus latidos se habían disparado al entrar a la rectoría y fueron incrementando al acercarse a esa maldita puerta.

Giró el cilindro metálico.

Los dos agentes se miraron y Karla apuntó con la pistola a cualquier cosa que apareciese al abrir la puerta.

Álex tiró de ella y dentro se abrió el mundo del alter ego del cura.

La luz de la estancia deslumbró los ojos de la policía. A los pocos pasos bajó la pistola. No había nadie.

Álex entró y no pudo dar crédito a lo que habían encontrado: aquello era el gabinete de los horrores del párroco.

Vieron un sofá, un laboratorio químico, librerías y un escritorio lleno de ejemplares antiguos. Un enorme crucifijo decoraba la pared frontal y otros más pequeños colgaban sobre las otras paredes. Todo el ambiente se encontraba en orden, pero la austeridad propia del piso del cura se quedaba fuera de la puerta.

—¿Pero qué demonios es todo esto? —dijo Álex mientras se acercaba a la mesa que tenía enfrente.

Encima había un reducido laboratorio químico, incluyendo una máscara antigás y gafas transparentes, pócimas y probetas de cristal para experimentos. Junto a ellos reconoció también un vaso de precipitados, matraces Erlenmeyer, frascos de Florencia, tubos de ensayo, vidrio de reloj, crisoles, embudos y cilindros graduados. A su lado había un invernadero con plantas, y una luz ultravioleta que se proyectaba directamente sobre este.

—¿Qué es esto? —preguntó Karla.

—Apostaría lo que fuera a que son los mismos invernaderos que se usan para cultivar la marihuana, pero Rafael los ha usado para cultivar arbustos de tejo.

En las jaulas de cristal, los arbustos, parecidos al romero, tenían unas hojitas finas, pero más carnosas. De vez en cuando aparecían unas bolitas rojas que podían confundirse con arándanos.

—Los cultivaba para extraer el veneno —dijo ella.

—Exacto, y con esto —dijo señalando la mesa de los instrumentos químicos— sacaba de la planta los aceites esenciales y los transformaba en veneno.

Al otro lado de la mesa había una peluca de pelo humano colocada sobre una cabeza de porexpan. Faltaban mechones de la parte trasera.

—Mira, de aquí cogía el pelo y lo trenzaba para hacer un cordón. Una vez hecho, lo cortaba directamente de la peluca —dijo Karla.

Álex se pasó una mano por la cara. Luego se volvió otra vez hacia la mesa del laboratorio y pasó un dedo por un borde de un contenedor largo y estrecho.

—Está aún fresco.

—La cuarta víctima.

—Me temo que llegamos tarde —dijo Álex y se limpió el dedo en el tejano.

Una vez inspeccionada esa parte caminaron hacia el lado donde estaba el sofá. A su lado vieron una mesita con varios objetos en fila.

—Mira, Karla —indicó Álex con la pistola—. El reloj de oro de Castelló, el bulldog del Barça de Duran y el bolígrafo de Roig. Todos los trofeos de las víctimas.

—¿Y este? —preguntó Karla señalando otro bolígrafo.

Los dos se quedaron en silencio unos minutos.

—Puede que sea el bolígrafo de su padre. ¿Te acuerdas de que encontramos una caja vacía en el escritorio de la sastrería?

Ella asintió y levantó con la pistola una bolsa de la compra de una tienda oriental llena de pelucas rubias.

—No hay duda —concluyó Álex.

Karla se centró en el escritorio, donde había una Biblia abierta. Una frase subrayada y con un marcapáginas al lado le llamó la atención.

—Mira esto, Álex —dijo con un tono entre asustado y sorprendido—. *Apocalipsis 22 14: Bienaventurados los que guardan sus mandamientos, para que tengan derecho al árbol de la vida y para que entren en la ciudad por las puertas.*

Karla levantó la mirada hasta encontrar la de Álex.

—¡Dios santo! —dijo ella tapándose la mano.

Álex asintió.

—Nos estaba esperando.

Hubo un silencio entre los dos, mezcla de miedo y de concentración. Se percataron por un momento de que estaban en la misma boca del lobo: el lugar donde se habían preparado los asesinatos del criminal conocido como *El Sastre del Diablo*.

Se miraron.

Trabajar codo con codo los había enseñado a comunicarse sin palabras.

—Efectivamente —dijo una voz en la penumbra. La oscuridad del pasillo no les permitió verlo—. Por fin habéis llegado.

Los dos agentes se giraron sobresaltados. A Karla le temblaba la pistola y Álex se escondió detrás de su arma, apuntando en posición de seguridad.

La voz en el pasillo tomó forma cuando el extraño dio un paso al frente.

—Bienvenidos a la morada de Nuestro Señor —dijo el hombre, entrando en la estancia con los brazos alzados, como si estuviera dando un sermón desde el púlpito.

CAPÍTULO 31

La imagen aterró a Karla.

Saber que un asesino en serie andaba suelto por Barcelona era muy distinto de encontrárselo en su propia guarida.

Muy distinto.

Álex la miró de reojo. No estaba acostumbrado a ver su parte más vulnerable: la mujer fuerte y descarada que él conocía había desaparecido al aparecer aquel extraño.

El cura.

Vestido con una sotana negra, resultaba aún más imponente. Llevaba puesta la capucha, vestiduras largas y un rosario colgado de la cintura.

Entró con los brazos abiertos y erguidos. Una vez en la estancia los bajó y se quitó la capucha.

El hombre era calvo, con algo de pelo en los laterales. Tenía la barba desaliñada, y sobre esta unos ojos inexpresivos. Una persona normal, si no hubieran sabido todo lo que había llevado a cabo.

El cura de Sant Gregori Taumaturg, que de domingo daba la misa y por las noches mataba criminales. La locura es a veces una línea fina entre lo correcto y lo que creemos que debemos hacer.

Se quedó mirando a Álex, quien se refugiaba detrás de la pistola y observaba cada uno de sus movimientos.

—Bienvenidos a la casa del Señor —repitió el cura.

—Rafael Palacios, está usted arrestado por el presunto delito de tres personas… —dijo Álex y fue interrumpido.

—Agente Álex Cortés, un honor tenerle en casa. Esta no es una buena forma de empezar. Tranquilo, que ya sé todos mis derechos y no les voy a hacer nada —dijo mientras se acercaba al invernadero—. De todas formas son cuatro, agente.

—¿Cuatro? —preguntó Álex.

—Sí. Se ha equivocado. Son cuatro asesinatos, no tres —contestó con un tono tranquilo y afable, como si hablara a sus feligreses.

Luego levantó la tapa del invernadero y tocó las hojas de una planta.

—¿Saben qué es? —preguntó el cura.

Ellos se quedaron en silencio, apuntándole a distancia.

—Son plantas de tejo, pero supongo que ya lo sabían. El médico forense os debió de informar.

—¿Por qué tejo?

El cura cambió de expresión y comenzó a reír.

—Mis pequeñas ovejas, no os preocupéis, yo os indicaré el camino hacia la sabiduría. El tejo es la planta con la que en la época de Jesús se empapaban las flechas. Los romanos lo usaban para envenenar y hacer más dolorosa la muerte de sus adversarios. —Después se calló unos instantes—. El concentrado de esta pequeña planta hizo muchos estragos en el pasado. Ahora la hemos vuelto a poner de moda, ¿verdad, preciosa? —concluyó mirando directamente a la planta como si le hablara.

—Tendrá que venir con nosotros —dijo Karla.

—Claro, por supuesto. Pero todo a su debido tiempo, agente Ramírez. ¿No querrá impedirme nuestra grata visita a los infiernos?

El cura apretó un botón situado encima de los invernaderos, y una frase escrita se iluminó. La luz verde que desprendía era de color vivaz, casi fluorescente. El texto decía:

«Porque las flechas del Todopoderoso están clavadas en mí, cuyo veneno bebe mi espíritu, y contra mí se juntan los terrores de Dios. Jacob 6:4.»

—¿No es preciosa? La respuesta es la Biblia, señores.

—¿La respuesta a qué? —preguntó Álex.

—A todo. En la Biblia están todas las respuestas que un hombre necesita —dijo y se quedó un momento mirando el escrito, como si fuera su propósito en la vida.

—¿Por qué el pelo? —preguntó Karla con miedo en la voz.

El cura se giró y la miró; para entonces su mirada había cambiado.

—El pelo es la extensión de nuestro cuerpo, todo lo que tenemos dentro sale por este. La Biblia está llena de menciones a ello. Es sabiduría, es belleza y salud. Pero también es la representación de los pensamientos y el estado espiritual del individuo; muestra los vínculos y la unidad espiritual de su familia y, sobre todo, el alineamiento espiritual con la comunidad. El pelo lo es todo.

—Es curioso cómo habla del pelo, siendo un párroco sin pelo —apuntó Álex.

El cura se giró a mirarlo.

—Padre, perdónalos porque no saben lo que dicen —dijo con una sonrisa cínica.

—¿A quién has matado esta tarde?

—Ya lo veréis.

—No, tú nos lo dirás —dijo Álex apretando los dientes y apoyando la pistola en su frente.

—Tranquilidad, agente, todo a su debido tiempo. No querrá estropear este bonito momento, ¿verdad?

En cuanto pronunció estas palabras cruzó la estancia, pasando al lado de Karla y se sentó en el sofá. Cruzó las piernas y dejó caer la vista sobre la mesilla que estaba justo al lado.

—¿Han visto mi colección de tesoros? —dijo jactándose—. Es lo único que tengo de valor, Jesús defiende la austeridad.

—Karla, llama a central, por hoy ya he escuchado demasiado a este cura —dijo Álex.

—Claro, llame a central. Bueno, mejor si llama al subinspector Rexach, y mientras salúdemelo y dígale que tengo ganas de conocerle —dijo haciendo balancear una pierna sobre la otra—. Me imagino que él también tendrá ganas de conocerme.

Entonces se sacó una cajetilla de cigarrillos y se acercó un cenicero.

—O incluso mejor, llame al sargento Ortega, Luciano Ortega, seguro que tiene muchas cosas que contaros.

Karla, sin dejar de apuntarle, sacó el móvil con su mano izquierda y se dio cuenta que no tenía cobertura.

—Negativo. No hay red.

—Perdón, me olvidé de decirles que no hay mucha cobertura en la casa de Dios. ¿Les importa que fume?

Ellos no dijeron nada.

—Busca un fijo, Karla, yo te cubro.

—Claro, búscalo, pero no hay teléfonos en esta casa. No es mi decisión, pero no pude decidir mucho al respecto, es lo que me encontré al llegar.

Entonces, dicho esto, sacó un cigarrillo, guardó la cajetilla y extrajo un mechero del bolsillo.

El mechero llamó la atención de los agentes; les sonaba de algo. Primero lo miraron con duda. Se parecía a alguno que habían visto antes, ¿pero dónde? ¿Dónde lo habían visto?

El cura subió la tapa, accionó la rueda y la chispa encendió la llama. Dio unas caladas y lo cerró ruidosamente. Aquel sonido recordaba a una persona igual que lo habría hecho un perfume; iba asociado a un sujeto, igual que la melodía característica de una campaña de publicidad recuerda a una marca en concreto.

Era un sonido que odiaban, por repetición, por hastío y, sobre todo, por la persona que lo hacía.

Una vez que el cigarrillo estaba encendido, el párroco apoyó el mechero en la mesilla de al lado. Era un Zippo dorado con un águila.

No había lugar a confusión: era el de él.

—Bueno, mejor dejarlo aquí entre los otros. ¿Verdad? —dijo repasando los objetos—. Total, el dueño ya no lo necesita.

Los agentes lo miraron, y en ese momento entendieron quién era la cuarta víctima.

CAPÍTULO 32

El olor a tabaco llenó aquel lugar apagado y oscuro, y el humo subió hasta el techo, como buscando una salida de la cueva de los horrores.

El cura seguía balanceando su pierna en el sofá. Tenía un brazo apoyado por encima del respaldo, mientras con el otro sujetaba el cigarrillo.

La noticia de la cuarta víctima había cambiado el ambiente por completo.

—Segundo cajón a la derecha —dijo el cura, señalando la mesa con el cigarrillo.

—¿Qué quieres? —le espetó Álex, desconfiado.

—Yo no quiero nada, es para ti.

Álex se giró con cautela y miró el mueble donde seguía apoyada la enorme Biblia.

—¿Lo tienes? —le preguntó a Karla.

—Lo tengo.

El agente dejó de apuntar al cura y se fue a buscar el lugar indicado. Tiró con fuerza y del cajón salió un solo objeto, una especie de libreta. Estaba forrada con un tejido de estilo *Príncipe de Gales*, con cuadros rojos y negros y de tacto parecido a la lana.

La sacó y la miró en el aire.

—¿Qué es? —le preguntó a Rafael.

Este sacó una bocanada de humo.

—Ábrela en el punto que te he dejado marcado.

Álex obedeció y vio que era un diario con las memorias del sastre Botella. Las páginas eran pesadas, como de papiro. Crepitaban al pasarlas.

Llegó al punto marcado por un trozo de tejido. Estuvo leyendo en diagonal, advirtiendo nombres, ideas, y más reflexiones.

—¿Esto lo escribió tu padre?

Él asintió con la cabeza.

—¿Por qué todo esto?

—Alguien tenía que poner orden aquí. ¿No crees?

—No, la ley se encarga de eso. Si todos nos la tomásemos por nuestra cuenta, viviríamos en una anarquía.

—En una perfecta anarquía gestionada por Dios.

—La ley está para cumplirla.

—¿A qué te refieres cuando hablas de la ley? ¿A ti, que has entrado aquí con un golpe de hombro? —dijo el cura y dio una calada —. Tú eres como yo, con la única diferencia de que yo he escuchado la voz divina.

—¿Qué voz?

—La voz que me ordenó poner fin a los pecados de ciertas personas.

Álex se sentó en la silla y levantó el diario.

—¿Por qué?

El cura apagó el cigarrillo y se encendió otro.

—Verás, en los últimos años, tuve una gran conexión con mi padre. Pedí el traslado aquí para estar cerca de él. Cuando tuvo el primer infarto, vino a confesarse. Luego enfermó; llevaba demasiado tiempo guardando dentro esa información. Cuando iba a casa de cierta gente a tomar medidas para sus trajes, se enteraba de cosas abominables. No las podía soportar. Hasta que vino a mí a descargar su conciencia y obtener el perdón de nuestro Señor.

—Dios perdona, no tú.

Él le dedicó una sonrisa forzada.

—No te creas, Nuestro Señor también hace limpieza, acuérdate de Lot, sobrino de Abraham, Libro del Génesis. Cuando abandonó la ciudad de Sodoma, Nuestro Señor le ordenó que no mirase atrás, y mientras tanto limpió la ciudad de maldad y corrupción.

—¿Te sientes igual que él?

—Me siento justificado.

—Es decir, tu padre escuchaba los crímenes y tú decidiste pasar a la acción y encargarte de la venganza haciendo limpieza de esta gente.

—Criminales. Eran criminales. La enfermedad de mi padre la provocaron esos enemigos públicos. Simplemente, hoy la sociedad está más limpia y depurada.

—Háblame de ese mechero.

El párroco se giró hacia la mesa de los trofeos.

—¿Esto? —dijo levantando el Zippo—. Verá, cuando mi padre presenciaba a esas bestias hablar de sus negocios ilícitos, que obviamente ya sabes cuáles son, había siempre alguien escuchando; alguien que se colaba en la fiesta, lo permitía y allanaba el terreno.

Rafael miró a Karla y arrugó el ceño.

—No me mire así, agente, lo he hecho por vuestro bien. Tenía que pagar él también. Sí, el sargento Ortega era un corrupto, pero tenía la protección de alguien de arriba, un político.

—¿Quién?

—No lo sé, nunca lo supimos. Pero era un putero y cocainómano

que ha recibido su merecido.

—Estaba a punto de jubilarse.

—Sí, con el dinero de los contribuyentes —dijo y se detuvo un momento con la mirada perdida, recordando algún detalle—. Sabéis, el sargento Ortega fue el que más gritó de todos, parecía un cerdo en la matanza. Chillaba tan agudo como los gorrinos. Deberíais haberlo visto.

—Pero el sargento Ortega estuvo interrogando a tu hermano hace poco.

—Digamos que tenía otra tarea para resolver y nunca llegó a concluirla.

—¿Por qué les cosías la boca?

—Porque mi padre me decía que se jactaban de sus sucios negocios en perjuicio de la sociedad, del planeta y de los jóvenes. Alguien les tenía que cerrar esa boca —dijo con rabia.

Fue el primer momento en que salió el lado más oscuro de aquel hombre; su verdadera naturaleza escondida debajo de una sotana de cura. Un pastor que fue a buscar a los lobos y los hizo callar para que no pudieran comerse a más miembros del rebaño.

Álex era policía, un trabajo que derivaba de su profunda fe en la ley, pero visto desde un prisma diferente, el párroco podía tener razón. Le era posible entender la lógica detrás de lo que decía. El cura, con sus estudios de teología, podía convencer fácilmente al rebaño de que hiciera lo que a él le parecía justo.

Al otro lado del apartamento se escuchó un ruido. Luego unos gritos y unos pasos pesados. Un enjambre de puntos láser rojos y verdes inundó la estancia desde el pasillo, y al momento aparecieron los hombres de los GEI.

—¡Policía! ¡Al suelo!

Los dos agentes bajaron el arma y enseñaron sus placas.

El cura ni se inmutó.

Una vez entraron las fuerzas especiales, apareció por detrás el subinspector Rexach. Por su expresión, había tenido días mejores.

—¡Maldita sea, agentes! ¿Qué narices hacéis aquí? Las órdenes os la pasáis por el culo, ¿o qué?

Álex miró al suelo.

—Ramírez, pensaba que usted era una agente concienciada y diligente, por eso la puse al lado de Cortés, para darle el raciocinio que no tiene.

Karla lo miró y le señaló al hombre que estaba en el asiento. El jefe se dio la vuelta para mirarlo.

—Por fin te tenemos, cabronazo —dijo el subinspector—. Lleváoslo.

Los GEI intentaron levantarlo, pero se resistió, hasta que uno de ellos le apuntó el rifle a la cara y dijo:

—Levántate, saco de mierda.

Rafael, con la misma tranquilidad que tuvo al entrar, dio una calada y se quedó quieto.

—¡Maldita sea! —gritó el GEI.

—Espera —lo detuvo Álex—. Dejádmelo a mí.

Acto seguido, Álex se acercó al cura.

—Tu misión se ha acabado aquí —le dijo—, ahora comienza en otro lugar. Hay más personas que necesitan ser salvados con la palabra de Dios y la Biblia. En la cárcel tendrás mucho más trabajo que aquí fuera.

Este lo miró, apagó el cigarro y se levantó.

—Tiene razón, agente Cortés, tiene usted razón —dijo alargando los brazos con sumisión.

Un hombre de los GEI le puso las esposas.

—Nos vemos en la comisaría, agentes —dijo el párroco mirando a Karla y a Álex—. Tengo muchos más detalles que contaros.

Después las fuerzas armadas se lo llevaron. Al verlo desaparecer por la misma oscuridad del pasillo por el que había entrado, Álex sintió alivio; pero le duró muy poco, hasta que Rexach volvió a hablar.

—Agente Ramírez, agente Cortés…. —dijo, furioso, e hizo una pausa.

Los dos agentes cerraron los ojos y esperaron a recibir su merecido. Sin embargo, el tono del subinspector cambió cuando volvió a hablar.

—Enhorabuena, habéis hecho un buen trabajo —continuó—. Pero no pienso volver a cubrir jamás vuestra imprudencia si volvéis a entrar sin una orden de registro o sin chaleco antibalas. —Se detuvo a mirarlos, primero a uno, luego al otro. Después siguió—. Vamos, tenemos que buscar a Ortega.

Karla y Álex asintieron y fueron tras él. Una vez llegaron a la puerta de entrada, Álex se detuvo en el umbral y dio un último vistazo al lugar donde se habían concebido los asesinatos del que la prensa había bautizado como *El Sastre del Diablo*. Un cura extremista, decidido a tomarse la ley por su cuenta y hacer limpieza de los lobos que acechaban a su rebaño.

Salió de la estancia con un sabor agridulce, por haberlo encontrado pero no haber podido salvar a la última víctima, a pesar de que fuera el malnacido de Ortega.

CAPÍTULO 33

Unos días más tarde

Todo había terminado.

Esa fue la sensación inicial de Álex Cortés al salir de la casa del cura, la cripta de la iglesia redonda. Pero con el paso de las horas, esa sensación fue desapareciendo. Se transmutó en duda y en inseguridad, debido a todo lo que había sucedido.

Entonces la afirmación evolucionó en una pregunta insistente.

¿Todo había terminado?

¿Realmente había terminado todo?

¿Todo… qué?

Lo que acababa de terminar era una derrota de la sociedad, y no una victoria como los periódicos y la policía querían vender al público.

En parte era verdad. Sí, se había vuelto a poner orden en la comunidad. Barcelona dormía mejor ahora que el asesino de las bocas cosidas estaba bajo custodia policial y a punto de pasar por un tribunal.

Álex caminó en dirección contraria a la comisaría. Se aflojó el nudo de la corbata que lo ahogaba, como la falsedad. Sintió que era su primer caso importante y que lo había obligado a madurar rápidamente. La corbata le recordaba a la presión de la autoridad; a aquel manual de conducta que lo asfixiaba y un subdirector que era una piedra en el zapato.

Asistió a la rueda de prensa y en cuanto esta acabó salió corriendo. Bajó por las escaleras y se fue, sin decir nada a nadie. Barcelona no era lo que se esperaba. Vista desde su Tarragona y desde la academia, era la gran ciudad que te abría los brazos. Pero la verdad suele ser diferente. Era la ciudad de las oportunidades y de la ley.

¿Pero qué ley?

¿La de Ortega?

¿La de un sargento corrupto que no había sido expulsado gracias a sus contactos políticos?

O quizás, ¿la de un sacerdote que en las horas nocturnas se tomaba la venganza de su puño, creyendo ser la personificación de un verdugo bíblico?

¿Qué leyes imperaban en esa ciudad?

Muchas y paralelas. Álex había creído que era solo una, pero desgraciadamente acababa de comprender que existían muchas más. Se estremecía al pensar en la que aún le quedaban por conocer.

Cruzó el paso de cebra de la avenida Travessera de les Corts y bajó por calle Ecuador. Enrolló la corbata y se la metió en un bolsillo.

Necesitaba caminar, airearse, tomarse un día. El asesino en serie lo había marcado, y no podía olvidar la imagen de un hombre con los labios cosidos y chorreando sangre.

Pero lo más duro no fue ver a Durán, o a Roig. No; lo peor fue ver a Luciano Ortega atado en el asiento de su coche, cerca del puerto, bajo un puente de la Ronda Litoral. Ver a un hombre que hacía unas horas estaba vivo y había hablado con él. Y a las pocas horas encontrarlo con sangre goteando de la boca, cosida por un desequilibrado con sotana.

Siguió bajando por la calle, cruzándose con personas normales, que gracias a su trabajo protegía y dormían tranquilas. Personas que no lo conocían y era mejor así.

Ortega podía ser lo que fuera, pero no se merecía morir así. Nadie se lo habría merecido.

Cuando reconstruyeron los hechos de la muerte de Ortega creyeron que Luciano debió de haber recibido un mensaje de Rafael. Debieron de verse en algún lugar, probablemente con la excusa de algún material que lo comprometía y la amenaza de chantajearlo. Quedaron y el modus operandi fue el mismo: electrocutado, cosido y muerto por envenenamiento. Luego, una vez lo vio morir, Rafael volvió a la iglesia redonda.

Todo cuadraba, menos una cosa. Ortega podría haber entendido quién era el Sastre del Diablo, pero lo desestimó. O a lo mejor pensaba que era Javier Botella, el peluquero, y que una vez en la cárcel, ya podía dormir tranquilo.

Álex siempre se quedaría con la duda.

El cielo estaba cubierto por nubarrones y el frío ya no era tan intenso. Había afrontado el espectáculo de la sala de prensa junto al subinspector, con su mejor cara de circunstancias. Todo lo que salió de allí fue una farsa que no compartía. El mérito lo dieron en parte a

un hombre que solo deseaba jubilarse y que murió en acto de servicio. Y la otra parte a un joven agente de la policía investigativa que acaba de aterrizar desde Tarragona. Este fue ascendido a cabo.

Álex Cortés ya era cabo, un peldaño por encima de los agentes. Pero él no lo aceptaba. No, porque si lo ascendían a él, también deberían haber hecho lo mismo con Karla, por justicia, porque sin ella no habría llegado hasta allí.

Pero él no mandaba, solo obedecía. A Álex le costó aceptarlo, pero a Karla aún más, viendo cómo se quedaba atrás, sin motivo, por motivos sexistas o alguna otra razón que no comprendían o no podían saber.

Karla no asistió a la rueda de prensa ni a la promoción del excompañero, transformado ahora en su jefe.

La vida cambiaba y la historia se escribía cada día.

Álex bajó hasta la primera marquesina de los buses y esperó entre las otras personas, como uno más. Subió y recorrió la ciudad hasta el mar. Bajó al Maremagnum, en medio de turistas y deportistas que serpenteaban por el paseo marítimo.

Miró el móvil y en la pantalla apareció un mensaje:

«Estoy llegando».

Se esbozó una sonrisa tonta en su cara, era justo lo que necesitaba: un día de sol, mar y de caminar sin rumbo.

Anduvo hacia el restaurante *Las Siete Puertas*, recordando el briefing con el subinspector Rexach. La bronca sobre la incursión al notario había sido monumental; jamás lo había visto tan enfadado. Pensaba que se había equivocado, pero a fin de cuentas había conseguido la información que necesitaba. El subinspector cogió la denuncia que tenía encima de sus carpetas y la rompió. Dijo que él se encargaría, al final era un esnob. Pero a cambio tuvo que prometer no repetirlo.

Álex llegó a los pórticos delante del puerto; el famoso restaurante estaba a pocos pasos. Allí estaba la persona que esperaba ver, nadie más que ella en toda la ciudad.

Se vieron y rieron al cruzarse sus miradas.

Mary se quitó los auriculares y fue hacia él.

—Tenía ganas de verle, agente —dijo con acento norteamericano y se colgó de su cuello.

Después sus labios se tocaron con repetidos besos, cada uno más

apasionado que el anterior.

—Cabo, señorita, me han ascendido a cabo —dijo él con tono de autoridad.

Ella enarcó una ceja.

—Entonces habrá que celebrarlo —replicó coqueta.

Volvieron a darse un beso largo e intenso.

Luego se cogieron de la mano y empezaron a caminar en dirección al futuro que les esperaba juntos. En una Barcelona que, desde la aparición de la americana, se había vuelto menos inhóspita de lo que había pensado.

EPÍLOGO

Barcelona.

Varios años después.

El bar de copas estaba lleno. Las paredes vibraban por la fuerte música. Los turistas acudían a ese local por el alcohol barato y las atractivas camareras.

Un par de extranjeros se tiraron una botella de cerveza a la cabeza y la brecha en la frente salpicó sangre por el local. Luego, las dos bandas comenzaron a pegarse.

Volaron puñetazos y patadas. El resto de turistas se apartaron, protegiéndose de la pelea que prendió como la pólvora, efecto de la noche, del alcohol y de las drogas.

Cuatro gorilas entraron en juego y tiraron a los rebeldes fuera del bar, con la premisa de que jamás volverían a pisar ese local.

Luego limpiaron las gotas de sangre y los cristales. La música subió de nuevo y se preocuparon de volver a la normalidad nocturna.

Patricia tenía preciosos rizos rebeldes, *de ángel*, decía su madre. Venía de la España profunda. En Barcelona encontró trabajos esporádicos, novios que le duraban aún menos y demasiadas drogas.

Esa noche llevaba dos horas sirviendo en la barra. No dejaba de mirar el reloj para salir a fumar un cigarrillo y ver si su exnovio, que la había dejado el día anterior, le había enviado un mensaje para hacer las paces.

Acabó de servir a un cliente irlandés y cuando estaba a punto de marcharse al descanso, se le acercó un hombre de media edad.

—Perdona, ¿podrías ponerme una cerveza? —dijo el hombre.

Ella se lo pensó; se quedó unos segundos en silencio, mirándolo. En equilibro sobre su vida, como un funambulista. De la misma manera que hace una pelota de tenis en una red, a punto de marcar un punto de un lado o del otro.

Un match point.

—¿Qué te pongo? —dijo ella, pensando que el hombre era el primero

de la noche que le pedía algo con educación.

—Una cerveza de importación, fuerte, gracias.

—Ok —dijo y fue hacia las neveras.

Se estiró hasta el fondo para coger una de las últimas y quedó a la vista el tanga negro que escondía el pantalón, a la vista del cliente.

—Aquí la tienes —dijo mientras la abría.

—¿Qué te debo?

—Son doce euros.

El hombre buscó en la cartera y le dio un billete de veinte. Cuando ella fue a cogerlo sintió que lo estaba sujetando con fuerza.

La mirada de la joven camarera se desplazó del billete al rostro del hombre. Sus ojos eran negros y profundos, sin expresión, inanimados.

—Eres muy guapa, ¿sabes? —dijo él mirándola—. Creo que te merecerías algo mejor que esto.

Su expresión cambió por completo. Arrancó el billete y se alejó unos pasos.

—Oye, Pepe, cóbrale tú una de importación a ese tío —dijo la chica a otro camarero—. Vigila mi zona que hago una pausa.

La chica salió al callejón detrás del local. Se sentó, se enrolló un cigarrillo y comprobó los mensajes de whatsapp. A la primera calada algo le llamó la atención.

—Lo decía en serio.

La joven alzó la vista y se encontró a un metro del hombre con la cerveza de importación en mano.

—¡Joder tío, qué susto! —dijo ella cayéndole el cigarrillo—. ¿Estás loco o qué?

Acto seguido se levantó y fue hacia la puerta.

—Espera, Patricia.

La mujer se detuvo.

—¿Cómo sabes mi nombre? —dijo girándose.

—No te asustes, por favor. Sé que buscas algo mejor que esa mierda de ahí dentro. Lo sé y sé también que te lo mereces. Seguro que vienes de lejos y que vales más que ese antro de borrachos, de verdad —dijo el tío con una voz completamente diferente de la que había usado en el bar.

Ella se detuvo y retrocedió un paso.

—¿Pero cómo sabes mi nombre? —repitió con un tono más calmado.

—Por el amor de dios, no te quiero hacer nada —dijo sentándose en la escalera, en el mismo escalón donde estaba antes la chica.

—Mira, yo me siento aquí y me voy a hacer un canuto —dijo el hombre—. Tú haz lo que quieras, pero te aseguro que te perderás una gran oportunidad.

Patricia dudó.

Torció la boca, dudaba si tenía que hacerlo. Se giró y vio que la cámara de grabación tenía la lucecita roja. Se sintió protegida y decidió sentarse al lado.

El hombre se había liado un porro de marihuana y lo encendió. A la segunda calada, se lo pasó.

Ella inspiró con avidez. Al segundo tosió un par de veces y se lo devolvió.

—Joder tío, ¿qué lleva esto?

—Es buena, ¿verdad? La cultivo yo.

—Ya te digo, esta sí que es buena.

—En fin, te decía que te puedo conseguir un trabajo mejor, Patricia. ¿No te gustaría dejar de soportar a esos borrachos?

—Es lo que hay, esta ciudad te da pocas oportunidades —dijo y cogió otra vez el porro dándole otra calada—. ¿De qué se trata tu trabajo, de sexo, acompañar a alguien, fotos?

—No, nada que ver. Es un trabajo que yo creo que te va a la perfección. Veo gente cada día y en ti he visto algo especial. Tú tienes talento, ¿sabes?

Detrás de ellos, la puerta se abrió y un chorro de música invadió el callejón.

—Patricia, venga, levanta el culo, que estamos a tope dentro —dijo un hombre de negro.

—Voy, voy, ni un minuto me dejáis.

El hombre cerró la puerta.

—¿Lo estás viendo?

Ella le devolvió el porro y él le sacó una bolsita llena de marihuana.

—Toma, esta es para ti, por lo menos te vas a relajar esta noche cuando llegues a casa.

Ella no dudó en cogerla. Luego se giró.

—¿Y el curro ese? ¿Cuándo hablamos? —dijo ella con la bolsita de maría ya en el bolsillo del ceñido tejano.

—Tengo una casa en el Pirineo, donde hago eso que te digo. Si te parece, un día de estos te la enseño. Ya verás, se está muy fresquito allá arriba.

Ella esbozó una sonrisa que no consiguió contener.

Apretó la maneta para entrar en el bar cuando se percató de que se había dejado un tema importante.

—Bueno, pero ¿cómo te llamas y cómo puedo contactar contigo?

—Mi nombre y mi número lo encontrarás en el sobre que te acabas de meter en el pantalón.

Ella sonrió. La misteriosa situación que le estaba estimulando la curiosidad. Cerró la puerta y desapareció en la barahúnda del bar de

copas.

El hombre esperó a que desapareciera la mujer y se dio la vuelta.

Dio una calada y contó con los dedos.

—Uno, dos, tres, cuatro. Enhorabuena, Patricia Morales, eres la cuarta y acabas de subirte al barco —dijo. Luego dio la última calada al porro y lo tiró al suelo.

Después dio un trago de cerveza.

—Ya verás, será una experiencia electrizante y a la vez muy, muy fresca. ¡Te encantará!

Pisó el porro hasta apagarlo y acabó la botella de cerveza. Luego desapareció del callejón.

Su macabro plan seguía como había previsto.

Patricia acababa de convertirse en otra pieza macabra de un puzle que llevaba mucho tiempo componiendo.

¿Te ha gustado?

Descubre “El Hedor de la Verdad”, la primera entrega del inspector Alex Cortés.

IR AL LIBRO

Una furgoneta llena de cadáveres aparcada delante de la comisaría. Un *serial killer* difundiendo el pánico entre los habitantes de Barcelona. Paquetes misteriosos que llegan a la policía y desatan un macabro juego.

¿Cómo de peligroso puede ser abrir un paquete?

Un joven inspector se verá envuelto en una carrera contra reloj para detener a un **asesino perturbado y calculador,** en la que tratará de detener una macabra **cadena de homicidios** mientras se enfrenta a una sucesión de pistas falsas y calculadas.
Cada paquete recibido desvelará una pieza del rompecabezas, acercando al agente cada vez más a la **trampa final.** Descubrirá que Barcelona es una ciudad hermética y que esconde facetas inimaginables.

Una novela negra policiaca que gira en torno a la obsesión por el protagonismo, el misterio que celan los homicidios, infancias violentas y la soledad de una gran metrópolis.

El asesino empujará al joven inspector hasta el extremo, haciéndolo arrepentirse de haber aceptado el puesto en la comisaría de Barcelona.

El Hedor de la Verdad es un thriller psicológico, una investigación policial que recorrerá los callejones más oscuros de Barcelona y de la miseria humana.
El asesino empujará hasta el extremo el inspector que maldecirá haber aceptado el puesto en la comisaría de Barcelona.

El Hedor de la Verdad es un **thriller psicológico**, una investigación policial que recorrerá los callejones más oscuros de Barcelona y de la miseria humana.

IR AL LIBRO

También puedes acceder escaneando con la cámara del móvil este código:

¿Quieres ser copropietario de esta saga?

Hay una nueva forma de hacer libros y puedes participar

Descubre Escritor Tokenizado, una editorial revolucionaria.

ESCRITOR TOKENIZADO produce series de novelas, en un entorno digital y de forma democrática.
Crea un sistema autogestivo en el que **cualquiera** puede convertirse en **socio editor** de **proyectos literarios globales**.
Inversores, **lectores** y **fans** al mismo modo, participan no solo de las **letras**, sino también de los **números**.

Puedes entra en la web ESCRITOR TOKENIZADO, convertirte en SOCIO EDITOR y copropietario de esta novela.

En **junio** de **2023**, crea una editorial propia con todos sus libros y un **proyecto literario global**: escribir una novela al mes y traducirla a las 7 lenguas de mayor venta en el planeta. Además de publicarlas en varias **plataformas digitales** las vende en **librerías**.

La ha creado gracias la **tecnología Blockchain**, es decir un notario digital, de modo que los lectores de sus novelas puedan **ser partícipes de su carrera profesional como escritor.**

También puedes acceder escaneando con la cámara del móvil este código:

SOBRE EL AUTOR

Riccardo Braccaioli (Italia, 1982) es escritor, conferenciante y emprendedor digital.

Ha escrito varios Best Sellers autobiográficos y de crecimiento personal como **DIARIO de una QUIEBRA**, **El PODER del FRACASO**, entre otros.

Con la **Serie Malatesta** y con la **Serie Álex Cortés** se ha consolidado como escritor de novela negra.

En **junio** de **2023**, crea una editorial propia con todos sus libros y un **proyecto literario global**: escribir una novela al mes y traducirla a las 7 lenguas de mayor venta en el planeta. Además de publicarlas en varias **plataformas digitales** las vende en **librerías**.

Este proyecto se llama **Escritor Tokenizado**.

Esta editorial ha sido creada gracias la tecnología Blockchain, que funciona como un notario digital, de modo que los lectores de sus novelas puedan **ser partícipes de su carrera profesional como escritor.**

Tienes más información en la web ESCRITOR TOKENIZADO. Puedes convertirte en SOCIO EDITOR y copropietario de esta novela.

Además, si te ha gustado este libro, te agradecería que dejaras una reseña en Amazon. Para nosotros, los autores que nos autopublicamos, es sumamente importante tener reseñas en la plataforma. Estas mantienen vivas las novelas.

Entre su obra destaca:

Serie Bruno Malatesta

La Muerte del Mentor (Gratis en este link)
Asesinato en el Rally Costa Brava
El Plan Mónaco
Los Secretos del Coleccionista
Malatesta Contra Malatesta
El Secuestro Ferrari
Festival de Muerte
Última Salida

Serie Álex Cortés

El Sastre del Diablo
El Hedor de la Verdad
Asesino a Bordo
El Diablo Nunca Duerme

Además, si seleccionas el botón "+ SEGUIR", Amazon te enviará mis novedades cuando las publique:

Ver las 2 imágenes

Sigue al autor

Riccardo Braccaioli

+ Seguir

Comprar por 2,99 €

¿Accidente O asesinato?

Una perpetua enemistad entre dos pilotos la inesperada traición convertirán una can

Un acontecimiento dramático lo cambia Malatesta, el famoso director deportivo de

Leer más

Longitud de impresión	Idioma
554 páginas	**Español**

Los clientes que vieron este producto también vieron

NOTAS DE AUTOR

Jamás me hubiera imaginado que **encontraría una idea para una novela en un plato de paella.**

Me explico.

Hace unos meses, Eva (mi pareja) y yo fuimos a pasear por Valencia.

Sin rumbo, sin planes, a callejear y dejarte llevar por el destino.

Pues el destino nos hizo encontrar un certamen que se celebra cada año en la plaza del ayuntamiento:

Tastarròs (Probar el Arroz)

Hay muchos puestos de restaurantes famosos que hacen su receta personal de paellas. Compras unos tickets de 3€ por ración y vas probando platitos de varios puestos.

Ya que somos los dos intolerantes al gluten, nos vino como anillo al dedo.

Compramos varios tickets y empezamos a coger platitos. De algunos me he olvidado, pero hay uno del que me acuerdo perfectamente, el arroz caldoso de **La Sastrería**: un famoso restaurante de Valencia.

Espectacular, manjar de los dioses, sensacional.

Arroz meloso de carpaccio de quisquillas y gamba de cristal.

Con arroz Albufera de la D.O. Valencia.

Nos chupamos los dedos, repetimos y nos llevamos la tarjeta de visita.

Esta es la foto de aquél día, menuda pinta… ¿verdad?

Pero la historia empezó cuando llegamos a casa. Eva y yo empezamos a fantasear con historias que podrían pasarle a Álex Cortés si entrara

en una sastrería, si un sastre matara o si un sastre se convirtiera en asesino en serie por Barcelona.

Ese día de mayo se engendró la historia de *El Sastre del Diablo*, la primera aventura del investigador Álex Cortés. La historia ha sufrido cambios, mucho pero al final ha quedado como acabas de leerla.

En fin, espero de corazón que te haya gustado. Si es así, te pediría lo siguiente:

1) Podrías dejar una reseña en Amazon: los escritores autopublicados nos nutrimos de ellas y permiten que los libros no caigan en el pozo oscuro de los libros olvidados.

2) Puedes seguir leyendo la siguiente aventura de Álex, El Hedor de la Verdad.

3) Por último y no menos importante, escribirme y decirme si te ha gustado.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a mi **padre**, que es mi “as en la manga”, tanto en la historia como lector pre-beta.

Gracias a **Pili**, por ser mi lectora beta, tus consejos son inestimables.

Gracias a **Pablo**, que con la linterna sigues enseñándome el camino desde tu altura.

Gracias a **Pedro**, por hacerme soñar en grande.

Gracias a mi **madre**, por la sensibilidad y la creatividad heredada.

Gracias **Eva**, por tus consejos, por creer en mi y por apuntalar conversaciones, emociones, ideas.

…y a **ti**, por hacer que este sueño sea real.